



CARLOS GRAN
MANUEL TRISTANTE

MÁS
ALLÁ
DEL
TIEMPO



TRISGRAN

MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

CARLOS GRAN

MANUEL TRISTANTE

Más allá del tiempo



[Síguenos en Facebook.](#)

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Diciembre 2018

Título Original: Más Allá del Tiempo

Manuel Tristante y Carlos Gran © 2018

Diseño de ilustración de cubierta: Manuel Tristante © 2018

Maquetación: Manuel Tristante © 2018

A Adrià y Evan, los últimos en llegar.

- Carlos Gran

Para mi tía Rosi, y mis primas Virginia, Gloria, Raquel, Juanamari y Silvia del Pilar, mis mayores fans.

- Manuel Tristante

No olvide apoyar la cultura compartiendo tus impresiones con tus amigos y familia y dejando comentarios sobre la historia leída. De esta forma ayudas a los autores a seguir creando.

Índice:

Prólogo: La Maestra Relojera.

1. «Maldito».

2. «Jamás».

3. Huida.

4. Insultos.

5. La Visita.

6. Miedos.

7. Hora Cero.

8. Tim.

9. Preguntas.

10. Regreso.

11. «Hy Tairngire».

12. El Secreto de Arthas.

13. Enal-Tyum.

14. Remembranzas.

15. Destino.

Epílogo: La Búsqueda.

Agradecimientos.

Encantadora es la tierra más allá de todos los sueños, más clara que cualquier cosa que tus ojos jamás hayan visto, allí durante todo el año, los capullos están en flor, y todo el año florecen. Allí la miel silvestre gotea de los árboles del bosque, las reservas de vino y comida nunca faltarán. Ni dolor ni enfermedad conoce su morador, la muerte y la decadencia nunca llegarán allí.

La Isla Prometida.

Prólogo:

LA MAESTRA RELOJERA

Era noche cerrada y el frío azotaba con violencia. El susurro del viento se oía desde el interior de la casa al chocar contra los ventanales y el chirriar de la veleta sujeta al tejado no presagiaba una pronta mejoría del tiempo. Se avecinaban días de tormenta. Por suerte la chimenea calentaba la estancia, había bastante leña y las mantas y el calor humano hacían el resto.

«La Veleta del Tiempo gira incansable y las estaciones pasan dejando atrás los recuerdos que pronto se convertirán en leyendas, seguramente olvidadas mucho antes de que el viento sople y la empuje de nuevo», pensó. «Sin embargo ese viento no es el principio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Veleta del Tiempo, pero sí un lugar en la profundidad de los siete mares, rodeado de agua, donde se encuentra la Isla Prometida, o como algunos la llaman: Hy Tairngire.»

Gary estaba sentado en un cómodo sillón mientras recitaba para sí aquellas palabras. Se acercó un poco más a la cama y arropó a su hija Tim, la cual esperaba, impaciente, como cada noche, un nuevo cuento o historia.

El hombre se encontraba viejo y cansado, pero su rostro apenas lo reflejaba.

Pese a su tardía paternidad era feliz con su vida y daba gracias cada día por haber cumplido sus sueños, despertarse con cada amanecer y deleitarse con ello.

—El relato que te voy a contar hoy, hija mía, es una historia que ocurrió hace mucho tiempo y que guardo para mí como el mayor de mis tesoros. — La miró con ternura. Era el mismo reflejo suyo, sobre todo en su mirada y en lo que transmitía sin hablar. El color de sus ojos, verdes como la hoja más fresca de un árbol, le hacía recordar la abundancia abrumadora de una tierra ya muy lejana—. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Mi expectativa no es que lo comprendas todo ahora, aunque sé que ha llegado el momento de contártelo. Si no es ahora, sé que algún día, de algún modo, encontrarás el significado del mismo.

—¿Es otra historia de dragones, príncipes y princesas, papá?

Gary sonrió brevemente. Esas eran las historias que a ella le gustaban. Sin embargo la que le iba a contar no iba sobre dragones, príncipes o princesas pero sí sobre una persona que tuvo que superar más batallas que cualquier guerrero.

—No. Esta vez será algo diferente. Algo más personal...

Tim le miró, curiosa.

—Te ocurrió a ti, ¿verdad? —le preguntó, pícara.

—A decir verdad es mejor que la escuches y saques tus propias conclusiones.

No hubo más preguntas, solo el silencio y las palabras de Gary saliendo de su garganta como notas de un estribillo hecho canción.

«El tiempo en Hy Tairngire transcurría de manera muy diferente a los demás lugares del mundo, pareciendo detenerse. Ello era debido al gran poder que emitía el Enal-Tyum, un gran reloj que irradiaba poder y protegía a sus habitantes, los Erbani, de cualquier calamidad o visita indeseada. No era fácil acceder a ella y solo unos pocos afortunados en el mundo habían podido constatar que en realidad existía y que en ella habitaba Arthas, la Maestra Relojera, la Contadora del Tiempo.

Arthas siempre supo de la importancia de conocer el valor del tiempo, puesto que el tiempo para ella era vida. La vida y el tiempo eran los mejores maestros que uno podía tener. La vida te enseñaba a aprovechar el tiempo y el tiempo te enseñaba a valorar la vida. Y por ello nunca lo malgastaba sino que lo apreciaba como si fuera un tesoro. Sabía que una gestión incorrecta del mismo podía influir negativamente en la toma de decisiones, en el trabajo realizado y, en definitiva, en la marcha de nuestras vidas. Y que, tarde o temprano, todas esas piezas terminarían encajando.

Sin duda, el tiempo pasaba. No se detenía a esperar a nadie, aunque a veces uno pensara todo lo contrario. El tiempo no podía ser cambiado, eso bien lo sabía Arthas, sin embargo, sí sabía cómo poder llegar a controlarlo.

La Maestra Relojera se encontraba en uno de los salones de Heriandor, el templo que salvaguardaba el Enal-Tyum. Era una sala de altas columnas de mármol, con suelo y techo de oro, circundado por un embudo de cristal en cuyo centro se encontraba el reloj. Todo el templo en sí tenía un aspecto semejante al de un grandioso reloj de arena. En su interior volaban millones de pequeños fragmentos de cristal de luz dorada que simbolizaban el tiempo.

Primero subían hacia arriba, daban algunas vueltas y se acumulaban hasta las doce para más tarde descender y volver a introducirse en el reloj. Así ciclo tras ciclo; día tras día.

Utilizado como obrador, en un pequeño habitáculo donde yacía su lugar de trabajo, se encontraba la Maestra Relojera. Ella era la máxima autoridad en Tairngire y muchos le profesan un gran respeto. Los Erbaní poseían una ciencia y tecnología muy avanzada respecto al humano común, por ello no era de extrañar que Arthas fuera la única en su especie capaz de inventar este tipo de artilugios tan parecidos a los relojes de toda la vida, pero a su vez tan diferentes al convencional. Nunca diseñaba dos iguales, cada cual era especial, construido con un fin único y para alguien en concreto.

Por fin había terminado su último trabajo. Lo levantó hacia arriba y lo contempló orgullosa. No, no era un reloj cualquiera, era un Megidonómetro del Tiempo. Otro más de los muchos que había fabricado en su larga vida. La creación de tan maravilloso utensilio albergaba un conjunto automático muy complejo y de gran refinamiento en su interior. Esto hacía que fuera un tipo de reloj muy apreciado entre los Erbaní. Entre sus pequeños componentes se podían encontrar tornillos, puentes, cuarzo, rubíes (que evitaban la fricción), platinas y ruedas, entre otros. Al darle cuerda al reloj mediante una pulsador casi inapreciable al ojo humano, el Megidonómetro conseguía transmitir movimiento entre los diferentes engranajes (todos ellos de distinto tamaño) y accionar el mecanismo de funcionamiento que se encargaba de mantener el impulso del reloj y el control del tiempo gracias al movimiento de sus agujas internas. Pero, aparte de eso, tenía un gran poder mágico.

De pronto llamaron a la puerta repetidas veces con insistencia.

Arthas bajó sus brazos y se giró. Esperaba la llegada de Azim, pues ella misma le había hecho llamar. El Guardián del Tiempo había sido puntual, tal como a ella le gustaba.

—¿Mi señora?

Con cautela, Azim se acercó a ella y, antes de que pudiera decir algo, la mujer de piel tostada y ojos ambarinos lo miró fijamente.

—Ya está terminado. El tiempo apremia. —Introdujo el reloj sujeto con una fina cadena de oro en una pequeña caja de madera decorada en su parte superior por dos agujas grabadas a fuego—. Del trabajo que hagas esta noche dependerá la vida del elegido.

Azim dio un paso atrás. Miró el Tiempo suspendido en el interior del Enal-Tyum y después a Arthas. Las partículas volaban más deprisa por el

embudo con una tonalidad distinta a la normal. Solían ser de un color dorado, pero ahora adquirirían un matiz distinto, plateado brillante. Era la primera vez que veía algo así.

—Azim —la voz de Arthas sonó ruda—, no-hay-tiempo. ¡Mira!

Azim dirigió la mirada hacia donde Arthas le indicaba. Los puntitos de luz del tiempo en su ascenso estaban formando una imagen: una mujer caminaba por las calles, sola, abrazada a su vientre. Lloraba, gritaba de dolor y a la vez tiritaba. Apenas llevaba ropa que la protegiera del viento y la nieve que caía.

El Guardián volvió la mirada hacia Arthas y asintió; había llegado el momento de emprender una nueva misión.

Buscó en su túnica el Iluminador y lo encontró en su bolsillo derecho. Seguramente haría un buen uso de él aquella noche oscura y tempestiva.

—Mi señora... —se limitó a decir Azim a modo de despedida.

El Iluminador era como un cuchillo de luz oculto en una vaina de metal que se activaba al pulsar un botón. Cuando Azim lo presionó, la hoja afilada ascendió, rasgó el aire y una hendidura de luz se abrió.

—Mucha suerte, Azim —fueron las últimas palabras de Arthas antes de que el Guardián cruzara el Arco del Tiempo, asintiendo con la cabeza.»

1

«MALDITO»

*Nördlingen, Alemania.
Año 1969*

Echó un último vistazo a la habitación de los niños y cerró la puerta, agotada. Se apoyó unos segundos en la pared, justo debajo de la lámpara cuya luz le iluminaba el pálido rostro, acariciándose el vientre y suspiró. ¿Cuánto tiempo más podría continuar aguantando aquella situación? Los días eran agotadores, sus piernas se hinchaban cuando permanecía mucho rato de pie y su espalda sufría el peso de su vientre. Sabía que no podría ocultarlo por mucho más tiempo. Tarde o temprano se darían cuenta y entonces...

Era mejor no pensar en ello. Ya sufría demasiadas pesadillas que no le permitían conciliar el sueño como para darle vueltas también al asunto durante el resto del día.

Se recogió un mechón de pelo rubio y se dispuso a bajar al salón para informar a su señora de que ambos niños dormían y que se retiraba a descansar, pero todavía no había descendido ni dos peldaños cuando una horrible punzada de dolor le atravesó el vientre. Una gruesa gota de sudor recorrió su frente.

La mujer contuvo las ganas de gritar, abrazándose a su vientre, apreciando cómo las lágrimas brotaban de sus ojos mientras el dolor iba menguando. Tomó aire tratando de calmarse y continuó su descenso, pero de nuevo el dolor regresó; una, dos y hasta tres veces más, con más insistencia.

No, no podía ser, no ahora. Rogó mirando al techo de la casa.

Regresó sobre sus pasos, apoyándose en la pared, y entró en la que hasta ahora había sido su habitación; agarró su abrigo y, dolorosamente, bajó a la primera planta. No le importó ser vista. Salió a la intemperie, con los ojos anegados en lágrimas, y cerró la puerta con un sonoro golpe.

Trató de correr, pero el peso de su vientre y el sufrimiento no se lo permitieron.

Oyó abrirse la puerta detrás de ella. Se escondió detrás de unos árboles

con la respiración descontrolada mientras escuchaba la voz de su señora con aquel acento alemán tan marcado que tenía y que la hacía inconfundible, llamándole.

—¿Hanna? ¿Hanna? ¿Dónde estás? —Había temor en su voz—. ¡Hanna!

Hanna se tapó la boca cuando un nuevo agujonazo de dolor atravesó su vientre, tratando así que ningún sonido escapara de su boca, mucho menos cuando la señora salió a la acera, en busca de la institutriz.

—¿Ocurre algo, Hanna? ¿Dónde te has metido?

Hanna rodeó los árboles y se escabulló por una calle que rodeaba la vivienda, sin rumbo fijo.

—¿Por qué has decidido venir al mundo tan pronto, hijo mío? —se preguntó desdichada.

La nieve caía copiosamente y las calles ya tenían más de un palmo de espesor. El frío helaba las entrañas. ¿Adónde iría ahora? Necesitaba encontrar cuanto antes un techo donde resguardarse sino quería morir congelada de frío ni dar a la luz en plena calle. No disponía de mucho dinero para poder pagarse una pensión, pero esperaba que en su estado hicieran una excepción. Las contracciones eran cada vez más fuertes.

De pronto se detuvo y notó cómo un líquido caliente le resbalaba por las piernas: había roto aguas. No le quedaba mucho tiempo. ¿Y si había sido mala idea abandonar la vivienda de su señora? Si hubiera sido sincera desde el primer momento quizá ella lo hubiera comprendido y...

No, no lo hubiera hecho. La última institutriz había sido despedida por ese mismo motivo y ella hubiera corrido su misma suerte. Aún debía dar gracias por haber permitido que su secreto se mantuviera oculto tanto tiempo.

Nördlingen no solía ser un pueblo muy grande. Su perímetro era una circunferencia casi perfecta, hundido en un valle con forma de cráter y rodeado por una muralla y torres defensivas, ya en desuso. Todos los habitantes se conocían y ningún secreto se podía ocultar durante mucho tiempo porque, de una forma u otra, siempre salía a la luz. Había encontrado aquel trabajo en Nördlingen después de huir de su antiguo hogar, justo por el mismo motivo que ahora le hacía huir de nuevo. No quería sufrir el mismo desenlace, no quería volver a perder un hijo. Había sido muy duro para ella aceptarlo, y solo caer de nuevo en la trampa del amor le había ayudado a olvidarlo. Lástima que aquella situación se repitiera y le fuera tan familiar.

«No. Esta vez no será igual. No». Se dijo a sí misma.

Hanna se dejó caer sobre la nieve, con la respiración entrecortada y entre

horribles contracciones. No, un poco más. «*Espera. Solo un poco más*». Estaba embarazada de ocho meses recién cumplidos, aún faltaba un mes para salir de cuentas. Esperaba que ocultar su embarazo con vendas no hubiera dañado el feto o nunca se lo perdonaría.

Una contracción más fuerte la hizo gritar de dolor. Sus manos se clavaron en la nieve, buscando algo a lo que agarrarse. No podía continuar, el niño iba a nacer ya, no iba a poder impedirlo por más tiempo.

La iglesia estaba muy cerca, quizás podría pedir auspicio allí o en cualquier casa de los alrededores. Estaba desquiciada. Desesperada. Seguro que nadie rechazaría ayudar a una embarazada. Confiaba en la hospitalidad de la gente.

Miró en derredor, buscando con la mirada. No parecía haber nadie por la calle a aquellas horas de la noche. La vista se le emborronaba y no lograba ver bien.

Una nueva contracción, más fuerte que la anterior, le hizo doblegar de nuevo las rodillas. Las lágrimas brotaban de sus ojos como torrentes. Su hijo iba a nacer en mitad del camino y ambos morirían congelados....

De repente, un fogonazo de luz iluminó su rostro, no muy lejos de ella. Elevó la vista. Hanna vislumbró una silueta borrosa vestida de blanco que caminaba hacia ella envuelta por un halo de luz. Se preguntó si había llegado su hora. ¿Era un ángel que iba a recoger su alma y la de su pequeño? Si era así, la aceptaría de buen grado.

Trató de ponerse en pie, pero las fuerzas le fallaron y entonces perdió el conocimiento.

Cuando Azim cruzó el Arco del Tiempo y vio a Hanna tendida en el suelo su corazón se detuvo. A veces su Visión para encontrar el lugar exacto fallaba y el Iluminador lo llevaba muy lejos de su objetivo. En algunos momentos había auras tan similares que le costaba encontrar la que andaba buscando, como había ocurrido esa misma noche. Esperaba no haber llegado demasiado tarde. Contuvo el aliento. ¿Habría esperanza? Si el niño fallecía, Arthas se enfadaría mucho y no se cumplirían los designios del destino.

Tratando de mantener la calma, miró a su alrededor, inspeccionando la zona para asegurarse de que nadie los observaba, y caminó con paso firme hacia la mujer. Su melena blanca ondeaba al viento al mismo ritmo que los pliegues de su túnica.

La mujer pareció sonreírle; alzó la mano hacia él pero sus fuerzas flaquearon...

Azim se abalanzó sobre ella evitando que su cabeza se golpeará contra el suelo al desplomarse. Estaba extenuada.

—¡Maldición! —Azim puso su mano sobre el vientre de la mujer. Aún había vida y esperanza.

Elevó la vista. ¿Qué podía hacer? El tiempo corría en su contra y no podía demorarse más. El niño iba a nacer y si no lo hacía ya, ambos morirían.

Sostuvo el cuerpo de la mujer entre sus brazos y echó a caminar a paso raudo por las calles nevadas de Nördlingen, buscando un lugar donde dejar a Hanna para que pudiera ser atendida. Tenía que salvar sus vidas como fuere. Si lo conseguía, Arthas estaría, una vez más, orgullosa de él. Estaba seguro de que estaría contemplando aquella misión desde Heriandor en ese mismo momento y no quería defraudarle.

La mujer abrió los ojos de par en par y un alarido emanó de su boca al sentir cómo su hijo se precipitaba desde su vientre al exterior. Azim observaba la escena desde la penumbra, con el corazón encogido. Parecía que nada estaba a su favor aquella noche. Nadie parecía estar dispuesto a abrir la puerta a esas horas por más que había insistido intentándolo en varias casas. Al final, en un pequeño hostel, había conseguido que su llamada fuera aceptada. Un hombre regordete había encontrado a Hanna tumbada sobre los peldaños, atolondrada. Cuando su mujer acudió sus gritos alertaron a varias vecinas y huéspedes que no tardaron en ayudarla.

Momentos después, Hanna se encontraba muy débil, apenas sin fuerzas, sobre un lecho no muy cómodo. Sudaba y a la vez tiritaba entre delirios, producidos por la alta fiebre.

—¡Empuje, empuje! ¡Ya le veo la cabeza! ¡Más paños, necesito más paños calientes! —le llegó la voz de una mujer mayor.

Movió la cabeza, tratando de ver algo, pero sólo veía sombras. Su vista estaba nublada y no lograba enfocar hacia ningún punto en concreto.

—¡EMPUJE!

Haciendo acopio de las fuerzas que no tenía, Hanna dio un último empujón y el llanto del bebé inundó la habitación.

—¡Es un niño! —oyó decir a la mujer mayor que la atendía. Había pesar en su voz—. Es demasiado prematuro. Espero que sobreviva.

—¿Dónde está mi hijo? ¡Dádmelo, dádmelo! —pidió Hanna en un suspiro a aquellos desconocidos. Necesitaba tenerlo entre sus brazos, abrazarlo y besarlo, sentirlo suyo una vez más. Cuidarlo, protegerlo, todo cuanto no había podido hacer con su hermanastro fallecido. ¿Por qué la vida había sido tan injusta para ella?

La mujer depositó al bebé en los brazos de Hanna con ternura.

—Es precioso. Enhorabuena, señora. ¿Sabe cómo le llamará?

Hanna lloró cuando sintió a su pequeño en brazos. Lo acunó, apreciando cómo la cabeza le daba vueltas.

—Mi... mi pequeño Gary.

Esas fueron sus últimas palabras. Su cabeza se ladeó hacia un lado, y entre las sombras pudo apreciar nuevamente a la figura blanca, su salvador, su Ángel de la Guarda. Sus ojos perdieron el brillo y una sonrisa creció en su rostro para toda la eternidad junto a una lágrima recorriendo su mejilla derecha.

El Guardián bajó la mirada hacia el suelo, apesadumbrado. La mujer había muerto desangrada. A pesar de sus esfuerzos por salvar a ambos, no había podido soportarlo. Se sintió apenado al pensar que aquel niño crecería sin una madre ni un padre que lo arropase en su infancia.

—Pobre —musitó la mujer del hostelero cuando su marido entró en la habitación—. Ha perdido mucha sangre. No lo ha superado.

—¿La conocéis? —preguntó el interpelado, alto y desgarrado, a las vecinas que habían asistido al parto. Ellas negaron—. Habrá que informar a las autoridades para que vengán a por el cuerpo y le den santa sepultura cuanto antes.

—¿Qué haremos con el pequeño? —La mujer retiró al pequeño de los brazos de su difunta madre y lo acunó en los suyos—. Si no le cuidamos, morirá.

—No podemos hacernos cargo de él, Hertha, cariño. Ya estamos mayores para criar a un niño. Lo llevaremos al viejo orfanato; allí cuidarán de él.

Hertha lo miró con desgana, no es que le pareciera la mejor de las ideas, pero acarició el rostro del bebé con sus regordetas manos y asintió.

Horas más tarde Azim siguió observando, entre las sombras, los pasos de la mujer y su marido hasta las afueras de la ciudad donde se levantaba el orfanato Neue Heimat camuflado entre un bosque y dos farolas que apenas

alumbraban. Depositaron al bebé envuelto en mantas en el primer peldaño de la escalera, llamaron repetidas veces a la puerta y se marcharon, raudos, antes de que nadie osara preguntar nada al respecto.

Azim se escondió detrás de unos árboles y observó cómo se abría la puerta y una de las celadoras, alumbrando con su candil el exterior, ponía el grito en el cielo al hallar un bulto enrollado a sus pies. Miró a ambos lados de la calle pero estaba desierta salvo una gran cantidad de huellas humanas repartidas por la acera sin sentido. Cogió el pequeño tesoro que le habían dejado en la puerta en una noche tan invernal y se internó dando un portazo.

Cuando la puerta se cerró, Azim sacó su Iluminador, abrió de nuevo el Arco del Tiempo y lo cruzó para trasladarse al interior del orfanato.

La celadora había depositado a Gary sobre una mesa rectangular. Varios trabajadores del centro se acercaron para contemplar al pequeño que respiraba de manera entrecortada. Necesitaba calor y leche.

—Vamos, ayudadme, tenemos una vida que salvar.

Azim logró suspirar, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba después de tanta tensión. Sin embargo, cuando se disponía a marcharse, un nuevo sobresalto le hizo volverse.

—Es inútil —habló uno de los celadores—, no hagan nada: lamentablemente, ha fallecido. Ahora está en manos de Dios, disfrutando de su Santa Gloria.

El rostro de Azim se desencajó. No podía ser cierto, el niño no podía estar muerto. Arthas se enfadaría muchísimo. ¡Había fracasado en su misión! Primero la madre, ahora el niño. Negó con la cabeza.

Echó un último vistazo al pequeño e inerte Gary, al que depositaban ya en un pequeño cajón envuelto entre las mantas. Todo había salido mal aquella noche. No recordaba una misión tan fatídica en los largos años que llevaba dedicándose a ello, pero no había tiempo para lamentaciones; debía volver a Hy y afrontar ante Arthas su fracaso.

—Mi Señora, lamento lo ocurrido —musitó Azim, horas después, a espaldas de Arthas, portando entre sus manos el Iluminador—. He hecho todo cuanto he podido, pero he fracasado. La madre y el niño han fallecido. Aquí está mi Iluminador —lo ofreció tendiéndole el brazo. El reemplazo del mismo era un justo castigo.

Arthas apartó la vista del Enal-Tyum y se giró con la elegancia que solía

caracterizarla. Después le mostró una agradable sonrisa. Azim no entendía nada.

—Mi querido Azim. El castigo esta noche no será para ti.

—¿Cómo dice?

¿Había escuchado bien?

—Azim, no te preocupes. —Le acarició el rostro con ternura—. He estado observando todo el tiempo y sé muy bien lo que has hecho. Todo lo veo, todo lo sé: soy el tiempo y la luz. Soy quien quita y da la vida. Soy Pasado, Presente y Futuro y cuando te encomendé esta misión, y no a otro, fue por algo. Conozco el futuro de cada una de las personas de este planeta y sé qué vendrá después. Ven, acércate.

Azim estaba confuso. ¿Qué trataba de decirle?

Arthas le posicionó frente a Enal-Tyum, el Gran Reloj. Los cristales de luz se tornaron de un color grisáceo, un poco más claro y su ascenso se ralentizó, materializándose en su interior una nítida imagen. Varios candiles se encaminaban en fila por entre las tumbas de un pequeño cementerio bajo una tormenta de nieve. A lo lejos, el sepulturero esperaba con la zanja abierta sosteniendo una vela que daba luz a la oscuridad de la noche. En el interior, ya depositado, residía el ataúd con los restos mortales de Hanna. Apenas habían pasado unas horas desde su entierro y ahora le tocaba el turno a su hijo. Una serie de rumores en el pueblo y las pocas horas de diferencia en su muerte los habían relacionado como madre e hijo. Después dos trabajadores del cementerio habían dado la voz de alarma cuando el sacerdote, que llegaba presidiendo la comitiva, había paralizado el entierro. Entre las manos de una de las trabajadoras del orfanato había una pequeña caja de madera que Azim bien reconoció.

Una vez reanudado el entierro, depositaron el ataúd en la zanja junto al de su madre y fue entonces, mientras las cuerdas crujían y el féretro descendía, cuando el llanto de un bebé rasgó la noche. Pávidos de terror, los testigos extrajeron y abrieron la caja rápidamente y observaron cómo el niño había vuelto a la vida. Las caras de desconcierto y pánico no amilanaron el llanto del bebé el cual buscaba calor.

—*¡Es un hijo del Diablo! ¡Es un niño maldito!* —gritaron algunos de los presentes santiguándose rápidamente. Nadie volvía de la muerte, salvo que la mano del mal estuviera detrás. Eso muchos lo sabían.

La imagen desapareció, los cristales de luz regresaron a su tono dorado y continuaron su ascenso a su ritmo normal.

Azim miró a Arthas más que perplejo.

—P-pero, ¿cómo? Si el niño... ¡Está vivo!

—No subestimes a la vida, ni a las ganas de vivir, Azim. —Arthas le puso una mano sobre un hombro y sonrió—. Ahora es cuando debes cumplir tu verdadera misión. Deberás poner todo de tu parte, porque ese niño nos necesita. Los Erbani vinimos a la Tierra con este fin. ¿Aceptas el reto?

Azim observó los puntos de luz y asintió.

—Supongo que estoy ligado a él desde antes de nacer. —Y sin más dilación, pronunció aquellas palabras que Arthas tanto esperaba—: Acepto.

2

«JAMÁS»

La aldaba golpeó repetidas veces con insistencia la madera de la puerta hasta que una celadora del centro abrió la puerta. Aquella noche no estaba exenta de sorpresas. Afuera aguardaba un insistente sacerdote envuelto en una gruesa capa negra que le protegía de la fría noche. En sus manos portaba un bulto que jadeaba entre llantos.

«¿Otro niño?», se preguntó. Se hizo a un lado y le invitó a pasar.

El rostro del sacerdote, surcado de arrugas, era la viva imagen de la perplejidad y, a la vez, del pánico.

—Señor Bartholomäus, ¿qué hace aquí a estas horas? —se extrañó la mujer, tratando de parecer amable, abrigándose con el batín.

—¿Dónde está Edgar, dónde está ese condenado director? —gruñó el sacerdote moviéndose con paso raudo a través de un largo pasillo por el que numerosas lámparas de la pared titilaban.

El llanto del niño se extendió por el silencioso orfanato, cada vez más fuerte.

—Señor Bartholomäus, me temo que Edgar no puede atenderle ahora. Sería mejor que volviera mañana a primera hora.

El sacerdote se giró con brusquedad clavando una fiera mirada en la joven celadora.

—Despiértelo. ¡Ahora! ¿Me ha entendido? ¡AHORA!

Sin mediar una sola palabra más la mujer bordeó al sacerdote y se marchó veloz en busca del director. No entendía el porqué de tanta urgencia, pero no deseaba tener problemas con la iglesia y menos con el sacerdote Bartholomäus tan bien conocido y respetado en el pueblo. Minutos después regresaba con el director del orfanato a sus espaldas, un hombre de mediana edad, de vientre abultado y nariz aguileña.

—Don Bartholomäus, ¿ocurre algo? —preguntó Edgar al instante, deteniéndose ante el banco del rellano en el que el sacerdote había tomado

asiento—. ¿A qué se debe su visita?

El sacerdote lo miró con cara de pocos amigos y le respondió con tono enfático:

—¿Que a qué se debe? ¡A esto! —dijo levantando el pequeño bulto que tenía entre los brazos y que no dejaba de llorar y temblar.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Otro niño? Menuda noche... —se alarmó el director, acercándose reticente.

El sacerdote hizo a un lado el manto con el que cubría el cuerpo del infante, dejando al descubierto a un pequeño niño de mejillas rosadas y tez blanca.

—¿Para eso me ha llamado? Don Bartholomäus, sabe que le profiero un gran respeto, pero mis trabajadores podrían haberle atendido a primera hora de la mañana. No era necesario presentarse a estas horas. La inscripción de este pequeño puede esperar has...

El sacerdote agarró con fuerza el brazo de Edgar, y lo miró a los ojos sin parpadear.

—¿No te suena este niño? ¿No es el mismo que me has entregado muerto para dar sepultura hace tan solo unas horas?

Edgar, perplejo, dejó de escuchar. No podía creer lo que estaba escuchando. Se acercó y observó de cerca al niño. No podía ser... Sus ojos se abrieron de puro asombro.

—¿C-cómo que está vivo?

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¡Esto es obra del Diablo! ¡Estaba muerto! Y ahora... ¡Mañana la noticia se extenderá por toda Nördlingen! Había muchos presentes en el cementerio a pesar de las altas horas en las que nos encontrábamos y el pánico se ha propagado como la pólvora entre los feligreses. Pronto las historias y leyendas sobre este niño que ha vuelto a la vida se desarrollarán por los alrededores de Nördlingen profiriendo una mala reputación para nuestro pequeño pueblo. No lo podemos permitir.

—Don Bartholomäus, perdone que discrepe, pero solo es un niño que ha sufrido catalepsia. Se han dado bastantes casos a lo largo de la historia. No creo que...

El sacerdote no le dejó terminar. Era muy tozudo; aún conservaba ideas retrogradadas y seguía anclado en un pasado irreal. Sacó un manojito de billetes verdes del bolsillo y se lo colocó a Edgar en uno de los bolsillos de su bata de noche.

—Este niño no ha de salir nunca de aquí. ¡Jamás! ¿Queda entendido?

Ocúltalo como si nunca hubiera existido. Confío una vez más en ti, Edgar.

El director intentó balbucear alguna palabra pero su voz se apagó ante la falta de excusas. La celadora tras él los miraba, atónita.

Sin más dilación, Bartholomäus lanzó una mirada de desprecio hacia el niño, lo dejó en manos de su nueva cuidadora y salió del orfanato cerrando con estrépito la puerta.

El eco resonó entre las cuatro paredes.

Catorce años más tarde

3

HUIDA

*Nördlingen, Alemania.
Año 1983*

«A veces siempre es bueno mirar atrás para poder imaginar aquello que nos regalará el destino.» Eso fue lo primero que pensó Gary el día en que aquel extraño hombre fue a verle.

Aquella no era una simple visita; no era como las demás.

En los catorce años que llevaba viviendo en el orfanato Neue Heimat muchas eran las personas que se habían interesado por él, ya fuera por curiosidad o interés en saber más acerca del niño maldito. El caso era que por motivos que desconocía ninguna adopción llegaba a cumplimentarse y eso para él era algo muy sospechoso. Al principio pensaba que solo era cuestión de suerte, que el destino le tendría preparado algo mejor, y se resignaba esperando que algún día llegara tan deseada oportunidad. Sin embargo eso nunca ocurrió.

Siempre oía a los celadores decirle que querían ayudarle, que pronto encontrarían una nueva familia para él, pero Gary ya no les creía. Estaba seguro de que no ponían el empeño suficiente en buscarle un nuevo hogar, unos padres de adopción y permitirle salir de una vez por todas de aquel lugar.

A veces se despertaba en mitad de la noche. Tenía pesadillas e imaginaba que viviría allí para siempre. Luego al despertar intentaba calmarse, diciéndose a sí mismo que no tenía por qué ser así, infundiéndose valor y coraje.

Siempre albergaba la esperanza de que algún día se presentara algún pariente lejano, aceptara su tutela y decidiera sacarlo de allí, pero ¿a quién quería engañar? Desconocía su verdadero pasado y lo poco que sabía era gracias a los insultos desconfiados que recibía de sus compañeros de orfanato; si es que podía llamarlos de ese modo.

Una vez, hacía ya bastantes años, una extraña mujer fue a visitarlo, le

había dicho que su madre había muerto desangrada al dar a luz y por eso lo habían llevado allí, porque no había nadie que pudiera cuidar de él. Era la primera vez que le hablaban con tanta sinceridad y no pudo hacer otra cosa más que creerle. Recordaba que iba acompañado de su marido, el cual espero afuera. Solo la vio una vez y nunca más volvieron a visitarle. Le hubiera gustado preguntarles más cosas, pero en aquella época se negaba a escuchar, atender o siquiera mirar a nadie a la cara, y después, con el tiempo, ya no volvió a tener oportunidad. Todavía maldecía su estupidez, y su arrepentimiento no conseguía apaciguar su ánimo. Cuánto daría por recibir ahora aquella visita... Quizá esa extraña pareja había conocido a su madre. Quizá fueran ellos mismos los que unos años antes lo habían llevado hasta aquel orfanato. Pero solo quizá. Eran respuestas que ya nunca podría ratificar. Y había pasado tanto tiempo... Él tendría unos cuatro o cinco años de edad, por eso su recuerdo era borroso, aunque en su mente aún perduraban aquellas palabras. Se había hecho el despistado, pero lo había escuchado todo. Sin saber por qué, esa fue la única vez que se tomó en serio las palabras de un extraño. Había bondad en sus palabras, cualidades innatas que Gary sabía diferenciar. Eso o que quizás era lo único bueno y agradable que le habían dicho en mucho tiempo. Las palabras de esa mujer le habían llegado al corazón y por eso quería creerle. En parte lo necesitaba.

Más tarde llegaron otros, más visitas, pero igualmente nunca regresaban. Se preguntó muchas veces por qué; por qué él no y otros sí. A veces veía la cara de felicidad de niños que se marchaban con sus nuevas familias y sentía unos celos terribles. ¿Qué había de distinto en él? ¿Qué tenían el resto que él no poseía? Un día lo descubrió por error, y prefirió no haberlo hecho: había recibido una visita hacía escasos minutos. Era un matrimonio joven y le había causado buenas sensaciones. Decidió seguirlos cuando se dirigían al despacho del director. Ese era el siguiente paso de las familias cuando se interesaban por algún niño del orfanato. Él se escabulló por el pasillo y pegó la oreja tras la puerta cuando esta se cerró con un leve chirrido. No pudo evitar mirar por el agujero de la cerradura. Lo que luego escuchó hizo que el alma le cayera a los pies. Edgar Blanze, el director del orfanato hablaba con tono serio y locuaz en su despacho. Esperaba un buen discurso, la lectura de su expediente y una buena carta de recomendación por su parte. Sin embargo, una vez allí no mencionaba ninguna palabra agradable ni buena sobre Gary. Fue una verdad muy dura de asimilar, mientras escuchaba detrás de la puerta, llorando. Edgar solía decirles que era un niño maldito, que había resucitado

de la muerte y que no era normal comparado con el resto de niños. Les contó que apenas hablaba, y si lo hacía, tartamudeaba o expresaba palabras inconexas como si fueran extraídas de una lengua muerta; y apenas se relacionaba. Su mirada estaba cargada de odio y cada dos por tres emprendía alguna disputa con el resto de niños, por lo que habían tenido que separarlos en más de una ocasión. Todas aquellas aberraciones terminaron por frustrar la operación. No podía creer lo que escuchaba. Nunca hubiera imaginado una reacción así por parte del director del centro. Pero ahora lo entendía todo. Nunca había comprendido porqué los demás niños tenían compañeros de habitación y él no. Todo estaba premeditado, pero ¿por qué? Gary se arrodilló junto a la puerta desolado, creyendo que nunca saldría de aquel orfanato.

Si había algo más que añadir al dolor después de lo escuchado, dos celadores lo encontraron espiando tras la puerta, recriminándole su mal comportamiento. No sabía si aquello solo era cosa del director o si más gente del centro estaba involucrada, pero ya no confiaba en nadie. Un gran odio afloró en su interior haciéndolo explotar en ira. Gary intentó zafarse de los celadores y queriéndose librar de las garras de sus captores, mordió a uno en un brazo haciéndole sangrar. La puerta de oficina se abrió, la joven pareja vio la impávida escena y, asustados, se marcharon sin mirar atrás. Las consecuencias fueron nefastas y el resto lo podéis imaginar. Solía pasar la mayor parte del día encerrado en su lúgubre habitación. La abandonaba ciertas horas para ir al refectorio a comer o para ir a clase con sus compañeros, actividades diarias que no podía eludir. En la mesa se sentaba solo y pocas eran las veces en las que no era fruto de bromas o insultos por parte de sus compañeros. Para ellos era el niño maldito, y después de su última incursión en la que había mordido al celador algunos le llamaban bestia salvaje. Gary los ignoraba, tenía carácter pero eso no significaba que fuera un maleducado, en ocasiones agresivo o impredecible. No era culpa suya, ellos lo habían hecho ser así con sus actos, con su forma de actuar y tratarle. Todos tenían un límite y su paciencia se agotaba por momentos.

Después de comer volvían a la habitación donde el joven trataba de zafarse de las malas vibraciones. Se echaba sobre la cama y reflexionaba sobre sus estados de ánimo. Gary estaba cansado de no poder ver más allá de aquellas cuatro paredes. Por mucho que algunos se empeñaran en hacerle pensar lo contrario, él sabía que no albergaba nada malo en su interior. Tan solo era víctima de una sociedad supersticiosa y llena de maldad que se

limitaba a sobrevivir. Debido a ello no hablaba con casi nadie y mataba sus horas muertas distraído, sin hacerse preguntas sobre su pasado, pues no había nadie que pudiera responderlas, o sin tener sueños de futuro, pues había perdido la esperanza por completo de abandonar aquel lugar algún día. Nada era, nada añoraba, nada anhelaba; no amaba ni odiaba; no había ninguna duda existencial ni tampoco ninguna actitud que debiera cambiar para salir de donde estaba, y eso consumía poco a poco, y sin remedio, su tiempo de vida.

En ocasiones le invadía la pena, se desataba su rabia, pero nunca rompía su silencio. Todo se lo guardaba en su interior. Era muy reservado en ese aspecto. Sentía la necesidad de sentirse querido. La tristeza de no conocer su pasado y el vacío que sentía al pensar que sus padres lo abandonaron porque no lo querían era su mayor desazón. Muchas veces enfocaba esa rabia hacia esos padres que no lo quisieron, y por tanto el deseo de encontrar unos padres nuevos, unos que sí lo quisieran. No sabía mucho tiempo podría aguantar en aquel estado... Su decepción iba en aumento cada día al ver que otros niños eran adoptados y él nunca...

Sin embargo paulatinamente eso había cambiado con la adolescencia. Acababa de cumplir los catorce años y el acné se reflejaba en su rostro como prueba de ello. Seguía sin hablar mucho con los demás pues tampoco tenía amigos en los que confiar ni pasar el rato. Para ellos solo era un autista más. No sabía a qué se referían con aquella palabra, pero suponía que debía tratarse de alguna enfermedad relacionada con su comportamiento o eso había escuchado un día al pasar por una sala donde dos celadores hablaban a escondidas. Algún día si regresaba a la biblioteca, investigaría un poco más sobre ello.

Ese día no comió ni cenó, y al día siguiente tampoco. Solía dejar de comer a menudo. No tenía hambre ni ganas. Los celadores habían intentado convencerle de que debía comer o de lo contrario caería enfermo, pero eso era algo que no le preocupaba lo más mínimo.

Sin poder evitarlo, con el paso de los años, era cierto que Gary había empezado a hacerse muchas preguntas. Se había cansado de esperar sentado a que alguien viniera a respondérselas. Un día cuando se levantó por la mañana se dijo que tenía que buscarlas por sí mismo y que aquel era un buen día para empezar.

Esa misma mañana había conseguido obtener algunas respuestas, gracias a una pequeña visita a la pobre biblioteca del orfanato. Pobre porque escaseaban los libros y los pocos que había carecían de información. No

había tampoco mucha variedad, aunque había encontrado un orondo libro que hablaba sobre el autismo que le ayudó entender un poco más si cabe a que se referían los celadores y algunos niños cuando le señalaban y le gritaban la palabra «autista». Al principio le costó leerlo y comprenderlo pues no tenía mucha práctica y el vocabulario era bastante sofisticado. Su significado se refería a un trastorno psicológico con la particularidad de que toda la actividad se concentraba en su mundo interior, perdiendo de forma progresiva el contacto con el mundo real. Pero, ¿era eso cierto? Él no se consideraba autista. Entonces se enfadó mucho al comprender que lo estaban inculcando a que lo fuera. Lo apartaban como si fuera escoria del mundo real.

El enfado con su entorno provocó que aún fuera más reservado si cabe. Los celadores habían dejado de ser personas amables y empezó a considerarlos como una amenaza hacia su persona. Desde entonces su carácter revulsivo había hecho desaparecer su buen hacer. A su vez el trato acumulado y recibido durante años por los otros niños del orfanato se había correspondido con odio y rabia hacia todo cuanto le rodeaba. Una nueva coraza le protegía de todo lo que pudiera hacerle daño, siempre estaba a la defensiva y pensaba que todo lo que hacían por él era por interés o con alguna intención perversa. Su desconfianza contra el mundo le había llevado hasta una gran inseguridad sumiéndolo en una profunda oscuridad de la que era incapaz de salir. Muchas veces había pensado en quitarse de en medio. Había momentos en que estaba cansado de luchar e ir siempre a contracorriente sin ayuda de nadie, cargado con un pasado oscuro a su espalda. La última vez que lo había intentado había fracasado por arrepentirse en el último momento y desde entonces aún se cebaban más con él llamándole cobarde y loco. Gary reprimía muchas veces las ganas de responder a sus comentarios o insultos. Deseaba gritar con todas sus fuerzas pero ¿qué ganaría con ello? Solo el darles la satisfacción de saber que le resultaba molesto y que se cebarían más con él. Siempre pensaba que sería algo pasajero, que algún día se olvidarían de él como si no existiera. Pero siempre había alguien dispuesto a divertirse increpándole, por lo que Gary acabó tomándose como un modo de vida.

Cada vez salía menos de su habitación, así evitaba confrontaciones y posibles situaciones desagradables. Se limitaba a quedarse encerrado en su habitación y dibujar sobre un papel todo aquello que le venía a la mente. Era su única distracción para poder evadirse de una realidad que lo estaba matando poco a poco.

Todas aquellas vivencias le habían hecho ser peor persona. Él mismo así lo denotaba. Sentía envidia de los demás niños, por sus libertades, por lo que hacían y tenían, por todo lo que a él le negaban. Sus sentimientos se habían vuelto poderosos, muchos de ellos oscuros y cargados de una gran negatividad. Gary no se daba cuenta, pero había llegado el momento de cambiar su actitud si quería hacer frente a todas aquellas adversidades y no entrar en una espiral de dolor y decadencia.

Tenía deseos. Claro que los tenía. Tenía sueños, metas... Si no, ¿qué sentido tenía la vida? Se aferraba fuerte a ellos en sus mejores momentos anímicos para no decaer. Era la única manera de mantenerse vivo.

Soñaba con tener una madre; soñaba con escapar de aquel orfanato, tener ropa nueva y no la heredada por otros jóvenes del orfanato, como ese pijama de cuadros blancos y azules que apenas tenía hueco para remiendos.

Soñaba con tener amigos y una familia que le quisiera como el resto de niños que eran adoptados. Esa era su verdadera motivación. Deseaba conocer sus orígenes, imaginar cómo sería su nueva vida fuera de allí. Solo así podría dar sentido a su vida, pues en el lado opuesto solo había muerte y oscuridad.

Ese había sido el verdadero motivo por el que había intentado escapar esa mañana. Esperaría el momento oportuno, antes de empezar las clases, cuando los celadores almorzaban y los pasillos aún no estaban atestados de gente. Llevaba toda la noche trazando aquel plan. Cuando se había despertado se había vestido rápidamente, mientras un celador había llamado a su puerta para decirle que alguien vendría a verle a lo largo de la mañana. Hacía mucho que las visitas habían dejado de importarle, además ya sabía cuál sería el resultado al entrevistarse con el director. Esperó unos minutos que parecieron hacerse eternos. El corazón empezó a latirle con fuerza. La puerta de su habitación se abrió y asomó levemente su cabeza. Tenía vía libre.

Asió con la mano una pequeña bolsa de tela que había preparado con sus pocas pertenencias y se internó por el largo pasillo. Lo hizo tan rápido como pudo, intentando pasar desapercibido.

Ni siquiera esperó para ver quién era el interesado en saber de él. Solo pensaba en correr por los pasillos. En nada más.

La brisa que entraba por las ventanas y el aire fresco rozaba su cara. Era placentero y le erizaba la piel notar aquella sensación. Tenía la adrenalina a flor de piel. No obstante no sabía qué encontraría una vez en el exterior. Todo era nuevo para él y se movía como un cervatillo desorientado y asustado, con miedo de ser atrapado. Una vez iniciada su pericia solo estaba seguro de una

cosa; no quería volver a aquella habitación, tenía que cruzar la puerta de salida como fuera. No quería volver a estar encerrado en aquel orfanato, nunca más.

Pero Gary no conocía el centro a la perfección y menos las plantas inferiores. Estaba acostumbrado a recorrer siempre las mismas dependencias para ir a clase, a las duchas, a la biblioteca... Aquella situación le sobrepasaba. Sentía el bombeo de su corazón desbocado. Indeciso, se detuvo a mirar un pequeño mapa del edificio que había situado en una de las paredes que daba acceso a las escaleras principales. Algunos niños, que empezaban a salir de sus habitaciones para ir a clase lo observaban a su paso por los pasillos. Por su cara y su manera de hacer supieron rápidamente lo que tramaba. Pronto empezaron a señalarle con el dedo, algunos se apartaban de su camino, aterrados. Sabían que aquello no terminaría nada bien. Nunca terminaba bien.

Porque era el bicho raro. Porque no era la primera vez que alguien intentaba escapar del orfanato.

Muchos de los docentes que se preparaban para ir a dar clases en el orfanato se habían detenido, mostrando el mismo pánico en el cuerpo, como si Gary tuviera una enfermedad infecciosa o fuera un bicho al que hubiera que exterminar cuanto antes.

Porque era el niño maldito.

Gary siguió corriendo y consiguió descender dos pisos más. Al final del pasillo había visto como un docente pedía ayuda a otro y daba la voz de alarma. Su tiempo se agotaba. Por un momento pensó si no habría escogido mal el momento de huir. Debería haberlo planeado mejor, pero ahora ya no había marcha atrás.

Tras escuchar algunos gritos y órdenes, los celadores habían salido rápidamente en su búsqueda. No tardó en oír las primeras voces tras de él, pidiéndole que se detuviera y no hiciera ninguna estupidez.

Pero el chico corría y corría, sin detenerse.

Gary había conseguido llegar hasta una alta puerta al final del pasillo, pero no había logrado cruzarla. Lo habían atrapado antes de llegar, a pesar de intentar evadirse de su captura, dando patadas al aire y gritos de frustración.

«*Había estado tan cerca...*», se dijo, abatido.

Lo había intentado con todas sus ganas, pero había fracasado.

Cogido por los brazos lo llevaban de vuelta a su habitación. Regresaba a su mundo cruel.

Odiaba a los celadores.

Odiaba aquel orfanato.

Odiaba a todo el mundo.

Cerró los ojos, agotado y lleno de ira, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

—Será mejor que vuelva otro día —le explicó un celador.

Azim asintió mientras miraba a través del cristal de la puerta. El chico estaba acostado en su cama, tapado con una sábana blanca y sujeto con tres correas marrones que envolvían el perímetro de su cuerpo.

Azim suspiró.

—¿Es necesario?

—No hemos tenido otra alternativa. Debíamos apaciguar su ansiedad.

—Entiendo.

Ahora estaba dormido, sedado, calmado. Sintió pena y su corazón se encogió al pensar que quizá su visita había desencadenado aquella situación.

—Será mejor que vuelva otro día.

El chico no estaba en condiciones de hablar con nadie. Pero esperaba regresar pronto. Ahora más que nunca, Gary lo necesitaba.

4

INSULTOS

Cuando Gary se despertó, todo estaba en completo silencio. Se frotó los ojos con ambos puños y tragó saliva notando en su paladar el sabor amargo de los restos de sangre que aún quedaban en su boca.

A su mente regresaron los recuerdos del día anterior, de cómo había intentado huir sin éxito y cómo lo habían obligado a volver a su habitación. Se mordió fuertemente el labio, con rabia, haciéndolo sangrar, hasta que todo se nubló y se volvió oscuro. A media mañana un celador había entrado en su habitación para comprobar cómo se encontraba. Una vez más calmado le habían retirado las correas y le habían comunicado que alguien había venido al orfanato para visitarlo. Entonces sintió una profunda vergüenza por lo ocurrido, dando por hecho que después de lo ocurrido seguro que se había marchado por donde había venido.

Movió las extremidades, entumecidas, y se incorporó en la cama. A continuación puso los pies en el frío suelo, escupiendo a un lado. Odiaba el sabor metálico de la sangre: le provocaba náuseas.

Antes de que pudiera levantarse y empezara a vestirse un nuevo celador abrió la puerta y entró en la habitación, no sin un deje de temor en su voz cuando habló al fin:

—¡Qué bien que te hayas levantado! —Su voz trataba de ser amable, intentando omitir e ignorar cualquier acción pasada. No querían que Gary se sintiera más incómodo de lo que ya podría serle aquella situación—. Hoy tienes que ir a clase, así que no te retrases.

Gary apenas lo miró. No se lo había dicho directamente, pero sabía que se refería a que el día anterior ya había logrado esquivarlas y no era un buen ejemplo a seguir. No es que odiara ir a clase. No le aburría aprender, sino verse las caras con ciertos niños que le insultaban o le maltrataban física y psicológicamente. Se había convertido en el blanco perfecto dentro del orfanato después de sus últimas actuaciones y sabía que por mucho que intentara evitarlo eso ya no cambiaría. En verdad le gustaba aprender, pero a

veces el precio que debía pagar por ello era demasiado alto.

Intentó no pensarlo demasiado. Tan solo debía aguantar a unos cuantos alumnos mimados que se empeñaban en hacerle la vida imposible.

Primero estaba Karl, el niño de los ricitos de oro —el más listo según todos—, el líder de la banda del patio, aunque para Gary solo fuera uno más, otro niño abandonado por sus padres. Sabía que en realidad no tenía amigos sino seguidores —entre los cuales se encontraban sus matones—, los que le reían todas las gracias y apoyaban todo cuanto hacía ya fuera inteligente o sin ningún raciocinio.

Cuando se sentaban en clase siempre le tocaba hacerlo al final y solo pues nadie lo quería como compañero de pupitre. Karl siempre se volvía y le seguía con la mirada. Gary sabía que lo hacía para provocarlo y hacerlo reaccionar, pero él nunca entraba en su juego, le era indiferente.

En el recreo no era muy distinto.

Esa mañana se había sorprendido mirando al cielo, inspirando aire fresco en sus pulmones cuando Karl se había cruzado en su camino poniéndole la zancadilla. Gary había caído por los escalones dándose un fuerte golpe en el codo de su brazo derecho y rompiéndose los pantalones del chándal. Cómo no, muchos de sus seguidores le habían reído la gracia al instante.

—Mira por dónde vas, *mal-di-to* —se burló Karl recalcando la última palabra.

Gary se levantó y se sacudió un poco la arena de la ropa. Hizo caso omiso de las risas y le dio la espalda a su agresor como si no existiera, esperando poder acabar el día sin que pasara nada más, cosa que sería bastante difícil porque siempre ocurría algo.

—¡Déjalo en paz! —oyó que decía una niña a lo lejos y las risas cesaron.

El joven se giró para ver quién había hablado. Era una joven de pelo oscuro, un poco más mayor que él, la misma que siempre estaba ahí cuando menos lo esperaba, como si se tratara de su ángel de la guarda. Gary ni siquiera le mostró un gesto de agradecimiento por aquellas palabras; no necesitaba a ningún perrito guardián, tampoco la compasión de nadie. Nunca lo había hecho, menos ahora. Sabía arreglárselas muy bien solito. Era lo que siempre había hecho desde que tenía uso de razón.

La chica, al ver la nula reacción de Gary, había mostrado su enfado y se había marchado del patio, camino de las aulas. A continuación el resto de niños habían seguido insultándole hasta que el profesor había intervenido antes de que se formara un corrillo frente al muchacho.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Nada —respondió, altivo, Karl—. Gary, que se ha tropezado con el escalón y estábamos ayudándole a levantarse.

«*Mentiroso, rastrero...*», pensó.

—¿Es eso cierto, Gary?

Pero Gary no contestó. ¿De qué serviría?

El timbre sonó. La hora del patio había terminado y todos volvían a clase. Gary se sujetaba el codo con la otra mano. Sabía que no tenía nada roto, pero no se libraría de un nuevo moratón.

—Sabes que si tienes algún problema me lo puedes contar... —le propuso el docente.

Gary negó con la cabeza y empezó a andar.

Antes de entrar en el aula había pedido ir al servicio. Cuando entró se quedó paralizado. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Allí estaba Karl de nuevo. Pasó por su lado y este le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. Gary cayó de rodillas al suelo, tosiendo.

—Hoy creo que no es tu día, pequeño autista. Además de maldito, torpe. ¿Cuándo aprenderás a no caerte por cualquier rincón?

Gary lo miró. Su mirada esta vez estaba cargada de odio. Otra vez aquella palabra que lo discriminaba, que lo apartaba del mundo real. Y otra vez aquellas risitas de fondo.

—A lo mejor está ebrio —se burló otro de los niños.

—O drogado, quien sabe... Igual es así de torpe.

Karl lo miraba, como esperando alguna reacción por parte de Gary; tenía ganas de pelea. Entonces Gary se levantó y se puso frente a él, mirándole fijamente a los ojos. Los dos matones intentaron entrometerse pero Karl les hizo una señal con la mano para que se mantuvieran apartados, y estos, como dos corderitos amaestrados, le hicieron caso.

Karl ladeó la cabeza, intentando descifrar qué intentaba decirle con aquella mirada. Su provocación era máxima. Todos los demás niños ya estarían en clase, tan solo quedaban ellos en el aseo.

Entonces Karl movió el brazo hacia detrás con intención de darle otro puñetazo pero Gary ni siquiera parpadeó.

—Déjalo —dijo uno de los matones para sorpresa de todos—, vamos a llegar tarde y el profesor nos regañará.

—Mira por donde hoy vas a tener suerte al final —dijo Karl, escupiéndole en la cara. Sabía que su amigo tenía razón y no quería mancillar su

maravilloso currículo.

Gary se quedó solo, allí de pie, quitándose el ADN de Karl, con repugno, de la cara. Otra vez el tiempo le había salvado, siempre lo hacía cuando menos lo esperaba. Se dio prisa en orinar, lavarse las manos y cara y salir del servicio. Cuando volvió a clase todos estaban sentados ya en sus sillas y pupitres. Aunque pareciera raro, nadie se volvió a mirarle, haciendo como si no existiera, como si fuera invisible y por primera vez en mucho tiempo le gustó esa sensación. El profesor seguía hablando e impartiendo clase de historia cuando se dio cuenta de que tenía un pequeño papel al lado del estuche. Desplegó la nota, doblada un montón de veces, y la leyó:

—¿Por qué? —Era lo único que había escrito en ella.

Gary se extrañó al leerla. ¿De quién podía ser? Una vez más esperaba un insulto, pero no una pregunta.

Miró al frente y vio cómo la chica de piel morena y pelo oscuro se volvía para mirarle con el ceño fruncido. Era la misma joven que le había defendido momentos antes en el patio, en la hora del recreo. Gary no solía prestarle atención, pero se había fijado en que siempre solía estar cerca cuando le ocurría alguna desgracia y se notaba que se preocupaba por él. Quizá tendría que ser más amable con ella, solo por respeto pues era la única que había intentado acercarse a él sin ánimo de ofender. Él debía tratar a los demás como le gustaría ser tratado a sí mismo. Era una lección que había aprendido mucho tiempo atrás.

Era una pregunta simple la que se hallaba en aquel papel, pero que en el fondo albergaba una difícil respuesta, una que Gary aún no estaba preparado para responder. ¿Por qué no hacía nada cuando le pegaban? ¿Por qué no hablaba o se defendía de los insultos? ¿Por qué no pedía ayuda, o se dejaba ayudar por los profesores y celadores? ¿Por qué se comportaba de aquella extraña manera? ¿Por qué no era feliz? Había muchos porqués en su vida. Necesitaría mucho tiempo para responder a aquella pregunta. Nadie nunca antes, entre todos aquellos niños, le había oído susurrar palabra alguna, solo algún celador y cuando había sido estrictamente necesario. Y aquella vez tampoco habló. Se limitó a mirar a la muchacha la cual se cansó de esperar una respuesta por parte del niño maldito y le dio la espalda para seguir ignorándolo, como uno más.

Todos tenían una vida, un pasado, una historia.

Gary se quedó jugando con el lápiz, haciéndolo rodar encima del pupitre, sin prestar mucha atención a cuanto decía el profesor. Esa era casi siempre su

postura y reacción. Pero esta vez le habían dado motivos en los que pensar y abstraerse de aquella realidad. Todos estaban en aquel orfanato por un motivo u otro, todos habían sido abandonados, unos más temprano que otros, y por circunstancias totalmente diferentes. Solo el tiempo podría enseñarle qué le depararía el futuro. Mientras tanto, solo podía esperar.

Ese día había aprendido mucho más que simple historia del mundo. A veces la enseñanza no la propiciaba el maestro sino la propia vida, que es mucho más experta que cualquier ser humano.

Algo estaba a punto de cambiar en su vida, lo presentía. Aquella simple nota, de algún modo, le había hecho abrir los ojos. Quizá debía empezar a pensar de manera diferente. Quizá debía darse una nueva oportunidad a sí mismo.

El timbre volvió a sonar.

Todos se levantaron menos él. El ruido ensordecedor de las sillas al arrastrarse eclipsó la estampida de alumnos que abandonaban la clase de manera desordenada.

La siguiente hora de clase la dedicaron al trabajo físico, realizando algunos ejercicios en el gimnasio. A Gary no se le daba muy bien subir y bajar las paralelas, tampoco saltar en el potro, pero lo que peor llevaba de hacer deporte era el sudor y el tener que pasar por las duchas. Cuando sonó el timbre anunciando el fin de la clase el corazón de Gary se aceleró solo de pensar que tenía que ducharse. No le gustaba mucho el agua y siempre que podía evitarlo lo hacía, pero aquella vez no había podido escaparse. No le gustaba desnudarse y menos delante de sus compañeros; se sentía desprotegido y le daba pudor. Para colmo, el jabón que usaban en el centro le dejaba un desagradable olor en el cuerpo que duraba días y la piel muy reseca.

Las duchas del orfanato no quedaban lejos de su habitación. Estaban situadas en la planta baja, cerca del gimnasio y el patio donde se practicaban algunos deportes al aire libre. Con suerte podía darse una ducha rápida antes de que entraran el resto de alumnos y pasar algo desapercibido. Pero ¿a quién quería engañar? Las duchas se llenaron de voces y gritos al instante.

Había algo que no le gustaba cuando estaba en ellas. Era un espacio cerrado, vaporoso, calentito cuando tenían suerte de que hubiera agua caliente, cosa que no ocurría casi nunca, pero sobre todo era ese lugar donde uno se sentía indefenso ante su propio cerebro. Antes de que pudiera darse cuenta Gary se encontraba bajo un chorro de agua, desnudo y encogido

mientras era objeto de miradas indiscretas. Su esquelético cuerpo intentaba refugiarse de sus propios pensamientos cuando no pudo evitar mearse encima. A veces sus estados de ánimo le jugaban malas pasadas. El miedo y la ansiedad eran factores que a veces no podía controlar. Esperaba alguna reprimenda por parte de los celadores, pero esta vez no le dijeron nada. Ya se encargarían Karl y los demás que acababan de llegar, de recordarle su desgraciada existencia.

—Mirad quién se ha meado encima. ¡Eres un maldito cerdo! —le recriminaba un joven menor que él. Ahora todos los demás niños que habían llenado el vestuario con sus gritos y risas le señalaban mientras Gary intentaba darles la espalda y seguía frotando con fuerza su cuerpo con la esponja, encogido. Nervioso, y sin poder pensar con claridad, había pisado la pastilla de jabón, resbalándose y dándose un fuerte golpe en la espalda. Sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Yo no pienso ducharme ahí —decía otro con repugno—. ¡Qué asco!

Fue un alivio para Gary terminar de enjuagarse, envolverse con una toalla y salir de allí sin necesidad de dar un mayor espectáculo. Esperaba por lo menos llegar hasta su habitación sin ningún contratiempo.

El resto del día no fue mejor, aunque por suerte, en el refectorio, todos parecían haberse olvidado del episodio vivido en las duchas. Pudo comer tranquilo una especie de puré insípido y un poco de agua turbia. No era gran cosa, pero podría ser mucho peor, pensó.

Después de comer se encaminó de nuevo a su habitación. Necesitaba descansar un poco, así que se marchó con paso decidido hasta las habitaciones. Tras él las voces se atenuaron y sintió un poco de paz. Gary miró al frente; el silencio volvía a su vida.

5

LA VISITA

Un haz de luz alumbró el interior de una pequeña espesura. Azim había regresado a través del Arco del Tiempo. Guardó el Iluminador en el bolsillo de su túnica y avanzó sin premura. Una bandada de pájaros alzó el vuelo, alertados por sus pisadas mientras caminaba hacia las afueras del bosque presentando especial cuidado de no ser descubierto hasta llegar a su destino. Una vez en él se detuvo frente a la fachada de un gigantesco edificio de paredes grisáceas y desconchadas, donde predominaba más el vano que el hueco. Las pocas ventanas que había estaban taponadas por fuertes rejas negras. De nuevo se encontraba ante el orfanato.

El hombre, de largos cabellos blancos al igual que el color de su túnica, golpeó la puerta con la aldaba y esperó a que alguien abriera pronto la puerta. Para ojos extraños, su vestimenta cambiaba. No parecía un ser hecho de nieve. Vestía ropajes marrones de rico material, gabardina y altas botas negras. Su piel adquiriría un tono más bronceado y su pelo se recortaba volviéndose oscuro. En su rostro crecía una cuidada junto a unos penetrantes ojos azulados.

El invierno se había recrudecido y eran muy pocos los que se atrevían a caminar por las calles de Nördlingen a aquellas horas de la mañana, con tan baja temperatura y con el hielo adosado al empedrado de la calle. Esperaba encontrar hoy al muchacho en mejor estado o, por lo menos, más receptivo. Su anterior visita no es que hubiera sido muy fructuosa al respecto.

—Buenos días, inspector. No le esperábamos tan pronto —saludó uno de los celadores, haciéndose a un lado nada más abrir la puerta—. Pase o quedará congelado.

—El frío siempre ha sido para los que creen que lo hace —sonrió el viajero—. No se preocupe, estoy acostumbrado a él, aunque he de admitir que se está mejor aquí dentro —dijo una vez atravesado el portal.

—Cuidamos de nuestros pequeños —dijo con gesto amable. El celador cerró la puerta—. Espero que hoy Gary se comporte mejor. Últimamente no

pasa por sus mejores momentos.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó el inspector, siguiendo los pasos del celador—. Es un niño un poco extraño, ya sabe.

—Es normal. Casi todos los niños que habitan en un orfanato son incomprensidos. Gary no es un caso excepcional.

El celador lo miró, extrañado por sus palabras.

Azim esbozó una breve sonrisa, gracioso. El celador lo acompañó hasta la habitación del joven y lo invitó a pasar.

—Pase. Espere dentro. Gary aún está durmiendo; no creo que tarde mucho en despertar —dijo mirando su reloj.

—Gracias.

Azim dejó su gabardina marrón en un perchero de pie alto y fue a sentarse en un pequeño taburete que había a un lado de la habitación.

—Si mí osadía no le perturba me gustaría preguntarle... ¿por qué tiene tanto interés en este niño? —quiso saber el celador, antes de marcharse.

Azim lo miró a los ojos y, tras parecer meditar una respuesta que contentara al joven, respondió:

—Todos tenemos una misión en esta vida, unos más importante que otra.

El celador puso cara de no entender nada, pero se marchó dejándolos solos en la habitación.

Durante los catorce años que Gary llevaba interno en Neue Heimat, Azim siempre había vigilado a Gary desde las sombras, inmiscuyéndose por los pasillos gracias a su Iluminador. Pero de esa forma nunca había podido tener un contacto directo con el joven, pues no podía dejarse ver de la manera que hubiera deseado. Ciertamente era que contaba con la ayuda de una pequeña joven interna que no le quitaba el ojo de encima, pero no era lo mismo. Cuando el antiguo inspector del centro había sido cesado, gracias a una prejubilación anticipada por enfermedad, Azim había tenido la magnífica idea de suplantarle, pudiendo visitar el centro sin ningún tipo de restricción. El sacerdote Bartholomäus de Nördlingen le había puesto unas cuantas trabas pero con suerte Azim había conseguido sortearlas, saliéndose con la suya. Aun así, él sabía que no era bienvenido por los trabajadores del centro ni su director, Edgar Blanze. A nadie le gustaba que su trabajo fuera revisado minuciosamente, por eso cuando él llegaba todo estaba ordenado y perfecto estado, y no podía evitar resultarle un tanto gracioso. Estaban acostumbrados a la pasividad de su antiguo sucesor, apenas recibían visitas, no hacía preguntas y nunca nadie había tenido interés por el niño maldito; todo lo

contrario que Azim.

Desde su llegada, hacía unos meses, había visitado otros niños y niñas para disimular, recorrido las instalaciones y revisado expedientes. Por fin, hacía escasos días había conseguido concertar una visita con Gary, pues su estado empeoraba por momentos y era hora de actuar. Así se lo había comunicado Arthas. Pero ante su intento de huida la semana anterior la visita había fracasado. Esperaba que, esta vez, todo fluyera como estaba estipulado y pudiera mantener unas breves palabras con él. Era de vital importancia que Gary lo escuchara.

Gary despertó con tranquilidad, envuelto en las finas sábanas.

«*Un día más en el mismo lugar*», pensó, bostezando.

Sacó una mano fuera de la cama y la apoyó sobre la pared. Le gustaba apreciar el calor que envolvía la habitación, procedente de las tuberías de la calefacción que circundaban las paredes. Era una de las pocas satisfacciones que le provocaba aquel orfanato. Bostezó, se levantó y buscó a tientas la pequeña lamparilla de aceite. Todos sus movimientos parecían estudiados, como si se tratara de una rutina la cual hacía a diario. Azim lo observaba desde la penumbra.

Su mente aborrecía las rutinas, pero no tenía nada más que hacer allí.

—Buenos días, Gary.

El niño dio un respingo cuando escuchó la voz a sus espaldas. ¿Quién había allí?

No se giró, no miró, no llegó a encender ni la luz. Se abalanzó sobre la cama y se escondió bajo las sábanas.

—¿Acaso el miedo conduce a algo, Gary? —oyó de nuevo la voz. Era una voz masculina, bastante aguda—. Vamos, no temas. No seas desconfiado.

El niño de ojos verdes y pelo rubio alzó la mirada un poco por encima de las sábanas y contempló la silueta de un hombre que había sentado en el taburete, recto, sin parpadear. ¿Acaso era un fantasma? No, él no creía en fantasmas.

Oyó una suave risa. El niño volvió a asomar la cabeza.

—Tranquilo, Gary. Por tu cara puedo entender qué piensas, y es más que razonable, pero créeme cuando te digo que no soy un fantasma ni has perdido la cordura. Soy tan real como tú.

Gary se quedó mirando al hombre, anonadado. ¿Había leído sus

pensamientos? Quería gritar, pero temía que aparecieran más fantasmas como aquel.

El hombre se irguió y encendió la lamparilla. Luego paseó por la habitación sin quitarle el ojo de encima.

—¿Acaso se ha de tener miedo, Gary? ¿Has pensado alguna vez a qué conlleva esa emoción? —Gary bajó un poco más la sábana y dejó asomar su nariz—. A nada.

»¡Cuán iluso es el hombre! Cuanto más creen saberlo todo más erróneos son sus pensamientos. No se nos dio el poder del raciocinio para creernos superiores los unos a los otros. —Se detuvo para acuclillarse y recoger un dibujo que estaba en el suelo. Era un diseño perfecto. No había titubeos en los trazos. El único problema estaba en lo que reflejaba: la habitación, solo una habitación. Un chico joven presidía el centro de la misma y Azim supo que era Gary, de espaldas—. ¿Lo has dibujado tú? Veo en ti mucho talento, chico. Yo a tu edad no era capaz de dibujar nada, cosa que no ha mejorado con el paso del tiempo. —Contempló el resto de dibujos, aparcados en una vieja carpeta. Algunos le resultaron familiares por lo que representaban y le hicieron sonreír. Luego los depositó en el mismo lugar y se acercó hasta su cama mientras este lo envolvía con el hilo de su voz.

El visitante se detuvo al borde la cama y le sonrió, y Gary le devolvió la sonrisa, divertido, algo más relajado. Azim tomó asiento en la cama, tratando de mantener cierta distancia, y Gary lo agradeció. No le agradaba el contacto físico, nunca le había gustado que le tocaran.

—Mi nombre es Azim, y soy un Guardián. —No era necesario que le mintiera con la excusa del inspector. A él no—. La primera vez que traté de hablar contigo me fue imposible. No entraremos en detalles, solo fue un pequeño percance y entiendo tus motivos. —Le guiñó un ojo.

«Una desilusión, un intento de escapatoria, de libertad frustrada», pensó, recordando lo ocurrido. Así que era él... ¿Y por qué había vuelto, después de todo?

El hombre acercó su mano a la de Gary y, cuando sus manos se rozaron, el niño retiró la suya, pegándose todo lo que pudo al cabecero de la cama.

Gary pareció gruñir, mientras se abrazaba a sus rodillas, mirando con nuevo recelo a Azim.

El Guardián suspiró, negando con la cabeza.

—Lo lamento, Gary. Íbamos tan bien... No estoy aquí para hacerte daño ni mucho menos, sino todo lo contrario.

Gary clavó la mirada en Azim.

—¿Q-qué quieres de mí? —Su voz estaba cargada de energía, sin embargo, sonaba cortante y supo que llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie.

Azim sonrió, aquel era un gran paso.

—Estoy aquí para ayudarte. Quieres salir de este lúgubre, tenebroso y horrible orfanato, ¿no es cierto? Vengo de un lugar muy lejano, tan lejano que muy pocos son los que lo conocen. Hay leyendas que hablan de él, pero nadie sabe con exactitud cómo es ni su verdadero nombre.

Gary desvió la mirada hacia la puerta, echando un vistazo por el cristal. ¿De verdad habían dejado entrar a visitarle a un hombre vestido de blanco que decía proceder de un lugar que nadie conocía para llevárselo lejos de allí? Aquello solo podía ser una broma de mal gusto. Eso o un psiquiatra infiltrado.

Azim siguió la mirada del niño.

—No espero que me creas a la primera de cambio, ni tampoco que confíes en mí ahora; todo necesita su tiempo, encajar con suavidad, como los engranajes de un reloj antes de mover sus manecillas para decirnos qué hora es.

Gary le sostuvo la mirada, tratando de indagar en los ojos de Azim si había verdad o no en sus palabras. Quizá solo trataba de burlarse de él como otros tantos. Un ruido se oyó en el exterior. Azim se giró y advirtió cómo el celador que le había permitido la entrada se asomaba por el pequeño rosetón de la puerta.

—Mi tiempo se agota por hoy, no quiero retrasarte más pues debes ir a clase y no tardarán en pedirme que me marche, Gary. —El muchacho regresó la mirada hacia Azim, sin mostrar expresión alguna en su rostro—. Es probable que hayas pensado muchas veces en escapar de aquí, pero no con las formas que has utilizado hasta el momento.

¿Había escuchado bien?

—Entiendo que ha de parecerle extraño que venga a decirte esto, pero...

Gary apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos, haciéndole ver que no tenía la menor intención de seguir con aquella absurda conversación.

Azim suspiró.

—Gary, debes prestar la mayor de las atenciones a esto que te voy a decir. No estoy bromeando. No eres nada de lo que ellos quieren hacerte creer, mucho menos un niño maldito. Eres especial, muy especial. —Gary volvió a

abrir los ojos. ¿Cómo sabía lo del niño maldito? Claro, debía aparecer en su historial.

»Si lo deseas, Gary, puedes abandonar este lugar. Has de ser fuerte, tienes que creer en ti mismo, ahí afuera hay un mundo hermoso que te está esperando, solo es cuestión de tiempo... Hazlo por ti.

Gary se irguió, sosteniéndole una vez más la mirada.

—No-te-conozco —señaló recalcando todas las palabras.

Azim esperó a que dijera algo más, pero esas fueron sus únicas palabras.

Era todo tan irreal. ¿Cómo podía creer a un hombre que no conocía de nada? Era una situación extraña y por un momento pensó si no estaría soñando. Seguro que sus ansias por escapar de allí le estaban jugando una mala pasada...

Se dio un pequeño pellizco en la pierna.

¿A quién quería engañar? Todo era real, estaba bien despierto.

Volvió a mirar a Azim. No quería hacerse ilusiones, no deseaba más fracasos en su vida, pero en sus ojos divisó un tenue brillo de esperanza. Lo que siempre había deseado estaba al alcance de sus manos. Su pulso se aceleró. Intentó aclarar sus ideas y su mente. No podía marcharse de allí de cualquier forma, era una insensatez.

—No digas nada ahora. Piénsalo con calma, Gary. Solo te diré una cosa, y recuerda bien las palabras: si lo puedes soñar, lo puedes lograr. No hay límites en tu imaginación —habló señalando los dibujos que había dejado sobre la carpeta—. Tú pones una parte, yo pondré el resto.

Gary desvió la mirada hacia la ventana de la puerta.

—Quiero-saber-más.

Azim sonrió levemente.

—Las respuestas están ahí afuera. ¿Qué deseas saber? Justo en ese momento la puerta se abrió. El celador introdujo medio cuerpo en la habitación.

—Señor inspector, le quedan cinco minutos. Gary tiene otras tareas que atender como bien comprenderá.

—Por supuesto. No se preocupe, ya estábamos terminando —se excusó.

Gary siguió con la mirada al celador hasta que salió. ¿Había dicho inspector?

—No tengo más tiempo por hoy, pequeño. —Azim hizo un ademán de sonreír, pero se luego se mostró inexpresivo—. Un segundo.

El Guardián se levantó, caminó un poco por la estancia, mesándose la

barba, hasta acercarse a la puerta. Puso con total disimulo una mano sobre el cristal y Gary apreció cómo de la mano del hombre emanaron unos pequeños rayos azules que cubrieron todo el cristal adquiriendo un tono oscuro antes de volverse nuevamente translucido.

Gary parpadeó varias veces, ¿ese hombre había hecho magia delante de sus narices?

Azim le guiñó un ojo y regresó junto a él.

—Así evitaremos miradas indiscretas. Mejor que no lo comentes con nadie, será un secreto entre nosotros dos. —Gary miró el cristal de la puerta de nuevo y esta vez no pudo evitar sonreír levemente. Por alguna extraña razón comenzaba a gustarle aquel hombre.

Azim se puso su gabardina aunque Gary lo seguía viendo tal y como era, envuelto con su túnica blanca. Luego hurgó en uno de sus bolsillos interiores, sacando una pequeña caja de madera con un grabado en la tapa. Gary miró la cajita, perplejo. Unas agujas de reloj doradas adornaban la parte superior.

¿Debía cogerla? No muy seguro de sí mismo, lo hizo y la guardó entre las sábanas.

—Que nadie la vea, Gary; de ello dependen muchas cosas. —El Guardián se puso en pie, sin dejar de sonreírle—. Hora de marcharme, pero regresaré pronto —lo miró con el ceño fruncido—: aún quedan muchas cosas de las que hablar. Mucho por hacer y aprender. Que tengas un excelente día, Gary.

Sin más dilación, Azim abrió la puerta y salió por la misma sin mirar atrás. Gary no pudo evitar pestañear, a pesar de seguir anonadado.

El joven se miró las manos. Bajo las sábanas acarició la suave madera de la cajita cuando de pronto el celador asomó la cabeza por la puerta. La intrusión le sobresaltó, pero tuvo tiempo de sacar las manos y disimular.

—Hora de desayunar. No te retrases.

Gary asintió.

Cuando el celador se marchó el chico liberó la presión que el aire ejercía en sus pulmones. Estaba un poco asustado, por qué no reconocerlo. Era todo tan irreal. ¿Qué era aquella caja? ¿Qué contenía? Curioso, esta vez sí sacó la misma de debajo de las sábanas. La observó por todos lados. Después elevó la vista hacia la puerta, queriendo creer que todo había sido un sueño. Pero no lo era, estaba seguro. Había sido extraño, sí, pero real.

Nuevas preguntas empezaron a rondar por su mente. ¿Cómo creer todo lo que le había ocurrido y le había dicho aquél extraño hombre? Nunca antes, nadie, le había regalado u obsequiado con ningún objeto de valor. Es más,

estaba seguro de que si lo veían sus compañeros o algún celador no tardarían en quitársela.

Suspirando, se tumbó y se cubrió con las sábanas, sosteniendo la caja fuertemente apretada junto a su pecho. Le daba pereza vestirse e ir al refectorio a desayunar. Ese día hubiera preferido quedarse en su habitación, sin ir a clase, indagando más sobre aquella cajita. ¿Debía esconderla? ¿Dónde? El celador había dicho que se trataba de un inspector. ¿Y si todo era un engaño y estaban tratando de ponerlo a prueba? Intentó no pensar en ello.

Cerró los ojos y se abrazó al pequeño regalo, tratando de asimilar todo. Debía buscar un buen lugar donde guardarla. Mientras tanto, en el exterior Azim cruzaba de nuevo el Arco del Tiempo y la nieve caía con fuerza en Nördlingen.

6

MIEDOS

Gary pasó gran parte de la tarde esperando que llegara la noche, pensando en cómo sería aquel momento en el cual abriría aquella pequeña caja. Por fin un momento de paz y tranquilidad. Tenía mucha curiosidad en saber qué era aquello que le había regalado el Guardián.

Las luces del exterior se apagaron, indicándole a Gary que era la hora: medianoche. Llegado el momento todo estaba en silencio y en penumbra. Tan solo le acompañaba el resplandor de su pequeña lamparilla de noche.

Gary extrajo la pequeña caja que había escondido en el hueco tras la pata de la cama, y la puso encima de sus rodillas. No era más grande que su puño. A esas horas ya no esperaba ninguna intrusión. Se acercó un poco más hacia la luz ambarina que alumbraba su insulsa habitación y la abrió. ¿Era un reloj?

Por su forma diría que sí, aunque no estaba del todo seguro. Era hermoso, dorado, pero no tenía manecillas ni marcaba ninguna hora en concreto. Se sorprendió al verlo, sin saber por qué. A decir verdad, no sabía qué esperar, ni qué hallaría en su interior. No parecía un reloj como los que había visto hasta el momento, de pared o pulsera. Era redondo y cabía en la palma de su mano.

Lo levantó con ambas manos y lo inspeccionó, acariciando con sus dedos todo el contorno del mismo, volviéndose hacia la pared para que nadie pudiera verle manipularlo a través de la ventanilla si algún celador pasaba cerca de allí. De reojo vio que todavía había algo luz, se colaba por la rendija que había bajo la puerta y no se fiaba lo más mínimo. Ahora estaba más seguro todavía que se lo quitarían si lo descubrían.

Era suave, como una pequeña joya de ingeniería bien elaborada. ¿Sería oro? Si era así, debía valer una fortuna. Gary empezó a hacerse nuevas preguntas sobre Azim. No entendía para qué le había regalado aquel reloj o lo que fuere. De pronto se quedó sin aliento. En la parte inferior su dedo tropezó con una pequeña pestaña.

«¿Será para darle cuerda?», pensó.

Su corazón se aceleró, ilusionado. Era la primera vez que recibía un obsequio de gran valor. Recordaba los días de navidad, cuando todos los niños recibían regalos en el orfanato. Ahora no era navidad, todavía quedaban dos meses, pero él ya tenía su regalo por anticipado.

No lo pensó dos veces, cogió la manecilla, apenas invisible, y le dio un par de vueltas. Gary lo giró, esperando que el reloj emitiera algún sonido o mostrara alguna reacción, pero al principio nada ocurrió. Extrañado, se rascó el mentón.

Momentos después el tiempo pareció detenerse.

«¿Qué está pasando?», pensó, con un nudo en la garganta.

De pronto su vista se nubló y el reloj se tornó borroso. Cuando Gary quiso darse cuenta estaba, atrapado, dentro de una burbuja, rodeado de luz. Su pulso se aceleró por momentos. Parecía que estaba a punto de sufrir uno de esos ataques de ansiedad que solía padecer. Intentó gritar, pero no le salía la voz. Nadie podía escucharle.

El silencio lo envolvió y trató de calmarse. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Cuando quiso darse cuenta se percató de que ya no estaba en el orfanato; tampoco en su habitación. No reconocía el lugar por lo que pensó que se habría quedado durmiendo y todo sería producto de su imaginación o de un

sueño. Aun así, la sensación de libertad que le embriagaba era difícil de describir. Se sentía como si estuviera flotando en el aire, como si pesara menos que una pluma y, de pronto, abrió los ojos, dejando atrás sus miedos.

Frente a él se hallaba un gran paisaje. El aire fresco erizaba su piel, y sin saber cómo se percató de que iba posado sobre una gran águila real.

«¿Cómo había llegado hasta allí?»

No podía creerlo.

Estaban atravesando las nubes como si fueran algodones, blancos y esponjosos. Con las alas extendidas, planeando sobre el territorio, el águila empezó a dar rodeos hasta vislumbrar un pequeño punto en medio de un mar azul y bravío. Ese punto no era otra cosa que una isla en mitad del mar, el cual desprendía un aroma a salitre indescriptible.

Se dirigían hacia allí.

A medida que descendía, Gary pudo contemplar la cantidad de tonos verdes que se fundían entre sí, rodeando valles y montañas coronadas por un enorme volcán dormido.

A lo lejos vislumbraba finos hilos de agua transparente que nacían desde las altas cumbres para más tarde descender en cataratas y pequeños riachuelos que desembocaban en algún minúsculo lago o el propio mar. Las arenas que bañaban las costas eran de un ocre claro y las playas de un azul turquesa. Los árboles eran gigantescos y algunas copas podían llegar a medir decenas de metros. También había palmeras, arbustos y plantas exóticas de mil colores que daban una visión alegre y fantasiosa del lugar.

Aquella isla desprendía magia por sus cuatro costados. Era como estar en un lugar soñado.

Intentó asomarse un poco más para poder contemplar mejor todo su esplendor. Aquella sensación le produjo un poco de vértigo. Había caminos, sendas y tierras aradas. Aquella tierra no era virgen, la mano del hombre había llegado hasta sus costas. Pero, ¿quiénes serían sus pobladores?

Altas torres de mármol cubiertas de vegetación se divisaban desde las alturas y una pequeña ciudadela coronaba los pies de un recóndito promontorio.

«¿Qué es este lugar?»

Entrecerró los ojos para verlo mejor y cuando quiso darse cuenta decenas de aves de multitud de colores lo acompañaban en aquella incursión.

A pesar de fijarse bien, desde aquella altura, no logró distinguir ningún habitante. Contrariamente divisó pequeñas columnas de humo que salían de

las chimeneas de algunos hogares. Había pequeñas cabañas y chozas diseminadas entre la maleza que se iban aglomerando hasta llegar al núcleo y los muros de una ciudadela. Al fondo y arriba de una colina un edificio de mayor tamaño coronaba el conjunto arquitectónico del lugar.

Cuanto más se acercaban y veía, más ganas tenía de llegar y poder explorarla en todo su esplendor. Había suscitado y despertado un gran interés en él y algo se había removido en el fondo de su corazón.

Ya faltaba poco. El águila se inclinó hacia delante y se dejó caer en picado.

Gary se agarró fuerte a sus plumas.

Cada vez volaban a menos altura, cuando, de repente, Gary empezó a notar cómo una fuerza intrínseca tiraba de él hacia abajo.

Se estaba resbalando.

El muchacho intentó aferrarse a las plumas del ave para no caer al vacío, pero sabía que no aguantaría por mucho más tiempo. El águila también notaba sus desesperados movimientos e intentó resarcirse virando hacia el otro costado. Gary gritó de nuevo, ya no le importaba que nadie le oyera.

Era todo tan real...

No quería morir, aún era demasiado joven.

Volaban muy alto todavía. Miró hacia abajo y sintió miedo de verdad. No pudo evitar marearse. Pensó que ese era su fin. Había sido un paseo agradable surcando los cielos, una imagen y vivencia armoniosa antes de abandonar aquel mundo al que siempre había pertenecido. Se dio por vencido y, sin poder evitarlo, cayó, gritando.

Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos... ¡Sorpresa! Se encontraba de nuevo en su habitación, llorando y dando golpes contra la pared.

¿Qué había ocurrido? Se miró las manos y luego se acarició el rostro. Estaba vivo. ¿Había sido un sueño? Trató de calmar su irregular y agitada respiración.

Suspiró.

Había sido todo tan real...

Miró el reloj; estaba tendido encima de la cama. Lo asió rápido como el viento, y lo metió de nuevo en la cajita de madera. ¿Qué era aquel objeto? ¿Acaso era mágico y le había provocado que tuviera aquellas alucinaciones?

Gary se sobresaltó al escuchar abrirse la puerta. Un celador se había acercado al escuchar sus gritos y golpes. Asomó la cabeza y preguntó:

—¿Todo en orden? ¿Ocurre algo, Gary?

El joven negó con la cabeza, algo contrariado. El celador lo miró con recelo, pero no dijo nada más. Volvió a cerrar la puerta y se marchó.

Pasados unos minutos, Gary todavía tenía un nudo en la garganta. Miles de preguntas se arremolinaban ahora en su cabeza, preguntas que solo alguien podría responder.

Escondió de nuevo la cajita antes de que nadie pudiera verla y se arrodilló en el suelo, desolado. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Aquel había sido un largo día en el cual se habían despertado muchos sentimientos, algunos de los cuales yacían apagados en su interior.

Primero en las clases, después en las duchas y para rematarlo: aquella extraña visión. No podía describir con palabras lo que había sentido a lomos del águila, tampoco la sensación de libertad al sentirse fuera de los muros de aquel orfanato. Pero no había sido real, ¿o sí?

«Estoy atrapado para siempre. Nunca más podré salir de aquí», pensó.

Se golpeó los muslos con rabia. Fuera quien fuera Azim, le debía alguna que otra explicación, si es que algún día regresaba.

Gary no durmió en toda la noche, ni esa noche ni las posteriores. Estaba cansado, pero el sueño parecía haberse marchado a otro lugar, fuera de su mente y su cuerpo, sin regreso. Parecía excitado con la idea del regreso de Azim, el Guardián, pero su llegada parecía retrasarse cada vez más hasta el punto de creer que no volvería nunca más.

¿Y si todo había sido producto de su imaginación? ¿Quién le aseguraba que su mente no le hubiera jugado una mala pasada? Tanto tiempo encerrado en aquel orfanato podía estar haciendo estragos en él, y no lo descartaba. Intentaba ser fuerte, pero muchas veces, por mucho que intentara controlar su mente y emociones, tarde o temprano sus muros caían o se debilitaban. Sin embargo, sabía a ciencia cierta que nada de lo que había vivido y visto era imaginado, que todo había sucedido, que todo era real, porque tenía la prueba en sus manos: el regalo que Azim le había dejado tras su visita antes de marcharse.

Desde ese día había cuidado aquella cajita de madera como si fuera su más preciado tesoro, con delicadeza, pero también con recelo. Intuía que era un objeto muy valioso, pero también extraño, misterioso... mágico.

Pasada una semana, Gary había perdido la cuenta de los días. No recordaba el día exacto en el cual había tenido aquella visión, donde todo

había sido demasiado mágico y se había sentido libre por primera vez en su vida. Pero si bien no podía negar que el reloj existía al igual que Azim, no podía pensar lo mismo de aquella experiencia vivida a raíz de tocar la manecilla de la parte inferior del reloj.

¿Y si usaba de nuevo el reloj? ¿Y si giraba una vez más esa manecilla? Eran las constantes preguntas que se hacía para salir de dudas.

Se abrazó a sus rodillas y negó con la cabeza. No, no quería. Tenía verdadero pánico. Todo lo que había visto en ese momento era maravilloso, pero también había pasado muchísimo miedo cuando se había precipitado hacia el vacío.

Había visto su muerte tan de cerca...

No obstante, al abrir los ojos se había encontrado en su habitación, por tanto, nunca había salido de ella, siempre había estado allí y lo único que había salido al exterior había sido su imaginación, nada más. Empezaba a creer que Azim le había mentado y le había infundado falsas promesas con la idea de ayudarle a salir de aquel orfanato.

Se puso en pie, hartado, apretando los puños, haciéndose daño en la palma de su mano al clavarse sus propias uñas. ¿Por qué no dejaba su mente en blanco? ¿Por qué no olvidaba todo aquello y seguía con su vida, tal como era antes de la aparición de Azim? Tal vez esa era la solución. Sí, era la solución, pero no podía evitar pensar en ello. ¿Por qué?

Quiso gritar de impotencia, golpear nuevamente la pared, pero eso solo llamaría la atención de los celadores. Dejó caer las manos y suspiró, tratando de apaciguar su cuerpo. El silencio reinó en la habitación y solo se oyó el sonido de su corazón, acelerado. Trató de calmarse, pero al hacerlo, un sonido diferente brotaba de un punto de la habitación e iba incrementándose. ¿Era el reloj?

Se había prometido no usarlo más de momento. No sería capaz.

Quiso ignorarlo, pero el sonido iba en aumento, adentrándose en su cabeza como un taladro. Se tapó los oídos y trató de tatarrear para dejar de escuchar el ritmo constante, pero era imposible. El sonido de los engranajes iba a más y más, con insistencia. El corazón de Gary y el tic tac parecían ahora acompañados y estaban desquiciando al muchacho, el cual se balanceaba hacia delante y hacia detrás, apretando sus sienes. Hasta que no pudo soportarlo más, preso del agobio y la ansiedad. Con lágrimas en los ojos, y furioso gritó:

—¡Basta! —Y el sonido cesó.

Gary se dejó caer de rodillas al suelo, sollozando. Se cubrió la cara y tomó aire.

Cerró los ojos y permitió que las lágrimas fluyeran y recorrieran sus mejillas fruto de la desazón.

¿Llegaría algún día a ser libre?

HORA CERO

—¿Ocurre algo, mi señora? —fue lo primero que preguntó Azim en cuanto irrumpió en la Sala del Tiempo de Herindador. Estaba sofocado y con la frente perlada de sudor.

Las visitas a Arthas no solían ser placenteras a deshoras, en realidad, a ninguna hora. No obstante, la Maestra Relojera llevaba muchos años llamándolo cuando menos esperaba, aunque aún no se había acostumbrado a ello.

La Maestra Relojera permanecía de espaldas a él, contemplando Tairngire con la solemnidad que la caracterizaba por el amplio ventanal circular que había frente al salón. Como cuidadora del tiempo, debía asumirlo con responsabilidad y paciencia.

Para muchos, el tiempo era veloz y ajetreado, para ella, era calma, sosiego, contemplación. El tiempo era veloz cuando los humanos lo aceleraban, nada más. Cada gota que se desprendía del gran reloj equivalía a un minuto, que a su vez eran sesenta segundos... Aunque pareciera poco era una eternidad. Si muchos se detuvieran a pensarlo bien comprenderían que tenían más vida y tiempo del que creían. El problema radicaba en que no sabían aprovecharlo. Aceleraban a cada instante el tiempo, destruyendo su propia vida. Si algo iba mal deseaban que el día acabara para que otro mejor llegara y así día tras día. Eso era tiempo desperdiciado que no regresaba y que después, en su lecho de muerte, anhelaban, maldiciendo y asumiendo interiormente su error.

—Me pregunto, mi querido Azim, por qué siempre te sorprendes cuando requiero de tu presencia. Pasa, acércate y cierra la puerta.

Azim permaneció unos segundos quieto, tratando de asimilar las palabras de la Maestra, sonrojado. Llevaba años trabajando para ella y aún desconocía cómo era capaz de leer su pensamiento, de conocer qué le perturba.

—No sé qué responder, mi señora —fue sincero mientras se acercaba a ella.

Arthas se giró y le dedicó una cálida y blanca sonrisa.

—No hace falta que respondas, Azim. Conozco muy bien tu fidelidad y tu buen hacer, así como el compromiso para con tu trabajo; es digno de admirar.

—Vivo por y para ello, mi señora.

—Es bueno tener metas en la vida, pero no deben volverse adicciones, Azim.

—No es una adicción, mi señora: es una pasión.

—Y la agradezco, Azim, créeme.

Arthas se giró hacia el Enal-Tyum cuyas partículas de tiempo comenzaban a retornar cerca de las cero horas para volver a empezar un nuevo ciclo.

—Tenemos un problema —señaló finalmente. Sin embargo, a pesar del peso de sus palabras estaba tranquila.

El corazón de Azim dio un sobresalto. La habilidad de la Maestra para darle un giro a las situaciones era magistral, aunque el golpe final siempre era sobrecogedor.

—Me lo temía. ¿Es grave?

—Gary debe abandonar ese orfanato cuanto antes: le está destruyendo internamente. Su tiempo se agota.

—¿Qué ha ocurrido esta vez?

—Me temo que nada bueno ni placentero, Azim. Si queremos ayudarle, debemos actuar rápido. Desde mi punto de vista Gary no tomará la iniciativa si no le damos un impulso y ahí es donde nuevamente tendrás que entrar en acción.

—Por supuesto, mi señora. ¿Qué propone?

—Ve a su lado e incítale a abrir la caja de nuevo. No debe temer al reloj.

—¿Lo ha utilizado? —preguntó Azim.

—Sí, y su experiencia no ha sido del todo fructífera. Debemos hacer que cambie de opinión.

Es la única forma de que Gary descubra el verdadero sentido de la vida y el tiempo.

Azim asintió y cruzó el salón, raudo, utilizando el Iluminador para abrir el Arco del Tiempo.

—Como usted diga, mi señora —dijo mientras se retiraba pensando en cómo llevaría a cabo aquella nueva orden.

Arthas regresó la mirada al reloj y el tiempo se detuvo cuando dieron las cero horas. Unos segundos después, el tiempo empezó a contar de nuevo. No

había nada más especial que ver comenzar un nuevo ciclo. Era como empezar de nuevo.

8

TIM

Un haz de luz alumbró la habitación de Gary y una hendidura se abrió en el aire. Azim, el Guardián, asomó medio cuerpo, bajó la intensidad de la luz del Arco del Tiempo con su Iluminador y se acercó a la cama del muchacho. Aquella vez no visitaría el orfanato haciéndose pasar por un inspector, tenía que actuar rápido y no tenía tiempo para concertar visitas. El niño dormía plácidamente. El Guardián sacudió la cabeza y suspiró. Arthas tenía razón, Gary necesitaba un nuevo empujón y debía ser él quien se lo diera. Si no lo hacía, nunca daría el paso por sí mismo. Tenía miedo a lo que el reloj pudiera mostrarle, y si no hacía algo no lo volvería a usar. Si quería ayudarlo tenía que actuar.

Tratando de no hacer ruido, sigiloso, vagó con su mirada por la habitación hasta dar con el escondite donde Gary había depositado el reloj. Bajo la cama, en el hueco trasero de una de las patas que la sostenían se encontraba el divino objeto.

Prestando atención para no despertar al muchacho, sacó la pequeña caja, la depositó bajo la almohada de Gary y regresó a través del Arco del Tiempo guiado por un nuevo destello de luz.

—«*Espero que la vea cuando despierte*», pensó.

Gary despertó sobresaltado cuando un fogonazo de luz inundó su habitación. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos en la oscuridad de la noche. Todo estaba en silencio y en penumbra, entonces, ¿de dónde había procedido esa luz?

«*Quizá lo he soñado*», se dijo.

Encendió la lamparilla y miró hacia la puerta, pero ésta seguía cerrada. Frunció el ceño, confuso.

Dejó caer los hombros y se dispuso a volver a tumbarse en la cama para dormir un poco más. Aún debía ser de noche y esperaba que al despertar el día fuera mejor. Cuál fue su sorpresa cuando apoyó su cabeza y notó algo

duró bajo su oreja. Pasó la mano por debajo de la almohada y sacó el bulto que había bajo ella. Allí se encontraba la caja del reloj que Azim le había regalado.

Un súbito calor le ascendió de los pies a la cabeza, comenzando a asustarse. ¿Qué significaba aquello? ¿Habían descubierto los celadores el reloj al hacer la cama y lo habían dejado la caja allí para que lo supiera? O... Se agachó y miró bajo la cama. Paso la mano por detrás de la pata de la cama y el hueco estaba vacío. Sí, era la misma. Entonces, ¿cómo diantres...?

Se frotó las manos con fuerza, preso del desconcierto y la inquietud. ¿Había sido él? ¿Había sido él quien en un descuido la había dejado ahí, fuera de su escondite, al dormirse? No. Él era muy ordenado y responsable en ese aspecto. Y no la había vuelto a tocar desde la última vez. Se lo había prometido a sí mismo.

Sostuvo la caja entre sus manos. ¿Se hallaría todavía dentro o estaría vacía? La curiosidad le invadió por momentos. ¿Quería abrirla?

Sí, sentía un fuerte impulso de hacerlo. ¿Por qué no? Cerró los ojos y sin pensarlo mucho más la abrió. En su interior, contando las horas, minutos y segundos, incesante, se encontraba el reloj que Azim le había entregado. Nadie más lo había visto, nadie se lo había llevado, todo estaba bien, el descuido había sido suyo al dejarlo ahí... o eso creía, porque no recordaba haberlo sacado de su escondite. Entonces...

Echó una mirada de recelo al reloj. Primero escuchaba el incesante y agobiante ritmo de los engranajes del mismo y ahora lo encontraba bajo la almohada. ¿Acaso el reloj estaba tratando de decirle algo?

No podía negar que deseaba con fervor experimentar una vez más la sensación de libertad y conocer más sobre aquella isla misteriosa, ya fuera real o en sueños. Pero algo le echaba para atrás. Sabía que eran sus miedos. Quizás también esa era la verdadera intención de Azim a la hora de entregárselo; permitirle soñar y hacerle los días más llevaderos y amenos, sin temor.

Indudablemente, ahora era el momento de salir de dudas, ahora que todos dormían y el orfanato estaba en plena calma. Debía ser valiente. Fuere como fuere, si el reloj era capaz de engañar a su mente y hacerle salir del orfanato, era un buen aliado. ¿Qué podía ser peor que caerse de un águila volando a centenares de metros de altura? Tenía que intentarlo. Aunque si lo hacía, tal vez, acabaría loco y viviendo una mentira fantástica, si no lo estaba ya.

Cogió con cuidado el reloj entre sus manos y depositó la caja a su derecha.

Tomó aire con el corazón latiendo, apresurado.

«No lo pienses, no lo pienses, no lo pienses. ¡Hazlo!».

Cerró los ojos con fuerza y giró la manecilla una vez más. Sintió un cosquilleo en el estómago y...

¡Toc, toc!

Alguien había llamado a la puerta.

—¿Se puede saber que...?

Gary no llegó a escuchar el final de la frase. Sobresaltado, abrió los ojos, pero ya no estaba en su habitación, tampoco su cuerpo ni su mente: estaba viajando lejos de allí, hacia la libertad, girando y girando incesantemente. No sabía que ocurría esta vez, pero prefería dejarse llevar por la embriaguez de la emoción y de nuevo cerró los ojos.

No supo cuánto tiempo estuvo viajando hasta que separó una mano del reloj y la depositó en... ¿el suelo? Olfateó a su alrededor y el olor a salitre y humedad inundaron sus sentidos. ¿Era real?

Abrió una vez más los ojos y estos se encharcaron lágrimas de emoción al ver a lo lejos una especie de pequeño orificio por el que entraba la luz de un sol radiante. Caminó hacia él y salió al exterior de una cueva situada en lo alto de un saliente rocoso, en un día templado y brillante.

A su alrededor se extendía un inmenso valle verde de altos árboles repletos de frutos. La naturaleza se había apoderado de las pocas viviendas que se apreciaban, como si nadie viviera allí. Los pájaros eran de llamativos colores y volaban de un lado a otro, piando con regocijo. El viento mecía suavidad las hojas y hacía cosquillas en los pies descalzos de Gary.

El muchacho alzó la cabeza y observó el cielo limpio, respirando una bocanada de aire puro. Después se miró las manos y puso su vista en lo que lo rodeaba. ¿No soñaba? ¿Era libre? ¿O todo tenía un límite de tiempo?

No le importó, no quería pensarlo en aquel momento.

Estaba allí, en aquella isla, la misma que había divisado desde las alturas en su viaje anterior, y eso era lo único que importaba, durase dos segundos o una eternidad. Deseaba llorar de emoción. Y en realidad lo hacía, aunque sus ojos ahora no lo demostrasen.

Caminó por un recodo hacia la derecha y se adentró entre la espesura del bosque. Saltó y corrió, dio vueltas y más vueltas, maravillado. Todo era tan mágico.

No dejó de avanzar en ningún momento, alejándose del túnel, y no le importó. No deseaba volver, soñaba con dejar atrás todo lo que tuviera que

ver con su vida anterior. Era libre, estaba feliz. ¿Qué más podía pedir?

Se detuvo de pronto a escuchar una dulce melodía que parecía tarareada por alguien detrás de unas altas cañas de bambú. Prestó más atención, creyendo que tal vez era algún ave, pero no, era el sonido emanado de una boca humana. Con algo de recelo, apartó las cañas con sus manos y pudo ver lo que había al otro lado. Se quedó parado al ver a una muchacha de su misma edad recolectando frutos de varias plantas.

Era una muchacha no más alta que él, de piel tostada y una larga melena negra como el azabache que le llegaba por debajo de la cintura. No lograba ver sus rasgos, la chica no se giraba y por más que Gary lo intentaba no lograba ver nada. Llevaba un vestido blanco que se adhería a su cuerpo y lo cubría con una capa fina casi translúcida.

Gary se acercó un poco más y una caña podrida crujió bajo sus pies. Contuvo la respiración cuando la muchacha se giró, alertada. Gary abrió aún más los ojos, sorprendido. Aquellos ojos almendrados... Por un momento su rostro le resultó familiar. Frunció el ceño. Permaneció quieto, casi sin respirar, mientras la chica regresaba a sus tareas, ignorando el ruido.

Suspiró, aliviado, una vez su corazón volvió a latir. Era tan hermosa...

Su forma de vestir le recordó vagamente a la que portaba Azim. ¿O era su forma de caminar lo que le era tan familiar? Movimientos gráciles y seguros. No, no era eso. ¿Era su rostro? Tampoco. No podía ser. Ella vivía en aquella isla, nunca se habían cruzado.

La muchacha terminó de llenar su cesta de mimbre y se encaminó por un sendero que había entre los árboles. Gary se apresuró a seguirla, embelesado. Trató de no hacer ruido así como de ir escondiéndose entre las plantas y árboles. La muchacha lo condujo hasta un pequeño poblado de chozas construidas con piedras, argamasa y tejados de madera con hojas alargadas y amarillentas, situado a los pies de una montaña. No había nadie fuera de las viviendas, ni siquiera niños o algún animal doméstico.

De pronto una de las puertas se abrió y salió una mujer esbelta cuyos rasgos eran idénticos a los de la joven, así como las vestimentas. La mujer sonrió a la muchacha y la esperó. ¿Sería su madre?

—Tim.

De toda la conversación que ambas intercambiaron «Tim» fue lo único que Gary logró interceptar. Ambas entraron en la vivienda y cerraron la puerta.

Gary permaneció oculto, sin saber qué hacer ahora, un poco desilusionado

con aquel encuentro. Voces cercanas llamaron su atención y bordeó el poblado hasta un amplio campo donde había más gente, niños y animales, atareados en varios quehaceres. El alboroto así como el creciente número de personas asustó al muchacho. ¿Qué ocurriría si lo descubrían? Él era un total desconocido para aquella gente, y estaba invadiendo su intimidad.

Alzó la mirada hacia el cielo y apreció que el tiempo iba deprisa y pronto anochecería. Debía volver, aunque la sola idea de encerrarse una vez más en su habitación le producía ansiedad, pero era mejor que pasar la noche en un lugar desconocido y a la intemperie. Sin embargo, el único problema era cómo regresar. No sabía cómo hacerlo, y se había alejado demasiado de la cueva.

Su pecho se aceleró. ¿Se quedaría atrapado en la isla para siempre? La última vez había regresado sin pensarlo.

Compungido, se alejó del poblado y se sentó en el suelo, abrazado a sus rodillas. Y ahora, ¿qué? Si regresaba nada bueno ocurriría, puesto que habían llamado a la puerta, incluso entrado justo en el momento en el que él había desaparecido.

No era que quisiera regresar, allí estaba bien, le gustaba lo que veía; no cambiaba por nada lo que el reloj le estaba mostrando y la oportunidad de experimentar tantas buenas sensaciones hasta ahora desconocidas para él. Sin embargo no dejaba de ser un niño perdido en un mundo nuevo, que por primera vez salía de una burbuja y temía lo inexplorado, lo que podía encontrar, en cada nuevo recodo. Había sufrido demasiado durante su corta vida y no deseaba seguir haciéndolo. Deseaba ser feliz de una vez y que no hubiera más penas, aunque eso solo ocurriría cuando lograra habituarse y quitarse la negatividad, esa misma que lo empujaba con insistencia y le decía que nada saldría bien, que no todo podía ser como en los cuentos de hadas.

Triste, se puso en pie y caminó una vez más por el bosque, sin rumbo, escuchando a las aves sobre su cabeza y a pequeños roedores moverse a su alrededor. La belleza del lugar pasaba como si se tratase de una película ante sus ojos, pero no disfrutaba de ella. Cansado de merodear, se sentó bajo un árbol a descansar, era ya casi de noche y estaba agotado. Estaba tan cansado que se durmió casi al instante, sin darse cuenta. Cuando se despertó estaba amaneciendo. Se levantó dando un pequeño salto. ¡Había pasado la noche en el bosque! El canto de unos pájaros y un ruido seco de pisadas lo hizo ponerse de nuevo en alerta, abrió los ojos, un poco asustado. Ahogó un grito en su garganta cuando vio frente a él un enorme ciervo de grandes

cornamentas. Su pelaje brillaba bajo la luz del sol naciente.

Gary se pegó más al tronco, asustado. Trató de ahuyentarlo con una pierna, pero el animal permaneció quieto, mirándole con sus profundos ojos marrones.

—V-vete... ¡Márchate!

Gary no estaba muy seguro de cómo actuar. Con suma delicadeza, se arrastró hacia la derecha hasta conseguir bordear el árbol. Se irguió raudo y echó a correr. Pocos metros más adelante se detuvo y se dobló por la cintura para tomar aire. Levantó la cabeza y vio frente a él al mismo ciervo, mirándole de espaldas. A este se unió un cervatillo que aún no tenía manchas blancas en su pelaje, y después, ambos se alejaron.

El muchacho tardó unos segundos en reaccionar. Suspiró, complacido y fuera de peligro. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que realmente volvía a estar solo. Nunca antes había visto tanta belleza junta. Movidado por un extraño presentimiento, siguió la dirección de los ciervos y llegó frente a un corte de tierra desde donde se divisaba una hondonada de la que ascendía hacia el cielo una alta torre similar a un cuerno y cuyas paredes habían desaparecido atrapadas por plantas trepadoras y raíces, quedando solo al descubierto las ventanas de las que emanaban luces. Desde interior del bosque ascendían unas cabinas circulares hasta lo alto de la torre donde se detenían unos segundos y después volvían a descender.

Gary no daba crédito a nada de lo que sus ojos veían. Estaba anonadado. Era todo tan maravilloso y a la vez tan extraño y peculiar. No le quedaba la menor duda de que no quería marcharse, de que quería quedarse a vivir allí por siempre, y no solo él, sino que el lugar también parecía aceptarlo. La torre lo atraía. Deseaba acercarse más y cobijarse en su interior.

Cuando vino a darse cuenta sus pies se movían hacia ella, pero no hubo dado más de diez pasos cuando advirtió cómo una mano se posaba sobre su hombro, cortándole la respiración.

Se giró, raudo, para enfrentarse por una vez con valentía a su destino y de su boca emanó una sola palabra.

—Tim.

La muchacha le sonrió, mostrándole una mirada tranquila y un tanto familiar.

—No puede ser... Tú.

Ella puso un dedo en sus labios pidiéndole silencio.

Gary le devolvió la sonrisa justo en el momento en que su cuerpo

comenzaba a desvanecerse y la vibración del reloj se ralentizaba.

Gary alzó la mano, buscando la de Tim, pero ella se limitó a seguir sonriéndole. Su tiempo allí se había terminado. Dedujo que la duración del mismo se debía al impulso que él había otorgado al girar las manecillas. Cuando más las hiciera girar más tiempo podría permanecer en aquel lugar. Ahora debía volver, pero todo aquello lo tendría en cuenta para poder regresar.

Cerró los ojos y se dejó llevar, evaporándose.

Cuando los abrió se encontró sentado en la cama, sujetando el reloj entre sus manos. Su corazón latía apresurado y en su rostro brillaba una amplia sonrisa. Sin embargo...

¡Toc, toc!

Alguien llamó a la puerta.

La puerta se abrió y un celador entró en la habitación.

—¿Se puede saber que...? —Gary se removió en la cama, haciéndose el dormido—. Creo que el cansancio hace estragos en mi cuerpo.

El celador se acercó hasta la lamparilla y apagó la luz. Después cerró la puerta. Gary abrió los ojos, se irguió y echó un vistazo a su alrededor, con el reloj escondido en su puño, apretado contra su pecho, excitado.

No podía ser. En el orfanato aún era de noche... ¿Se había detenido el tiempo mientras él estaba en aquella isla? Pero si debían de haber pasado horas...

Abrió el puño y dejó el reloj al descubierto: sin duda era el mejor regalo que jamás había recibido.

Muy lejos de allí, Arthas, la Maestra Relojera, se apartó del Enal-Tyum y sonrió, satisfecha.

9

PREGUNTAS

Los días siguientes transcurrieron con normalidad en el orfanato, aunque Gary no olvidaba sus dos últimas experiencias con el reloj y aquella maravillosa isla que el extraño objeto le había mostrado. Había significado tanto para él y le había proporcionado tal cúmulo de sensaciones y pretensiones que ahora anhelaba a cada instante volver a girar esa manecilla. Pero su instinto le frenaba, su mente le decía una y otra vez que no lo intentara, no hasta que pudiera dar respuesta a muchas de las preguntas que se había formulado hasta el momento. Necesitaba hablar con Azim, pero no sabía cuándo regresaría o si volvería algún día. Ya dudaba de ello... Él se lo había prometido, pero ya no sabía qué pensar. Era conocedor de los horarios de visitas bajo un sumo y estricto control. Aunque si él se estaba haciendo pasar por el nuevo inspector no tendría esa clase de problemas.

Sin embargo, por mucho que trató de evitar no hacer girar las manecillas a la espera de la llegada de Azim, no pudo resistirse a la tentación, y durante varias noches más viajó a la isla por su cuenta. Quizás desde un principio era lo que se esperaba de él. Muchas veces se preguntaba si no tendría que hallar él mismo las respuestas antes de que Azim volviera a visitarle. Así que no perdía nada por probar.

Cuando viajaba a la isla, con tan solo pisar tierra firme, oler a tierra mojada y vegetación su rostro mudaba a otra expresión. Cada vez se dejaba embriagar más y más, recorriendo los inmensos bosques como si temiera no poder regresar una vez más. Pasaba horas y horas contemplando a las ardillas, o a los conejos o las flores. Se había hecho amigo incluso de una familia de patos que nadaban en un gran lago, con sus crías recién nacidas.

Gary se sintió pronto parte de todos ellos. Solía utilizar el reloj y viajar a media noche, cuando todos dormían, pero cada vez que llegaba a ese misterioso lugar era una hora diferente, ya fuera al amanecer o al anochecer. No podía dar respuesta a aquella sinrazón, pero no le importaba. Los animales empezaban a verlo como uno más y él no se sentía para nada

extraño. Con el paso del tiempo empezó a gustarle esa sensación. Lo único que seguía odiando era entrar en el agua, pero era gracioso ver cómo los patitos le instaban a hacerlo.

Muchas veces le entraba hambre y no dudaba en recolectar frutos del bosque. Una noche comió de un gran campo de árboles frutales y durmió como ya había hecho en una ocasión bajo el abrigo de la luna y el manto estrellado de la noche.

Gary pronto dejó de contar las veces que había viajado a ese nuevo mundo. Se podía decir que muchas, incontables. Y lo consiguió gracias a que se dejaba llevar sin pensar, aparcando sus miedos a un lado. Viajó por ella conociendo nuevos y maravillosos rincones de la isla, conociendo más y más animales.

Una mañana, mientras buscaba algo para desayunar pues estaba hambriento, un animal bastante familiar le cerró el paso. Era el ciervo que una vez le había acelerado el corazón. Gary había hecho amistad con otros animales, sin embargo, con el ciervo era distinto. Sus grandes cornamentas le imponían demasiado respeto. Trató de huir nuevamente de él, pero el ciervo saltaba y le cortaba de nuevo el paso, una y otra vez.

—¿Q-qué quieres? —gritó un día Gary, harto de sus persecuciones. El corazón se le iba a salir del pecho.

El animal lo miró fijamente a los ojos e inclinó la cabeza junto a su pata derecha, como en un gesto de reverencia. Sacudió la cabeza y le indicó con el morro un punto en su espalda.

—Oh, n-no —negó el chico al instante. No iba a subir sobre su lomo, de ninguna manera. Ya había tenido una experiencia semejante con un águila en la primera incursión en la isla y la cosa no había terminado de la mejor manera. No estaba dispuesto a volver a pasar por aquello.

Procurando no alterar a la bestia, retrocedió primero con calma para después acelerar. Pero el animal siguió su carrera, veloz, y lo atrapó del pijama, con la boca.

—¡Suelta, suéltame!

Fue demasiado tarde. El animal hizo un rápido movimiento de cabeza hacia detrás y lo lanzó sobre su espalda; después aceleró. Gary se abrazó a su cuello, gritando. Momentos después el ciervo se movía dando grandes zancadas, muy rápido.

—¡Para, para!

El ciervo no obedeció, sino que aumentó el ritmo. Temblando de puro

pánico, Gary abrió un ojo y observó cómo todo pasaba veloz a su alrededor. Irguió un poco la cabeza y el viento le acarició la cara. Entrecerró los ojos e intentó acostumbrarse al vaivén del animal. Las imágenes pasaban deprisa por su lado. Dejó de gritar y tras calmarse se dio cuenta de que aquella nueva experiencia no estaba tan mal, incluso podría llegar a acostumbrarse. Apretando las piernas contra el vientre del animal, elevó los brazos al cielo y gritó, dejándose llevar. La fragancia de las flores se colaba por sus fosas nasales haciéndole cosquillas en el estómago. Una sensación de libertad se apoderó de su ser.

Tras recorrer varios kilómetros el ciervo aminoró la marcha hasta detenerse en el extremo de un saliente rocoso. Desde lo alto de aquel acantilado Gary podía ver el mar. Bajó de la montura y se acercó al borde del mismo. El miedo ante aquella enorme caída le hizo ponerse de cuclillas y agarrarse a la roca. Asomó un poco la cabeza y una sonrisa creció en su rostro al ver cómo las olas rompían en las afiladas rocas. Las gaviotas volaban sobre su cabeza y se lanzaba en picado al agua en busca de peces con los que alimentarse.

Suspirando de puro placer, Gary se tumbó hacia atrás y, mirando hacia el sol que se escondía tras las nubes, cerró los ojos. —Me gustaría vivir aquí por siempre —dijo en voz alta.

Una risita se oyó tras él. Gary abrió los ojos y se sobresaltó. ¿Quién podía ser?

Cuando lo descubrió algo se removió en su interior. Al ver allí a Tim, acariciando el cuello del ciervo, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Tú...

—¿Te gusta donde te ha traído mi amigo? —le preguntó, risueña.

Gary tardó unos segundos en reaccionar. La última vez que se habían encontrado tan solo habían estado juntos unos pocos segundos. Luego su cuerpo se había desvanecido. Ahora estaba frente a él de nuevo, hablándole directamente, sin ningún complejo, como si hubiera estado esperando su llegada desde la última vez. Gary se ruborizó.

—Es... ¿tu amigo? —logró balbucear.

Ella asintió.

—Sí. Se llama *Clock*. ¿A qué es precioso?

Gary asintió.

Tim dio una palmadita en el cuello del ciervo y el animal se marchó

desapareciendo entre la espesura del bosque. Después ella se asomó al acantilado, sin temor. Estiró los brazos y el viento meció su pelo. Gary la imitó. Después ambos se miraron y rieron.

Aquel segundo encuentro con Tim había despertado en él una sensación desconocida, aunque tenía que reconocer que se sentía a gusto.

—¿Te gustaría vivir aquí? —preguntó entonces ella, bajando los brazos—. Pues ni siquiera has visto aún un tercio de la isla.

Gary miró hacia detrás, hacia el interior del bosque.

—Eso he dicho —dijo asintiendo, convencido de sus palabras.

Pero el tiempo en el reloj se había agotado y ese día llegaba a su fin. Otra vez se quedaría con las ganas y tendría que esperar. Gary se sintió frustrado y solo pudo gesticular un leve ademán de despedida.

Ella, de manera comprensible, sonrió.

Momentos después Gary regresaba a su habitación, una vez más. No se sintió triste por ello, después de todo lo ocurrido ese día, sobre todo tras haber visto en persona a Tim una vez más. Esperaba que su próximo encuentro con ella fuera más fructífero y duradero.

Al día siguiente Gary tuvo que volver a clase y lidiar nuevamente con los insultos, esta vez concentrados en su última aventura en las duchas y su incontinencia repentina. Sabía que sus compañeros no lo olvidarían tan fácilmente por lo que tendría que aguantar sus burlas durante una larga temporada. Pero Gary no le daba importancia: estaba acostumbrado a ser el centro de atención. No quería decir que no le molestara o le hicieran daño sus comentarios, que así era, pero intentaba abstraerse de esa realidad. Prefería viajar con sus recuerdos a la isla, allí por lo menos respiraba aire puro y conseguía esa paz que necesitaba. Además esos días tenía cosas más importantes en las que pensar y meditar. Esa mañana había buscado con ímpetu la mirada de aquella joven de tez morena y pelo negro que muchas veces le había defendido de los matones, pero no la había encontrado y eso lo había desconcertado. Lo creyera o no, la anterior visita de Azim había creado un punto de inflexión en su vida, aunque de momento no pudiera hacer nada por cambiar el modo de vivirla.

Por la tarde Gary se encontraba sentado en la cama de su habitación, meditabundo como tantas otras veces, cuando de lejos, y tras la puerta, oyó cómo unos pasos se acercaban por el pasillo. Un atisbo de esperanza se

reflejó en sus ojos. Eran dos. Los andares de un individuo no emitían el sonido sordo al que le tenían acostumbrado los cansados pasos de los celadores, pero en los del otro sí reconoció el sonido de los zapatos de goma dura. Por lo tanto debía ser alguien del exterior acompañado por un trabajador del centro. Sus pisadas tenían fuerza y estaban cargadas de energía.

Cuando la puerta de su habitación se abrió Gary casi se levantó dando un respingo. No sabía por qué había reaccionado de esa forma, o quizá sí. En el fondo sabía de quién se trataba. Su corazón se aceleró. Pensaba que igualmente muchas de sus preguntas serían respondidas.

Allí estaba Azim de nuevo, con sus extrañas ropas. Cuando sus miradas se cruzaron, el hombre mostró una leve sonrisa y le guiñó un ojo. Gary apenas movió la comisura de su labio inferior, pero en el fondo estaba contento, por no decir exhausto. La espera había valido la pena. Había cumplido su promesa. El día que tanto anhelaba había llegado.

—Gary, tienes visita. Volveré en quince minutos —anunció el celador que lo acompañaba y luego se marchó sin más.

Azim no se entretuvo con nuevas presentaciones; dejó su gabardina marrón en la percha y se sentó en el mismo taburete que la última vez. Sabía que tenían muchas cosas de las que hablar y muy poco tiempo.

—Hola, Gary. Me alegro de volver a verte. ¿Qué tal has pasado estos últimos días? —comenzó a hablar. Hizo una pausa y después continuó como sabiendo que no recibiría respuesta alguna a muchos de sus comentarios. El chico permanecía mirándole fijamente—. Perdona mi tardanza. No he podido venir antes —se excusó—. Dime, ¿has pensado en lo que te dije?

El joven no pudo más que sentarse en el borde de la cama y mirarlo perplejo. Solo se habían visto dos veces y ya le hablaba como si se conocieran de toda una vida. Era cierto que existía una gran complicidad entre ellos, algo empujaba a Gary a abrirse; a no temerle; a confiar en él.

Casi todo lo que Azim le decía solía terminar con alguna pregunta, como esperando que Gary se decidiera a hablar y responderle, pues en el fondo sabía que tenía muchas preguntas que formularle. Era difícil de explicar, pero solo con la mirada eran capaces de decirse muchas cosas sin necesidad de utilizar su voz, pero el muchacho sabía que aquello no sería suficiente. Hacía mucho que no entablaba una larga conversación con nadie, sin contar a Tim. Posiblemente se sentiría extraño y de seguro su lengua se trabaría en más de una ocasión si conseguía entrelazar muchas frases, pero tenía que intentarlo

sino quería seguir teniendo dudas. Sabía que en verdad aquel hombre podía ayudarlo y no debía dejar pasar aquel tren, aquella oportunidad que el destino le estaba brindando. Esta vez no.

—Por favor, no te preocupes tanto. Le das demasiada importancia a las cosas. Al fin y al cabo nadie tiene mucho tiempo en esta vida.

Gary lo miró sin comprender.

—Pasa muy deprisa, sin que apenas nos demos cuenta —puntualizó.

De nuevo tuvo la sensación de que Azim podía leer sus pensamientos, y no era la primera vez. Para empezar necesitaba saber más de él, solo así podría confiar un poco más en sus palabras. En su primera visita le había dicho que venía de un lugar muy lejano. ¿Cuál era ese lugar? ¿Era allí donde quería llevarle? No necesitó preguntarle en voz alta esta vez pues el Guardián había empezado a hablar nuevamente.

—No sé si recordarás mi nombre. Me llamo Azim y vengo de un reino muy lejano. Muchos creen que soy el inspector, pero para ti soy el Guardián. Es probable, y lo entendería, que mis palabras puedan serte poco convincentes, pero irás entendiendo que no está en mi naturaleza mentir.

»Vivo en una pequeña isla llamada Hy Tairngire, perdida en mitad del mar, con mis hermanos los Erbani. Hace muchos años que viajamos por el mundo, siempre bajo una gran responsabilidad y tenemos como misión diversas tareas incluyendo la del Guardián. Nuestra principal tarea es abrir los ojos, ayudar a evolucionar y aconsejar en la manera de dar los siguientes pasos. Hay una gran variedad de necesidades en el camino —dijo, risueño.

Gary no le quitaba ojo de encima. Azim sabía que lo escuchaba con atención por lo que siguió hablando, aunque estaba seguro de que no tenía que convencerle de nada. Él mismo ya había encontrado el camino a seguir y solo debía dejar que todo transcurriera con absoluta normalidad.

—No pienses que lo peor que te puede pasar en esta vida es quedarte solo en este orfanato para siempre. Eso no es cierto. Solo las personas que te rodean pueden hacerte sentir así. Ese es el motivo por el que te has encerrado en una coraza. Has levantado un muro que te impide avanzar, pero no te culpo. Has hecho bien evitando rodearte de gente que no te hacía ningún bien. Ahora ha llegado el momento de confiar —señaló Azim—; a partir de ahora comprobarás cómo todo será diferente.

Gary se levantó de la cama y puso los pies en el suelo, caminó un poco y se detuvo frente a él.

—Tú no me c-conoces —logró balbucear, un poco reacio. Quería sentar las bases y demostrarle a Azim que no iba a ser tan fácil convencerle, tan solo con palabras—. ¿Qué sabes de mí?

Azim se alegró de que por fin se dignara a hablar con él; era un gran paso para los dos.

—Sé más de lo que crees. Sé lo mal que lo has pasado estos últimos años, semanas y días...

—Ni te lo imaginas —dijo con desdén—. Lo que no entiendo es ¿por qué vienes ahora y no antes?

—Ahora es cuando realmente lo necesitas y eres lo suficientemente maduro para comprender.

—Siempre lo he necesitado. Llevo muchos años siendo el niño maldito —se quejó.

—Escúchame: ahora eso ya es pasado. Desde ahora tendrás malos momentos, pero siempre te harán ver cosas a las que no prestabas la suficiente atención. Aprovechalos, pues son los realmente importantes. Créeme.

Gary frunció el ceño. Azim siempre le hacía pensar y reflexionar con cada frase que pronunciaba. Había dicho que venía de un país lejano. Pero, ¿dónde estaba exactamente? ¿Quiénes eran los Erbani en verdad?

No terminaba de creérselo. Necesitaba más información al respecto.

—¿Q-qué eres?

—Soy un ser de luz. Pertenezco a otra dimensión y por lo tanto a otras vibraciones. Nuestra procedencia es inverosímil en estos momentos. Ahora, como sabrás, nos hallamos en la tercera.

—¿Otra dimensión?

—Sí, la quinta. La dimensión que nosotros llamamos *Dimensión Solutemporal*, con su frecuencia espectral específica. En lo que se refiere a la percepción, tú no puedes oír sonidos que pertenecen a otras frecuencias (ultra sonidos), ni percibir luz e imágenes pertenecientes a otras vibraciones (rayos cósmicos, rayos X o infrarrojos). Viajamos de una dimensión a otra a la velocidad de la luz y a través del tiempo —le explicó. Gary pensó que debían utilizar tecnologías muy avanzadas a las suyas de ser cierto aquello que les estaba contando.

—Y ¿para qué viajáis a través de las dimensiones? No logro entenderlo del todo.

—Deseamos contactos directos, sensibles y visibles, entre nosotros, los

Erbani, y vosotros, pero piensa que para lograr eso debemos entrar en vuestra dimensión. Es un ejercicio que constantemente estamos haciendo y a veces nos cuesta bastante. Nos ofrecemos como maestros para ayudaros a evolucionar. Nuestro modo preferido de hacerlo es informándoos acerca de nuestros conocimientos, ya que consideramos que la luz es información y la oscuridad es falta de información.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo logras viajar de una dimensión a otra?

—Con este aparatito —dijo Azim enseñándole el Iluminador que guardaba en uno de los bolsillos. Presionó el botón y un haz de luz iluminó la pequeña habitación como formando un arco. En su interior todo era luz, pero no se veía nada al otro lado. Le recordó un poco a su experiencia vivida con el reloj. Luego Azim volvió a presionar el botón y el arco se desvaneció. Aquella era una prueba más de que lo que aquel individuo le estaba diciendo era verdad. Eso o que era un gran mago—. Abrimos un Arco del Tiempo y cruzamos a través de él.

—¿Cuál es tu misión?

—El conocimiento que vosotros llamáis cultura nosotros lo adquirimos espontáneamente en el momento de nacer, por eso nuestras escuelas son únicamente de perfeccionamiento y así el conocimiento no está estancado. Estamos siempre lejos y a la vez siempre cerca; siempre lo hemos estado, es lo que vosotros llamáis «Presente» y «Pasado» aunque esas expresiones son inconsecuentes con nuestro concepto amplio y total del espacio-tiempo, ese mismo concepto que nos permite interpretar lo infinito y lo eterno. En la quinta dimensión están por ejemplo la mayoría de los guías espirituales de los seres humanos, Ángeles de la Guarda, la mayoría de los Maestros Ascendidos y miembros de los Grandes Hermanos Blancos. En esta dimensión se dan los sueños en los que uno puede volar, existen sueños de sanación, experiencias superiores y enseñanzas. También hay polaridades de luz y oscuridad, por este motivo es necesario expresar claramente cuando invocas a estos seres, para que sean de Luz y Amor Divino.

—Pero yo no te he invocado —dijo Gary, extrañado.

—Oh, créeme que sí. Quizá tú no, de manera voluntaria. Es más, alguien lo hizo por ti hace muchos años. Yo estaba predestinado a ser tu Guardián desde hace mucho tiempo, antes incluso de que nacieras —Entonces Gary se agachó y buscó la cajita de madera que tenía escondida tras la pata de la cama —, ¿este reloj también permite viajar en el tiempo? ¿Por eso me lo regalaste?

—Uhm, el Megidonómetro es algo muy diferente. Es un invento de

Arthas, la Maestra Relojera.

—Un Megi... que... ¿Quién?

—Eso es otra historia, pero no hay tiempo para eso ahora. Estoy seguro de que algún día la conocerás. Ella te mostrará todo lo que debas saber, pero tu prioridad ahora es saber que viste en aquella visión, ¿me equivoco?

Gary lo miró un poco enfadado. No le gustaba nada que Azim supiera en cada momento lo que estaba pensando. Suponía que sabía que había utilizado aquel extraño reloj, pues ese había sido el motivo de su regalo.

—¿Esa Isla era Hy? ¿Está en otra dimensión?

Azim asintió.

—Todos somos visitantes de este tiempo, de ese lugar, aquí solo estamos de paso. Nuestro objetivo es disfrutar de los momentos mágicos. ¿Te gustó lo que viste?

Gary asintió. Estaba siendo más expresivo que nunca.

—Vi a una joven —se atrevió a decir entonces—; creo que se llamaba Tim.

Azim sonrió.

—Veo que ya la conoces. Entonces todo irá bien. Deja que ella te guíe.

Gary se puso un poco colorado. En verdad no había hablado demasiado con ella, y después todo, tras sus dos cortos encuentros tuvo que regresar, y luego todo se desvaneció. Quizá si hubiera girado un poco más la manecilla.....

—La actitud es el pincel con el que nuestra mente colorea la vida. Solo nosotros mismos somos quienes elegimos los colores con los que pintaremos el cuadro de nuestras vidas. Se valiente, seguro que la próxima vez que viajes a Hy Tim tiene muchas cosas que contarte. Es más, creo que la conoces más de lo que crees.

Gary entrecerró los ojos.

—Pero tengo miedo, y si...

—Para hacer algo grande y llegar a ser tú mismo primero debes aprender a ser pequeño. La humildad es la base de toda verdadera grandeza. Estás en el camino del aprendizaje, déjate llevar. El resto vendrá solo.

—¿Y si me descubren los celadores? —dijo Gary con temor. Tenía miedo de que le quitaran el reloj y no pudiera viajar nunca más a Hy Tairngire.

—Eso no sucederá. Confía en mí. No debes esconderte de ellos ni de tus compañeros del orfanato. Debes ser fuerte. Los gritos que das cuando te enfadas, o cuando lloras en el silencio por la noche, son signos de debilidad,

que hacen que ellos se crezcan ante tus adversidades. La humillación es señal de pobreza interior, por eso se aprovechan de la situación. No conseguirás nada con pataletas o resistiéndote; la agresividad solo es muestra de tu inseguridad. El verdadero control sobre uno mismo se logra cuando se es íntegro, humilde, sincero, ético, equitativo y leal.

—Es muy fácil visto desde fuera —se quejó el muchacho.

—Si eres débil, siempre tratarás de vengarte, si eres fuerte perdonarás, pero si eres inteligente solo ignorarás.

Esta vez Gary sí asintió. A decir verdad eso era lo que llevaba haciendo mucho tiempo: ignorarlos a todos. Quizá por ello lo llamaban autista, raro o maldito, porque se envolvía en su propio mundo interior.

Aquella conversación le estaba abriendo mucho los ojos. Estaba en un punto interesante y Gary deseó que durara mucho más, pero sabía que Azim se marcharía de un momento a otro cuando los celadores vinieran a buscarle, por eso debía aprovecharlo al máximo si quería conocer más sobre todo aquello que envolvían sus viajes a través del Megidonometro del Tiempo, puesto que ahora sabía cómo se llamaba aquel objeto, aunque desconociera bien del todo su uso.

—¿Qué debo hacer a partir de ahora? ¿Cómo me ayudarás a salir de aquí?

—preguntó Gary con tono de desesperación.

Por muy raro que pareciera todo lo que Azim le había contado, Gary había creído hasta la última palabra que había salido de su boca. Ahora tenía menos dudas. Estaba dispuesto a lanzarse al vacío y seguir adelante sin tapujos. Un gran halo de esperanza crecía en su interior. Sabía que podía cambiar el trascurso de su vida e iba a intentarlo por todos los medios.

—Sigue haciéndolo como hasta ahora. Y no tengas prisa. Yo no soy el más indicado para hablarte de ello.

—Pero entonces ¿quién?

—Tú ya lo sabes. Y respecto a lo que hemos hablado te daré un consejo: el tiempo pone a todo y todos en su lugar. Puede ser una frase muy típica pero especialmente llena de razón.

—¿Cuál es mi siguiente aprendizaje?

—El gran secreto que se le ha ocultado a la especie humana es que el pensamiento crea tanto la experiencia como la realidad. Toda realidad está creada por el pensamiento. Toda experiencia es subjetiva. El pensamiento es; el pensamiento crea. Cuando dudas, esa duda también es pensamiento y también se creará. Tú ya sabes lo que debes hacer. Sigue al guía de tu senda y

hallarás.

Gary no terminó de entender muy bien aquellas últimas sabias palabras, pero asintió como si fuera un nuevo aprendiz.

De pronto los dos se callaron.

Ambos lo habían notado. Unos pasos se acercaron por el pasillo y se detuvieron tras la puerta de la habitación como pareciendo escuchar.

—Le quedan dos minutos, señor inspector —dijo una voz entonces tras la puerta. Podía llegar a ser molesto el control del tiempo que empleaban en aquel orfanato. Sin embargo debían acatar las normas si querían que Azim pudiera regresar una próxima vez.

El Guardián se apresuró a despedirse.

—Gary, ten el coraje suficiente de perseguir tus sueños, porque algún día podrían hacerse realidad.

Y tras decir esto se levantó y fue a por su gabardina marrón.

—¿Estarás en Hy la próxima vez que la visite? —preguntó Gary con un halo de esperanza mientras Azim se colocaba la gabardina y se dirigía hacia la puerta.

Azim sonrió, y el muchacho supo que no revelaría aquel detalle.

—Sigue tu instinto. Quizá tras las puertas de Heriandor halles más repuestas.

—¿Heriandor? ¿Qué es? ¿Dónde está? —Pero el Guardián ya no se volvió y sin decir nada más salió de la habitación.

Gary cayó sentado sobre la cama haciendo resonar los muelles.

«*Ya está,*» se dijo a sí mismo.

Se había marchado. Sentía que en su interior aún quedaban algunas preguntas por contestar y responder, pero aquella conversación le había ayudado y mucho. Sin embargo era todo cuanto necesitaba para seguir adelante.

Desde aquel día, Gary supo que cada persona que conoces en la vida es un como una hoja que enriquece tu propio árbol personal y vital, ese que crece con cada ramificación, aprendizaje tras aprendizaje y que su conjunto es la base de tu conocimiento. Algún día esperaba llegar hasta la misma copa y poder verlo todo desde lo alto, claro y nítido, sin preámbulos. Sabía que muchas de esas hojas caían con el viento; eran personas pasajeras, que un día se presentaban ante ti y otro día ya no volvías a saber de ellas. Pero con Azim era diferente. Aquella era una de esas hojas que no se desprendían jamás del árbol, perennes, que le acompañarían hasta el fin de sus días.

Ahora se sentía fuerte, con esperanzas renovadas.

Miró la cajita de madera y las manecillas del reloj doradas que había grabadas en la parte superior. Por fin, estaba preparado para volver a Hy Tairngire, a su particular Isla Prometida. Buscaría a Tim; ella era la única que ahora podía ayudarle. Se entusiasmó con pensarlo.

Y entonces Gary empezó a contar las horas, esperando que al fin llegara la medianoche.

10

REGRESO

Gary permanecía tumbado sobre su cama, observando el techo de su habitación. El ritmo de su corazón era frenético e iba acompasado con la vibración del reloj que reposaba dentro de su cajita. Era como si él mismo supiera que se acercaba el momento de reencontrarse, una vez más.

El chico quería aparentar estar calmado, pero era imposible. Si no eran sus manos, era su corazón el que clamaba a los cuatro vientos sus ganas de que llegara la noche, todo quedara en calma y así poder viajar de nuevo gracias al Megidonometro; porque ya no le preocupaba marcharse de allí, viajar en el tiempo a otra dimensión y permanecer segundos o años. Ciertamente era que había descubierto que cuando lo utilizaba el tiempo no transcurría del mismo modo que en Hy, sino que parecía detenerse. Todo parecía estar en el mismo lugar cuando regresaba de sus viajes, por lo que muchas veces había pensado que era indiferente el momento en el cual decidiera utilizarlo, pues al fin y al cabo los celadores nunca se percatarían. Pero había algo que siempre lo impulsaba a hacerlo cuando caía la noche. Se sentía más seguro. No sabía por qué, pero la medianoche, la hora cero era su momento favorito. Era el momento en que empezaba un nuevo día, y quizás para él todo eso tenía mucho más sentido del que alcanzaba a comprender. Sin embargo, era algo que le preocupaba más bien poco pues al volver, todo continuaría igual de mal que siempre, porque eso no cambiaba, por desgracia. Por eso no iba a desperdiciar aquella oportunidad de volver a reencontrarse con aquello que le llenaba de vida, de amor y de nuevas esperanzas. Porque ahora su meta era encontrar las respuestas que le faltaban.

Pese a todo, el tiempo iba cada vez más lento. La tarde no avanzaba, o eso le parecía. Se levantaba; se sentaba. Daba vueltas por la habitación y volvía sentarse en la cama. Había pensado en salir, ir a la biblioteca o dar un paseo, pero solo con pensar que podía toparse con Karl y sus matones había hecho que se desestimara aquella opción. No lograba distraerse con nada. Había intentado sacar sus hojas de papel en blanco y dibujar como tantas otras

veces, dando rienda suelta a su imaginación, pero su cabeza no estaba por la labor de centrarse en nada. Solo pensaba en una cosa: en regresar.

Harto, a media tarde, sacó el reloj de la caja y permaneció largo tiempo observándolo, suplicándole que acelerase el ritmo de las horas, sabiendo que era algo imposible.

El golpe de un celador en la puerta lo asustó e hizo que el reloj resbalara de sus manos y cayera al suelo por detrás del cabecero de la cama, oyéndose el desagradable sonido de algo partiéndose en varios pedazos. El corazón de Gary se detuvo ante lo que aquello podía significar. ¿Había roto el reloj? Un súbito temor lo sacudió de arriba a abajo.

No.

Eso no podía haber sucedido. Si era así, sus esperanzas de volver a Hy Tairngire se habían truncado. ¿Funcionaría? ¿Podría volver a usarlo para viajar? Eran algunas de las preguntas que se agolparon atropelladamente en su mente.

La puerta se abrió a su espalda. Gary no se giró. Su corazón latía desbocado. No debían encontrar el reloj. Intentó disimular como que estaba ocupado con otros quehaceres.

—La cena estará lista en media hora. No te retrases o te quedarás sin cenar —le advirtió.

Dicho esto, el celador salió cerrando la puerta de golpe. Gary se giró, con las manos, aun temblando. No pudo evitarlo y rompió a llorar por la presión. Daba gracias de que el celador no se hubiera fijado en los restos que sobresalían por debajo de la cama. Se le había quitado el hambre y estaba pensando seriamente en no aparecer por el refectorio.

Se sorbió la nariz y se agachó mirando por el hueco de la cama, recordando el sonido aterrador que había escuchado momentos antes. Su corazón permanecía encogido, temiendo ver el cristal del reloj hecho trizas. Sin embargo, cuando lo observó apreció que el reloj estaba intacto... Miró detenidamente y sus ojos se abrieron de par en par cuando un último trocito de cristal se recompuso dejando el frontal como nuevo.

No podía ser... Aquel objeto debía ser mágico de verdad. Ya no le cabía ninguna duda.

Alargó la mano y lo cogió presionándolo contra su pecho. Luego lo sostuvo entre sus manos, más que sorprendido. ¿Era irrompible?

Y pensar que le había costado un disgusto.

La alegría que sentía en aquel momento le hizo olvidar el mal rato pasado, porque, si no tuviera el poder de regenerarse, tal vez, se hubiera quedado allí atrapado, en el orfanato, para siempre.

Se tumbó en la cama y metió el reloj en el bolsillo de su camisón blanco. Decidió que aquel día no bajaría a cenar, aunque eso supusiera un posterior castigo. Se arropó con las sábanas y cerró los ojos intentando dormirse. Ya faltaba poco, cada vez menos, para la media noche. De esta manera seguro que el tiempo pasaba más rápido. Tras la cena y cuando los demás niños subieran a sus habitaciones todo quedaría en calma y por fin podría viajar de nuevo a su amada isla.

Gary despertó al caer la noche, motivado por una extraña vibración en su bolsillo: era el reloj. No sabía cuántas horas había estado durmiendo pero recordaba que llevaba tiempo haciéndolo porque en sueños lo había notado. Eso y porque su estómago rugía por haberle vetado de su ración diaria. Algunas veces recordaba los sueños sin más, pero otras lo sabía porque formaban parte de sus fantasías. Sostuvo el Megidonómetro entre sus manos, observándolo con preocupación. Aquel artilugio era aún misterio para el chico. Había aprendido a usarlo por mera intuición. Azim no le había dejado ni siquiera un simple manual. No conocía sus funciones, aunque intuía que podía hacer muchas más cosas que él desconocía, aunque eso solo eran conjeturas suyas. No obstante, ¿de qué le serviría conocer más funciones si ya sabía cuál era la más importante para él?

Se calzó sus zapatillas para estar más cómodo, se acercó a la puerta y miró por la pequeña ventana: todo estaba despejado, las luces principales permanecían encendidas pero el resto no y, a los pies de la puerta, nada. Agradecía que ningún celador hubiera ido a su habitación para recriminarle su ausencia en el refectorio. De todas formas, en la isla podría comer lo que quisiera. En sus anteriores viajes había visto mil mejores manjares que la bazofia que cada día le daban para comer o cenar en el orfanato.

Se colocó en el centro de la habitación y se preparó para darle cuerda a la manecilla del reloj que lo llevaría lejos de allí. Su cuerpo era todo un bullir de emociones. No se acostumbraba a aquella sensación, por muchas veces que lo hubiera hecho antes. Esta vez trataría de que el viaje durase lo máximo posible, porque allí, con la naturaleza, se encontraba a salvo, libre y feliz. Un

lugar donde podría ser él, soñar y hallar más respuestas sobre Hy, Azim o el reloj. Sin embargo, había algo que debía buscar a toda costa, algo que solo él podía encontrar, bien lo sabía y así se lo había transmitido Azim. La búsqueda de su propia historia en particular era algo que debía haber intentado encontrar hacía mucho tiempo. Había gente, como Azim, que podía dar solución a algunos de sus problemas, pero otros no, porque solo él los conocía, porque en su interior se hallaba la respuesta y debía reescribirla para así ganarse un futuro mejor, y no uno sombrío, encerrado entre las cuatro paredes de aquel lúgubre orfanato.

Cerró los ojos y tomó aire. Deseaba con todas sus ganas marcharse de allí, no volver jamás y, de una vez por todas, ser todo lo feliz que allí no había conseguido ser.

Dio cuerda al reloj durante un rato que le pareció interminable y pensó que con aquello sería suficiente. Cuando cesó la tarea, apreció cómo su cuerpo se elevaba del suelo, giraba en el aire y algo tiraba intrínsecamente de él: una mano invisible que lo llevaba directo a la isla, directo a Hy Tairngire.

Permaneció segundos girando y girando sin parar, viajando hacia la isla, pero no le importó, porque la libertad estaba muy cerca y, aunque se encontraba en una espiral de luz, medio mareado, era libre y estaba a salvo.

Al poco notó cómo descendía con lentitud hacia el suelo. Sus fosas nasales se abrían para recibir un dulce aroma a flores silvestres, tierra húmeda, piedra, musgo y... ¿agua?

El sonido de un fuerte torrente de agua golpeó sus oídos con violencia. Abrió los ojos, alarmado, y supo que se encontraba en una cueva, detrás de una enorme cascada de aguas cristalinas. Allí dentro el frío le sobrecogía. Se miró los pies y se dio cuenta de que estaba empapado. Pero, ¿cómo había llegado a...? ¿Había atravesado la cascada en su viaje? Lo que sí sabía era que, si no salía pronto de allí, cogería una pulmonía.

Cada vez que viajaba a la isla llegaba de un modo distinto, la primera había sido volando a lomos de un águila, después en mitad del bosque o en el interior de una cueva. Otras en lo alto de una montaña o a orillas del mar. Esta vez se encontraba bajo un gran torrente de agua. Intentó no darle mayor importancia al asunto aunque le parecía curioso y a la vez extraño. Buscó a su alrededor un hueco por donde salir. Aquel recoveco en la misma montaña no tenía salida salvo por un único lado, por la cascada que estaba situada frente a él. Pegándose a la pared todo lo que pudo, Gary se agarró a la roca y, con sumo cuidado, fue cruzando la cascada para llegar al otro lado. Pero entonces

algo sucedió, con tan mala fortuna, que su pie derecho no puso adherirse a la escabrosa roca y resbaló, golpeándose muy fuerte en la espalda. Gritó, asustado y cayó dentro de la hondonada, no pudiendo evitar tragar agua. Pataleó, tratando de salir de allí, pero la presión de la cascada lo impulsaba hacia abajo y, a esto, había que añadir que él no sabía nadar.

Se asustó mucho. Él solo se había cavado su propia tumba. ¿Moriría ahogado? Insistió, oponiendo resistencia e intentando cogerse a algún saliente. Su vida no podía terminar así, no ahora que tenía su deseada libertad. Sabía que no sería fácil, pero a los pocos minutos empezó a pensar que era imposible. Sus brazadas no tenían éxito y sus pulmones se estaban quedando sin aire. Su rostro comenzaba a enrojecer por el esfuerzo y empezaban a fallarle las fuerzas. Pronto todo terminaría. ¿Qué ocurriría a partir de entonces? ¿Volvería al orfanato? ¿Moriría también en aquella dimensión?

Una vez abandonado a su suerte y cuando sus ojos comenzaban a cerrarse, notó como algo tiraba de él hacia el exterior y lo sacaba del agua, tendiéndolo en la orilla, mientras era zarandeado con brusquedad. No podía abrir los ojos, solo se limitaba a expulsar por su boca toda el agua que acababa de ingerir.

—¿Estás bien?! —dijo una voz melodiosa; parecía preocupada.

El chico abrió la boca una vez más y permitió que una bocanada de aire entrara en sus pulmones. Tosió, dolorido. Buscó con la mirada quien le había hablado y se asustó al ver sin previo aviso a Tim, con el rostro desencajado entre la sorpresa y el pánico. No terminaba de acostumbrarse a sus repentinos encuentros.

—¿T-tú? —logró balbucear.

Gary se incorporó, miró la cascada y después a Tim. Seguía igual de guapa que la última vez. Su pelo parecía incluso más negro y sus ojos más grandes y azules. No pudo evitar sonreír como un tonto. Siempre lo hacía.

Tim se sentó a su lado, y lo abrazó como quitándose un peso de encima al ver que se había recuperado, y sonrió.

Gary se ruborizó no sin dejar de observar la inmensa cascada que caía desde lo alto de un risco hasta el río, el mismo que llevaba el agua hasta el poblado de los Erbani. Aquel paisaje ya le era más que familiar, lo había observado desde los riscos en más de una ocasión. Entonces se percató de la cesta de mimbre y la caña de pescar que yacía en el suelo, a su lado.

Gary la miró fijamente. Le había salvado la vida. Había tenido mucha suerte de que Tim se encontrara en aquel lugar, en ese preciso instante. ¿Era

un regalo del destino? No sin reticencia, agarró su mano.

—¿E-estabas pescando? —le preguntó.

Ella asintió.

—G-gracias.

Ella volvió a sonreír y contagió a Gary. Por suerte ya no tendría que buscarla. Tim lo había encontrado a él.

¿Casualidad?

El joven no lo creía. Ahora solo tenía que ser valiente, dejarse llevar tal como le había dicho Azim y pedirle que le ayudara en su nueva búsqueda.

«HY TAIRNGIRE»

Tim recogió sus utensilios de pesca, le guiñó un ojo a Gary y asintió para que le siguiera. Tras unos minutos el sonido de la cascada era un mero eco a sus espaldas. Ambos jóvenes se dejaron caer por la ladera siguiendo una pequeña senda de tierra rodeada de arbustos y altos árboles que dibujaban variopintas sombras en movimiento debido a la fresca brisa que hacía balancear sus ramas. Gary intentaba mirar bien donde daba cada paso pues no quería trastabillar. Por el contrario Tim se encontraba en su hábitat, sus pisadas eran firmes e indicaba al muchacho cual era la manera más fácil e idónea para descender hasta la playa, dejando al este el acantilado.

Una vez descendido, y ya en el firme, la tierra se volvió fina arena, bañada por las casi imperceptibles olas cristalinas. Tim se descalzó y Gary hizo lo propio. El agua estaba fría pero no era eso lo que lo hizo retroceder unos segundos. La sensación que le produjo la espuma entre los dedos de los pies no evitó que en la comisura de sus labios amaneciera una sonrisa: hacía cosquillas y era agradable, a pesar de no gustarle el agua. Tampoco sus últimas experiencias en ella ayudaban. A Tim le parecía gracioso. Se volvió y siguió corriendo por la orilla, dando pequeños saltitos como una cabritilla cuando se acercaba una pequeña ola, empapándole el dobladillo de su blanca túnica. Gary se limitó a seguirla; aún no sabía dónde pretendía llevarle, pero se dejó guiar, muy seguro de sí mismo.

Al parecer Tim pescaba en el afluente que daba servicio al pueblo, al otro lado de la isla. El muchacho pudo comprobar cómo bordearon gran parte de Hy hasta que volvieron a internarse en la floresta. Tras subir un pequeño montículo un gran valle verde y frondoso los esperaba tras él. El poblado de los Erbani se levantaba majestuoso entre chozas construidas con diferentes materiales, desde piedras, madera, barro y hojas secas. Pese a ser materiales primitivos presentaban un aspecto moderno y conciliador.

Un hogar.

De pronto, Gary se detuvo. Se sentía un poco nervioso. No sabía cómo

reaccionaría ante el resto de habitantes de aquel poblado y todavía menos qué pensarían los Erbani de su llegada. Nunca antes había osado acercarse a ellos. Aunque con Tim había sido distinto, él era un extraño allí, un intruso. La joven, al ver sus dudas, y que el muchacho no le seguía, también aminoró la marcha. Los temores de Gary se reflejaban en su rostro. Se acercó a él con una cálida sonrisa e intentó tranquilizarle.

—No pasará nada —le cogió de la mano y Gary no se alarmó. El tacto de la piel de Tim era suave, delicado, como si estuvieran recubiertas de algodón—. No te preocupes, este lugar es seguro. —Y le arrastró hacia su hogar.

Gary asintió, confiaba en su nueva amiga. Azim le había alentado a hacerlo. No tenía nada que temer.

Pasaron un pequeño puente empedrado que salvaba el río cristalino y se internaron por sus verdes calles. Se cruzaron con algunos Erbani, y para sorpresa de Gary, había más niños como él, y no solo niños, sino también adultos, procedentes de la tierra, de su mismo mundo. Nadie pareció inmutarse lo más mínimo al verle, lo que hizo aumentar su confianza y tranquilidad. Esto supuso un poco de aliento para él. No estaba solo con los Erbani, más personas se movían entre ellos.

—No eres el único, Gary —le sonrió Tim al advertir su cara de sorpresa—. Somos una gran familia. Ahora tú eres uno más.

«Familia», repitió Gary en su cabeza. Sonrió, divertido. Le gustaba cómo sonaba esa palabra. Nunca antes le había dicho que formaba parte de su familia, ni siquiera lo había esperado. Estaba seguro de que allí sería feliz.

—Los Erbani estamos aquí para ayudar. Podemos tratar muchos temas diferentes como la sanación o incluso a veces solo para transmitir la calma necesaria en un individuo. Ya te hablaré en otro momento de eso.

Minutos después se detenían ante una puerta. No hizo falta que Tim llamara, pues al instante esta se abrió como si hubieran estado esperando su llegada. La primera vez que vio a Tim frente aquella puerta ocurrió igual. Le sorprendía la conexión que había entre Tim y los habitantes de su morada.

Gary reconoció a la misma mujer que viera en su último viaje en el tiempo. Era la madre de Tim que había salido a recibirlos. Ambas mujeres se dieron un abrazo fraternal y Gary tuvo una extraña sensación al verlo. El amor y respeto que desprendían despertaron una explosión de sentimientos que apenas sabía digerir. Por un lado era una imagen preciosa y por otro sentía envidia, pues él nunca había experimentado nada parecido.

Acto seguido, la mujer lo invitó a pasar. Lo que Gary encontró dentro de

aquella cabaña era difícil de explicar: se había quedado sin palabras. Para empezar el habitáculo, no más grande que una cabaña de madera vista desde el exterior, se había convertido en un gran espacio con escaleras que subían y bajaban desembocando en diferentes habitaciones decoradas con materiales bellos y brillantes. Gary no conseguía entender cómo podía cambiar su percepción tan rápidamente para poderla adaptar a una realidad que sobrepasaba su entendimiento. Había velas encendidas a lo largo de las paredes y un olor a miel que embriagaba todos los sentidos.

Tim le pidió que tomase asiento en una mesa baja de color claro y de líneas rectas perfectamente talladas. Gary pensó que el carpintero Ervani que había diseñado aquella mesa debía poseer algún utensilio muy avanzado tecnológicamente para conseguir aquel resultado. ¡Era asombroso! Él no tenía habilidad para nada. Sabía dibujar, sí, pero no siempre le salían buenos dibujos. Casi siempre dibujaba montañas, bosques, grandes llanuras o campos de rosas. Otras, solo garabatos sin sentido, cuando estaba muy enfadado o nervioso. No sabía muy bien de dónde le veían esas ideas, puesto que nunca había visto nada igual o parecido. Suponía que, a pesar de todo, su imaginación era una ventana abierta más allá de los cuatro muros que lo aprisionaban. Eso había impedido desarrollar su habilidad y mermado sus cualidades inevitablemente.

—Sopla un poco —le aconsejó la madre de Tim obsequiándole con un humeante té de hierbas que estaba delicioso y embelesaba su paladar trasladándolo al país de los sueños—. Y disfrútalo.

El chico no sabía si lo que acababa de beber era una droga o no, pero a los pocos segundos un azucarillo volaba sobre su cabeza, danzando y girando en círculos y caía en su infusión creando una pequeña perturbación en la superficie del té. Momentos después las copas, cucharillas, la tetera y la mesa se recogieron solas y, levitando acompañadas de un suave tintineo, iban a parar a la bandeja de plata que portaba la madre de Tim. ¿Estaba alucinando? Gary se frotó los ojos, un poco escéptico. No sabía que decir, y, mientras tanto, Tim se desternillaba de la risa.

—¿Eso... ha sido magia? —preguntó sin saber muy bien cuál sería la respuesta.

—¿Magia? —repitió Tim entre risas—. Magia es creer en ti mismo. Si puedes hacer eso, puedes hacer que suceda cualquier cosa. Ama y cree.

Gary trató de entender lo que trataba de decirle. Pero no lo consiguió. Aun así pensó que, sin duda, la Quinta Dimensión era fantástica.

Los Erbani eran seres de una conciencia más elevada, lo había notado desde el primer día, cuando había conocido a Azim. Con ello quería decir que ellos eran capaces de percibir, expandiendo su conciencia, aspectos nuevos de la realidad que los humanos convencionales como él no eran capaces de ver. No sabía si llamarlo magia, pues era así como los humanos solían describir algo cuando no eran capaces de explicar o razonar algo, aunque aquella magia era incluso mucho mejor.

—Ven, quiero enseñarte algo —le pidió Tim tendiéndole la mano.

Gary la siguió.

—¿A-adónde me llevas?

Tim giró la cabeza hacia él, risueña y juguetona. Se llevó un dedo a la boca pidiéndole silencio.

—Es una sorpresa.

Se despidieron de la madre de Tim y salieron en busca de nuevas aventuras.

Una vez en el exterior de la casa y tras atravesar un grupo de viviendas volvieron a internarse por el bosque. Esta vez el camino era más amplio y a medida que se adentraban las ramas iban envolviéndolos en una especie de túnel. Pero no era un túnel cualquiera, era el corredor más bonito que había visto en su vida. Estaba repleto de hojas verdes y capullos de rosas rojas sobre las que revoloteaban abejas y las mariposas más bellas que jamás hubiera visto. El aroma que desprendía aquel pasaje era sumamente hipnotizante. Se hubiera quedado allí por siempre.

—¿Te gusta?

Gary giró sobre sí mismo, con los brazos abiertos, deleitando a sus pulmones con el aroma y la belleza de la imagen.

—Me encanta.

Sin dudar, se acercó hasta una de las flores, y se extrañó al comprobar que aquellas rosas no tenían espinas. ¿Cómo podía ser? Aunque apenas le dio importancia, pues había muchas cosas raras en Hy Tairngire. Era una bella rosa roja, nada más. Gary se agachó para olerla mejor. Era tan bonita... Nunca se había parado a pensarlo. De pronto se le ocurrió cogerla para regalársela a Tim y tener un detalle con ella. Estaba haciendo mucho por él y quería hacérselo saber.

—¡Nooo, espera! ¡No lo hagas! —le espetó Tim.

Gary se sobresaltó, casi cayendo de bruces encima del rosal.

—Si amas una flor, no la recojas, porque si lo haces esta morirá y dejará

de ser lo que amas. Si amas una flor, déjala ser. El amor no se trata de posesión sino de apreciación.

El chico la miró y sonrió, un poco arrepentido. Además de guapa también era sabia. «*Qué gran cualidad la de los Erbani*», pensó.

Gary perdió la noción del tiempo, y, como siempre, solo necesitó unas cuantas horas en la isla para olvidar su anterior vida, para desterrar de su mente el orfanato y permanecer en ella un día sí y otro también, aprendiendo de los Erbani, de su historia y su cultura. Solo le bastó dar bastante cuerda al reloj cada cierto tiempo. Tim le había explicado cómo hacerlo, y así evitaba más imprevistos, como los ocurridos en los últimos encuentros con ella.

El chico se había dejado llevar por la magia que la isla le infundía, por la calidez, la ternura y el cariño que todos los Erbani le procesaban. Tim se había encargado de ir enseñándole cosas nuevas cada día, presentarle a nuevos Erbani, sus hogares y sus costumbres. Estaban encantados de tenerlo allí, y él mucho más de sentirse querido y acogido. Al principio se había mostrado reticente y había tenido días en los que se encontraba bajo de ánimo, pero era algo normal pues todo aquello era nuevo para él y no estaba acostumbrado, pero Tim había sabido sacar lo mejor de él, dejando a un lado ese niño reacio, huraño y hostil. Ese niño desconfiado y temeroso, ese niño que se asustaba cuando alguien le ponía una mano encima o tenía pesadillas nocturnas, creyendo que aún estaba en el orfanato.

Conocer a la familia de Tim era lo mejor que le podía haber pasado. Eran gente cercana, amable y siempre tenían una sonrisa en su rostro. Le habían enseñado muchas cosas que en el orfanato hubiera sido imposible, como las relaciones familiares, el saber compartir, hábitos saludables o aprender a estar unidos ante las adversidades. Tim tenía dos hermanos más, de unos ocho años, gemelos. Sus pelos eran igual de oscuros que el de Tim, y su piel igual de morena. Todos los miembros compartían la particularidad de que el color de sus ojos era el azul claro, aunque no solo ellos, sino el de todos los Erbani. Según había comentado Tim, era un rasgo característico de su raza.

Al principio, Gary no tuvo un buen trato con sus hermanos. Ambos eran bastante revoltosos y desde el primer momento gastaron su tiempo en sacar de quicio a Gary. Esto le hizo recordar algunas vivencias del orfanato y por ese motivo a la mínima de cambio se alteraba y agobiaba. Sin embargo, Tim le enseñó cómo tratarlos. De esa forma, los pequeños desistieron y dejaron de

molestar a Gary para cambiar su actitud y ofrecerle, no en vano, jugar con ellos.

Pronto Gary se sintió como uno más de la familia y se adaptó a las costumbres de los Erbani, a estar rodeado de personas, a cazar, a utilizar cubiertos o comer con las manos de forma educada, a cuidar animales... aunque no a ser tocado. Ella era la única que lo había logrado hasta el momento, y aún no sabía por qué. Eso era una parte de él que era permanente y que le costaría mucho trabajo cambiar. Tim le había enseñado a cultivar hortalizas frescas en el amplio huerto del que disponían, a regar y trasplantar. Para los Erbani, la naturaleza era algo sagrado, la misma que les daba alimento sin pedir nada a cambio. El trato y los cuidados que se les diera a las plantas debían ser cuidadosos y respetables, desde la obtención de las semillas hasta que se recogía el fruto. Una labor que requería paciencia día tras día.

La pesca era algo que no se le daba nada mal, siempre y cuando no le metieran presión o tuviera que internarse en el agua. Tim solía despertarlo al alba y marchaban con los primeros rayos de sol en busca del pescado. Era una gran maestra en el arte de la pesca. Gary no lo fue al principio, se mostró torpe y taciturno. Con el primer pez que mordió su anzuelo una sonrisa apareció en su rostro y se aficionó a querer más y más. Al poco tiempo Gary era el que despertaba a Tim antes del amanecer.

—La pesca no debe ser abusiva, Gary. Todo es una cadena en el ecosistema. Las grandes cantidades son perjudiciales —comentó Tim un día ante la euforia del chico—. Si no fuera así llevaríamos a los animales a la extinción, por desgracia como ha pasado muchas veces en el mundo del que provienes.

De entre todas las actividades que hacía, la que más le gustaba y de la que más estaba aprendiendo era la de cuidar de los animales, sobre todo de los caballos. No sabía por qué, pero desde que había tenido aquel encuentro con el ciervo, hacía ya tanto, sentía una extraña conexión con los animales y ellos con él. Así se lo habían demostrado desde que llegara a la isla. Podía pasarse horas y horas con ellos, simplemente contemplándolos, sin más. Era feliz y se encontraba en calma; era capaz de percibir sentimientos agradables para él desconocidos; era como si se sintiera identificado con ellos de una forma que ni él mismo conocía. Tim quería que montase en uno, cabalgar y recorrer las amplias llanuras de la isla, pero Gary prefería permanecer con los pies en el suelo, a pesar de que la experiencia sobre el ciervo le había gustado bastante.

No obstante, le gustaba saber que terreno pisaba en cada momento.

De entre todos los caballos había uno con el que más afinidad había adquirido y era una yegua blanca con una mancha negra que cubría su ojo derecho. La semental estaba preñada y pronto daría a luz, por ello el chico se esmeraba en cuidarla y en que estuviera bien. Sin embargo, el día que dio a luz y esperaba al lado del animal, acariciándola para transmitirle ternura, apreció cómo todo comenzaba a emborronarse a su alrededor.

—Gary, el Megidonómetro. ¿Le has dado cuerda? —oyó a lo lejos la voz apresurada de Tim, corriendo hacia él.

El chico se llevó la mano a los bolsillos, buscando el reloj. ¿Dónde lo había metido? Estaba tan concentrado en el nacimiento de aquel potrillo que se le había olvidado por completo de darle cuerda. Cada vez pasaba más tiempo en la isla aunque cuando regresara al orfanato ese tiempo no hubiera contado, y esa confianza le había propiciado más de un sobresalto.

—Menos mal. Aquí está —susurró.

Pero el temor a regresar y el nerviosismo le impedían cogerlo. Fue el relincho de dolor de la yegua lo que hizo que Gary fuera consciente de lo que ocurría. Se agarró con fuerza al reloj y, cuando todo ya se volvía negro y veía a lo lejos la fría habitación del orfanato, dio cuerda y regresó a la isla justo en el momento en que el potro era bienvenido a la nueva vida. Ese instante quedaría guardado en la mente y retina de Gary para siempre, como el más bello momento que jamás hubiera presenciado.

—¡Uff! —suspiró—. ¡Qué poco ha faltado...!

Hacía tiempo que no regresaba a su habitación en el orfanato. Prefería pasar los días en Hy Tairngire, aunque en su interior sabía que aquello no sería para siempre. Algún día debería volver y todo volvería a ser como antes, pero ahora no quería pensar en ello. Solo pensaba en disfrutar el máximo posible su estancia en aquella isla. Los Erbani tenían una cultura autosuficiente en todos los sentidos, además de producir su propio alimento, creaban sus ropas y utensilios diarios, como mesas, sillas... hasta instrumentos musicales con los que, cada noche, antes de dormir, deleitaban a los pequeños Erbani con cuentos musicales para que tuvieran dulces sueños o con alguna que otra fiesta donde danzaban alrededor del fuego con máscaras que cubrían sus rostros. Y cantaban y bailan hasta altas horas de la madrugada.

Hy Tairngire era más grande de lo que Gary había supuesto en un primer momento, y repleta de lugares mágicos y cargados de historia. Tim no había

sabido decirle cuánto tiempo llevaban allí, pero los más ancianos de la tribu decían que desde hacía ya mucho tiempo, dispuestos a comenzar una nueva vida, tranquila, en paz y armonía con el universo, sin olvidar sus grandes conocimientos de astronomía, aritmética, arquitectura y grabados en la piedra.

Tim le había enseñado centenares de monumentos que se hallaban ocultos entre los árboles, desde pequeños montículos escalonados hasta grandes, cubiertos en parte por tierra y vegetación. Sus interiores aún conservaban su esplendor, plagados de relieves y tallas de piedra.

—Suelo venir aquí muy a menudo —comentó Tim, sentándose en los escalones que llevaban a lo alto del templo de uno de los montículos. El sol ya comenzaba a declinarse—. Me gusta rodearme de mi pasado y preguntarme cosas que tal vez nunca tengan respuesta.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —había preguntado Gary, sin apartar la mirada de ella. Cada vez la veía más bonita. A veces él mismo propiciaba que su piel rozara la de ella y un cosquilleo burbujeaba en su estómago. De pronto se descubría sonriendo como un energúmeno cuando se acordaba de ella en mitad de la noche.

—¿Cómo pudieron mis antepasados construir todo esto? ¿Se parecían a nosotros, o cambiaron alguno de sus aspectos? Hemos avanzado mucho, vivimos como primigenios pero habrás podido observar que nuestra tecnología es avanzada. No hemos querido perder ninguna de las dos esencias.

Gary se la quedó mirando, embelesado. Le gustaba la forma en que ella movía los labios, y cómo de bella se volvía cuando su ceño se fruncía, en modo pensativo. Se armó de valentía y le cogió la mano.

—Algún día tendrás las respuestas —dijo él—. O quizás no. Yo he aprendido a ser consciente de que hay cosas que nunca tendrán respuesta.

—O quizás sí las tengas. Nunca se sabe.

Gary sonrió, seguro de que así sería.

—Háblame más de los Erbani. Quiero saber más.

—Me gusta que seas curioso. —ella le correspondió, poniendo su otra mano junto a la suya. Gary se ruborizó—. No somos tan distintos de vosotros, los humanos. Nos gusta relacionarlos con la naturaleza, convivir con ella, ser uno solo, porque nadie es superior a otro, igual que los animales. Ya has podido comprobar que no hay animales salvajes: a todos los tratamos igual y nos llevamos por igual.

—Sí, lo he visto. La familia de patos, de ardillas... el ciervo... todos me trataron como a uno más —comentó.

—Sí, porque, aunque hayamos evolucionado, somos como ellos.

—Pero los comemos.

—La vida es una cadena alimenticia, Gary, y hay que sobrevivir, aunque nos duela. Los animales no son racionales y también se comen entre ellos.

—Sí... —Lo comprendía, pero no le gustaba pensar que todos esos patitos con los que se había divertido alguna vez pudieran acabar en el estómago de alguien, fuera persona o animal.

—Tienes un gran corazón, Gary. Ven, vamos a observar el firmamento.

Otras de las aficiones que ambos tenían en común era observar el cielo y aprenderse todas las constelaciones. Desde la llegada del buen tiempo Tim llevaba a Gary de montículo en montículo y le enseñaba lo inmenso que era el cielo. Desde lo alto de los mismos y alejados del resplandor del poblado era donde mejor se podían ver las estrellas. La chica era una amplia conocedora de todas las constelaciones y planetas que alumbraban la noche.

Gary se quedaba anonadado contemplando a Tim hablarle de las estrellas. El chico inconscientemente se pegaba más a ella, cubiertos con una manta, mientras seguía las indicaciones de su mano. A veces permanecían en silencio, se miraban y sonreían. Era en ese momento en el que Gary sentía cómo su corazón se aceleraba y se embelesaba con los labios de ella, deseando acercarse a ellos y depositar los suyos en ellos. No sabía por qué sentía ese deseo. Cuando escuchaba a los sabios Erbani contar algo sobre el amor, ese deseo incontrolable que volvía locas a las personas, aceleraba el corazón y despertaba mariposas en el estómago, sabía a qué se refreían. Él mismo había experimentado esa sensación con Tim.

—¿En qué piensas? —quiso saber Tim, mirando los ojos de Gary.

Lo había pillado desprevenido. Había pensado en mentir pero ¿de qué serviría?

—En ti.

Sin poder sostener más el impulso, se acercó a los labios de Tim y los besó, sonrojándose y con todo su cuerpo vibrando de emoción. Rápidamente se separó, mirando hacia otro lado, pero sin poder apartar de su rostro una graciosa sonrisa.

A la mañana siguiente, Tim llevó a Gary de nuevo a caminar. El chico había

dormido como nunca antes, lleno de melodías dulces en su cabeza y con el sabor de los labios de Tim, como el mayor tesoro que jamás tendría.

Al igual que ellos, un grupo de Erbani llevó de excursión a varios humanos, niños y mayores. Gary no había coincidido mucho con personas como él. Tampoco él se había interesado. Cada cual estaba allí por motivos que solo cada uno mismo conocía. No quería parecer atrevido ni molestar, y menos entrometerse. Para Gary lo más importante era permanecer al lado de Tim y aprender cuánto más mejor. Aunque eso no significaba que no despertara una mera curiosidad en él.

—¿Cuántos más hay? —preguntó esa mañana Gary, adentrándose en el bosque.

—¿Quieres decir, gente como tú? —preguntó Tim—. Muchos. Cada año recibimos un número ilimitado de personas.

Los ojos de Gary se abrieron de par en par. ¿Tantos?

—No pongas esa cara, Gary —rió Tim—. Estamos aquí para ayudar.

—Pero yo no voy con ellos.

—Porque ellos no necesitan el mismo grado de ayuda que tú. Los motivos que os unen u os separan tienen cierta relevancia a la hora de decidir el modo de ayudarlos.

—Sin duda tuve mucha suerte de haberte conocido.

Tim sonrió al escuchar aquellas palabras.

Caminaron incansables, sin un rumbo concreto. La temperatura en la isla era cálida y el clima un poco húmedo al estar rodeado de tantos árboles y vegetación. Gary ya estaba acostumbrado y no le desagradaba, mucho menos después del día anterior. Los únicos árboles que había en el orfanato eran los del patio y casi siempre estaban con sus ramas desnudas. Luego descansaron un poco a la sombra unos altos sauces al pie de una pequeña colina y más tarde Tim le llevó hasta un saliente rocoso desde donde se podía observar todo el poblado a vista de pájaro y la lejanía de un mar de agua, azul y cristalina.

Gary respiró y llenó de aire puro sus pulmones. Las vistas desde allí eran espectaculares. El horizonte rojizo se mezclaba con el brillo intenso del agua, e incluso le pareció ver a dos delfines saltar, persiguiéndose como dos niños. No había más tierra alrededor de aquella isla. El cielo era azul intenso y las pocas nubes que surcaban el cielo parecían algodones. Estaban solos ante aquella inmensidad. Pronto le invadió una sensación de libertad incapaz de describir, abrió los brazos en cruz y cerró los ojos, dejando que el aire le

azotara en el rostro y le despeinara. Cuando volvió a abrirlos su mirada se quedó clavada en un punto fijo. No era el horizonte esta vez si no aquella torre que tanto le había llamado la atención en su última visita, la misma que nunca antes había visitado cuando había estado solo o en sus innumerables escapadas junto a Tim. Desprendía algo mágico, algo que no sabía qué era. No era igual ni parecido al resto de casas del poblado, aunque no podía evitar sentir una curiosidad inhumana. Y parecía llamarlo, cada vez con más fuerza e ímpetu. Tim se había percatado de su reacción y no había dudado en preguntárselo.

—¿Quieres que te lleve hasta ella?

Gary la miró a los ojos.

—¿Qué es?

—Heriandor: la Torre del Tiempo.

—H-Heriandor... —susurró Gary. Aquel nombre le resultaba familiar.

—Vamos, no está lejos si partimos ya. Podemos llegar antes de anochezca. Y antes de que Gary dijera nada Tim ya se había puesto a la cabeza.

Después de media hora caminando, sorteando un terreno angosto y pedregoso, llegaron hasta un riachuelo que les impedía el paso.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿C-cómo vamos a cruzarlo?

Tim sonrió, risueña. Se quitó la túnica, hizo con ella una pelota y la lanzó hasta la otra orilla. Gary tragó saliva y casi volvió la vista, ruborizado, al ver la espalda y el contorno de Tim desnudo. No había tenido ningún pudor en quitarse la ropa ante él y meterse en agua.

—Vamos, no está fría.

Tim sabía que debía conseguir que Gary perdiera ese miedo que le infundía el agua y aquella era una forma fenomenal de llevarlo a cabo.

—¿N-no hay n-ningún puente?

Gary se quedó parado. Le daba vergüenza desnudarse. De pronto se acordó de las duchas del orfanato y su cuerpo se quedó paralizado. Tim, al ver que no le seguía, regresó.

—¿A qué esperas? A este paso no llegaremos nunca. —Gary se miró de arriba abajo—. No hay diferencias entre uno y otro.

Aquellas palabras le hicieron pensar. Tenía razón. El chico se armó de valor. Intentó no pensar en nada y cuando vio que Tim seguía sin él supo que no podía quedarse atrás. Se quitó sus ropas e imitó los movimientos de su amiga con tan mala suerte que la pelota cayó cerca de la orilla del otro costado empapándose por completo.

«Sigo siendo el maldito Gary de siempre, con mi mala suerte allá donde voy», pensó.

Cuando se metió en el agua, desnudo, una sensación de placer lo abrigó. El agua estaba calentita, perdiéndose en ensoñaciones llenas de vapor de agua. De haber sido por él se hubiera dormido allí dentro. Suerte que Tim llamó su atención con un silbido y pudo aferrarse a unas rocas para ayudarse a salir. La corriente del río era suave ya que unos metros más abajo desembocaba en un amplio lago y apenas le costó esfuerzo. Tim, atenta a todo, había recogido sus ropas evitando que fueran arrastradas por el flujo de agua. Gary las recogió sin mirarle a los ojos. ¿Podía sentirse peor en aquel momento?

Tim le cogió del mentón y le sonrió.

—No pasa nada —puso sus manos sobre la pelota de ropa y un brillo ambarino envolvió sus pertenencias. A los pocos segundos estaba seca.

—¿C-como has hecho eso? —le preguntó, aunque sabía que no obtendría respuesta. En parte se alegraba de no tener que vestirse con aquellas prendas mojadas, pero a la vez un poco engañado por ella. ¿Por qué lo había hecho desnudarse? ¿No podían haber cruzado el río, vestidos, y luego ella haber secado las ropas de ambos? ¿Lo había puesto a prueba? No lo sabía y ella no se lo diría. Pero no podía enfadarse con ella, era demasiado especial.

Se vistieron y siguieron por una senda estrecha. No debían andar muy lejos según sus estimaciones. Por el camino anduvieron en silencio hasta que Gary pensó que había llegado el momento de saber más sobre ella y aquella isla.

—Háblame de los Ervani —le pidió Gary, rompiendo el silencio e interesado en saber más sobre el tema.

Tim sonrió y esta vez no tardó en contestar. Parecía que había estado esperando aquel momento durante mucho tiempo.

—Está mal que yo lo diga, pero para ti quizás seríamos como unos genios, sin lámpara maravillosa, por supuesto, eso sí, con unas capacidades más allá de lo normal. Resistimos ante cualquier autoridad, no seguimos los métodos tradicionales, pues no aprendemos de memoria las cosas; es importante aprender a razonarlas. Buscamos el porqué de todo lo que está ocurriendo a nuestro alrededor y vivimos como ya has podido comprobar en la Quinta Dimensión. Muchos creen que estamos aquí para afanar la ascensión de la humanidad en este nuevo reino de la existencia.

—Y, ¿cuál es la verdadera razón? —necesitó saber.

—La tierra y todos los seres vivos están en el proceso de cambiar a un nuevo nivel de realidad en la que exista una conciencia clara del amor, la compasión; donde la paz y la sabiduría espiritual prevalece. Todavía hay mucha oscuridad en el planeta —aseveró Tim—: las guerras, el odio, los prejuicios y la injusticia son sombras que nos acechan a cada momento.

—¿En qué se diferencian la Tercera Dimensión de la Quinta? Quiero decir, ¿no podríamos vivir todos en esta? Aquí todo es...

—Eso es imposible. Además, no es tan sencillo —dijo casi al instante la muchacha—. En cada dimensión superior existe una amplia perspectiva más clara de la realidad, un mayor nivel de conocimiento. Experimentamos más libertad, más poder y más oportunidad para crear la realidad. No todos los humanos están preparados para dar ese salto. Los Erbani podemos ayudarlos, pero después cada uno es responsable de hallar el camino de su búsqueda interior. Para que una dimensión superior esté disponible para el resto de humanos, tendríamos que vibrar en resonancia con ella constantemente y eso es insostenible.

Gary la miró un poco desilusionado.

—Entonces, ¿yo no podría vivir nunca aquí?

Tim lo miró intentando no herirle con sus palabras.

—En la Quinta Dimensión está el amor, la vida, nuestro equipaje mental y emocional. No existe el miedo, la ira, la hostilidad, la culpa... tampoco el sufrimiento o el sentido de la separación. Es por eso que te gustaría vivir aquí, ¿verdad? —después hizo una mueca.

Gary asintió con la mirada.

—Aun así, sintiéndolo mucho, me temo que no es posible para un humano normal como tú.

—Pero ahora estoy aquí, ¿no?

—Sí —afirmó—. El dominio sobre el pensamiento es un requisito previo. Es por ello que has sido capaz de viajar hasta Hy con la ayuda del reloj en más de una ocasión. Es como cuando uno piensa en algo. Las personas, aunque no todas lo sepan, si se entrenan pueden llegar a comunicarse a través de la telepatía y tener la capacidad de leer los pensamientos de los demás y sentimientos con facilidad. La experiencia del tiempo es radicalmente diferente: algunos lo describen como «todo lo que ocurre a la vez». No hay distinción entre pasado, presente o futuro. Muchos de vosotros estáis continuamente teniendo experiencias o sueños, que se sienten como visitas a la Quinta Dimensión. Estos viajes son estimulantes, muy emocionantes y

llenos de esperanza. Por lo tanto siempre queda una puerta abierta.

Gary no llegó a comprender muy bien lo que Tim había tratado de decirle con aquellas palabras, pero de lo que sí estaba seguro era que nadie podría borrar ya de su mente aquellos recuerdos y vivencias en aquella isla, y estaba seguro que seguiría viajando en sueños hasta allí durante mucho tiempo. Nunca iba a desterrar nada de aquella experiencia. Lo guardaría como su mayor tesoro.

—Si lo puedes soñar, lo puedes lograr —dijo sin más.

Esa misma frase se la había dicho Azim en su primera visita en el orfanato y entonces sus palabras propiciaron en él un gran estímulo. Tim se acercó hasta el chico y antes de que pudiera decir nada más le cogió ambas manos.

—Vamos, piensa en algo.

Gary se esforzó e intentó dejar su mente en blanco para luego imaginarse flotando en medio de aquel paraje mágico envuelto por la flora variopinta y sus paisajes. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, Tim y él estaban levitando a pocos metros del suelo, mientras daban vueltas en círculos. La chica no podía parar de reír y Gary la miraba entre feliz y angustiado por miedo a pensar en caerse y lastimarse. El sol bañaba sus rostros cuando Tim se acercó a él y le besó. Era la segunda vez que ocurría aquel mágico momento, pero para Gary fue incluso mejor que el primero, quizás porque esta vez había sido ella la que había dado el paso. Gary enrojeció al instante. No lo esperaba y se quedó sin palabras. Se sentía como nadando entre las nubes. No quería que aquello acabara; nunca.

—Mira detrás de esa colina —le apremió entonces Tim desde las alturas —, creo que hemos llegado.

Gary miró por encima de su hombro y pudo ver con claridad cómo la Torre de Heriandor se hallaba ante sus ojos, imponente, frente a ellos. Habían llegado antes de lo esperado. De lejos no parecía tan grande. El reloj que estaba en su bolsillo pareció palpar al ritmo de su corazón. Esa torre tenía un gran poder atrayente hacia él y desconocía el porqué. Aunque pronto lo descubriría.

—Vamos, bajemos hasta los pies de la misma —le espetó Tim.

Gary asintió. Descendieron y no pudo más que seguirla como un pasmarote.

12

EL SECRETO DE ARTHAS

—Bien, hemos llegado —señaló Tim, esbozando una amplia sonrisa, deteniéndose frente a la puerta de la alta torre de Heriandor. Todavía no había anochecido, pero el cielo se estaba oscureciendo y apenas había luz en el exterior.

Gary elevó la mirada siguiendo la alta edificación hasta el punto en que su cuello no lograba estirarse más y cayó de espaldas al suelo, maravillado ante lo que veía. Tim reía de ver la emoción y la sorpresa en los ojos del muchacho.

—Gracias —fue lo único que pudo decir. Agradecía mucho que Tim hubiera llevado hasta allí. Había sido una guía excelente. Ahora ya sabía que era Heriandor: una gran torre de blancas paredes.

A decir verdad, Gary no había imaginado ni la majestuosidad de la torre ni su altura. ¿Cuánto mediría? ¿Cien metros, quizás? Desde lejos todo se veía distinto, incluso parecía minúscula, pero de cerca imponía un solemne respeto.

Construida en tiempos inmemoriales, Heriandor era fiel testigo de años y años de evolución y cambios a su alrededor. Levantada con bloques de mármol hasta su cúspide, había permitido que la naturaleza abrazara sus muros y viviera en ellos. Desde su base hasta donde la torre en forma de cuerno se perdía entre las nubes, musgo, enredaderas, flores, incluso ramas de altos árboles, cubrían todo salvo puertas y ventanas. Era impresionante ver cómo los Erbani adoraban la naturaleza, cómo no imponían su mandato y destruían todo a su alrededor, sino que convivían en armonía y cedían ante la madre naturaleza.

Era todo muy mágico, y pensó que era un lugar perfecto para vivir.

El chico se puso en pie y volvió la vista atrás hacia el sendero por el que Tim le había conducido hasta la torre. Flores a ambos lados, rosas, margaritas, tulipanes... árboles tan altos como rascacielos y la luz de sol tamizada y desgranada en virutas por las copas. Era hermoso.

Tim no podía apartar de él su mirada. Estaba completamente maravillada de ver el rostro henchido de felicidad de Gary.

—¿Te gusta todo lo que ves?

—Sí —dijo mostrando una gran sonrisa.

Se acercó a la puerta y acarició con los dedos la hermosa puerta de hierro adornada con arrebujado y la más exquisita filigrana, que recreaba escenas de un tiempo pasado. De una forma extraña, sentía un gran impulso por acceder a su interior. No solo porque Azim le hubiera hablado de ella, si no por algo más.

—Es maravilloso —murmuró.

—Ya podemos marcharnos, Gary. Ya has visto lo que querías —señaló Tim, tendiéndole la mano.

Gary miró la mano de la chica, después a sus ojos y, casi sin pensarlo, así con la mano la aldaba que había frente a él con forma de hoja y golpeó la puerta tres veces.

—¡Nooo! —Fue tarde cuando Tim lo dijo.

Gary retrocedió, observando la puerta. ¿Había hecho mal? En un principio se asustó al ver la reacción de Tim, pero no había podido resistirse, casi lo había hecho sin darse cuenta.

Hubo unos segundos de silencio y, detrás de la puerta, se oyeron unos pasos. Gary retrocedió, sintiendo el miedo correr por su estómago. La cara de Tim era todo un poema. El rostro de desconcierto afloró por primera vez en Gary cuando vio quién abrió la puerta: Azim, el Guardián del Tiempo, aquel misterioso hombre que se hacía pasar por inspector y le visitaba en el orfanato. El mismo que un día le regalara el reloj. El mejor regalo que nunca antes había recibido.

¿Qué hacía Azim allí? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Acaso Heriandor era su hogar?

—No te esperábamos aún, joven Gary. Veo que has seguido mis consejos mucho más rápido de lo que creía. No obstante, no desaprovecharemos la ocasión —sonrió Azim, haciéndose a un lado para permitirles paso—. Bienvenido, Gary, y bienvenida una vez más, Tim. Pasad, la Maestra Relojera os recibirá encantada.

Gary miró a Azim y después a Tim. La muchacha entró sin dilación, ahora ya no tenían escapatoria. Él siguió sus pasos como un autómatas, no sabía si para bien o para mal.

—¿Tú...? —fue lo único que acertó a decir Gary al pasar por el lado del

Guardián. Este se limitó a asentir y encabezó la comitiva.

Gary no dijo nada más, pero le bastaron pocos segundos para comprenderlo todo. Azim le había conducido hasta allí de manera premeditada. Suponía que quería mostrarle algo, pero ¿él qué? Mientras buscaban la torre no se había preocupado por qué podría encontrarse una vez llegado allí, pero ahora sí comenzaban a aflorar dudas y más dudas de nuevo en su mente.

Se adentraron por un largo pasillo hasta que llegaron a un gran espacio abierto. ¿Cómo era posible? Desde fuera el perímetro de la torre no podía albergar toda esa capacidad en su interior.

Cuando el muchacho prestó más atención a lo que veía en el interior sus ojos se abrieron de par en par ante la belleza del lugar. No tenía nada que ver con lo el paisaje que había visto hasta el momento. Si bien era cierto que por fuera la torre daba un aspecto solemne y antiguo, su corazón era todo lo contrario. Los colores metálicos y la luz crecían por todos lados en un núcleo futurista y muy avanzado. Ascensores que subían y bajaban. Escaleras mecánicas que hacían sus funciones trasladando al personal de una planta a otra. Hombres y mujeres que vestían las mismas túnicas que Azim o Tim. Casi todos tenían largos cabellos blancos e iban de un lado a otro, ajetreados, portando papeles y extraños aparatos sujetos al oído con los que se comunican.

Acostumbrado a su habitación del orfanato sin ningún lujo ni tecnología, aquello era nuevo y sobrecogedor para Gary que se sintió intimidado y un poco asustado. ¿Qué tipo de locura era aquella? Había visto algunas cosas durante su convivencia con los Erbani, en las semanas anteriores, aparatos sofisticados de avanzada tecnología, cosas inimaginables, pero nada comparado con aquello.

De pronto sintió un traqueteo y ahogó un grito cuando las escaleras en forma de caracol se pusieron en marcha y ascendieron hasta la decimoctava planta. Cuando puso los pies en tierra firme tuvo que apoyarse en la pared para no caerse, pues se había mareado.

—¿Te encuentras bien, Gary? —se interesó Azim, poniendo sobre él su sabia y profunda mirada.

El chico se limitó a sostenerle la mirada. La cabeza le daba vueltas y no solo por su traslado a través de las escaleras, sino por todo. ¿Qué lugar era aquel? ¿Qué significaba todo aquello? ¿A qué se dedicaba Azim en realidad? ¿Y Tim? ¿Qué eran los Erbani en realidad? ¿Conocía Tim a Azim? Sí, en

aquella isla todos parecían conocerse. Existía entre ellos una estrecha relación. ¿Tal vez todo estaba pensado desde un principio? Pero Azim le había dicho que aún no le esperaban, aun así, Arthas, la Maestra relojera, los recibiría. ¿Acaso Arthas era la reina de aquel mundo?

—¿Gary? —La voz de Tim lo sacó de sus pensamientos. La joven intuía por lo que el muchacho debía estar pasando. Le tendió la mano. El muchacho la miró, sin saber muy bien dónde estaba—. Ven, vamos.

Un gran ascensor de cristal con blancas y cegadoras luces blancas se abrió y entraron. Como el suave balanceo de una pluma mecida por el aire el ascensor se puso en marcha y en menos de cinco segundos llegaron a la última planta de la torre.

Las puertas se abrieron y se encontraron en un blanco rellano circular. Enfrente se levantaba una puerta de hierro decorada con un gran reloj de forja.

—¿Listo, Gary? —sonrió Azim, posicionando las manos sobre las agujas de la puerta.

¿Listo, para qué?, se preguntó, mirando tanto a Azim como a Tim. No comprendía nada. Se sentía como en un sueño del que necesitaba despertar o acabaría volviéndose loco.

Cuando quiso darse cuenta las puertas se habían abierto y se encontraba con Tim y Azim dentro de un nuevo habitáculo. A cada lado de la sala había altas columnas de mármol, con suelo y techo de oro, circundado por un embudo de cristal en cuyo interior se encontraba un gran reloj.

Maravillado como estaba, Gary prestó atención al majestuoso reloj y apreció que, cada vez que las manecillas se movían de su interior se desprendían pequeños fragmentos de cristal de luz dorada que volaban por la habitación simbolizando el tiempo. Subían hasta arriba y se quedaban incrustados como si un imán los atrajera.

Al fondo, sentada en un banco, mirando al exterior por el amplio ventanal, se encontraba una mujer de largos cabellos dorados como los fragmentos del tiempo. Vestía ropajes largos y elegantes, con bordados de relojes. La mujer se giró y dedicó a Gary una amplia y cálida sonrisa. Fue justo en ese momento cuando el reloj de su bolsillo comenzó a vibrar con insistencia.

—Bienvenido a Heriandor, Gary.

Gary introdujo la mano en su bolsillo y extrajo, algo extrañado, el reloj.

—Tranquilo, no tienes nada que temer. El reloj me ha reconocido, simplemente.

—¿R-reconocido? —logró balbucear Gary, sin comprender.

Gary apreció cómo una mano se posicionaba sobre su hombro. Era Azim, tratando de infundirle calma.

—No seas desconfiado, Gary. Ella es la Maestra Relojera, la creadora de tu reloj —habló el Guardián, asintiendo levemente con la cabeza—. Nadie va a hacerte daño.

—¿Q-qué es todo esto? —gruñó.

Azim dio un paso hacia Arthas.

—Mi señora, será mejor que os dejemos a solas; sin duda tendréis mucho de lo que hablar. Tim, vamos. Volveremos a por ti más tarde, Gary.

—Hasta luego, Gary —se despidió la chica con un gesto de mano y una coqueta sonrisa.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos y Gary la Maestra relojera se quedaron solos, el corazón del niño se aceleró. ¿Qué iba a ocurrir ahora? Estaba solo con aquella extraña mujer que parecía saber mucho más sobre su vida que él mismo, y no tenía ni idea de cómo salir de allí en caso de que las cosas se torcieran. Tenía tanta facilidad para encontrarse solo ante los problemas...

«Gary, no pienses demasiado o verás la realidad de forma que no es», recordó las palabras que una vez Azim le había dicho.

La Maestra se giró y tomó asiento en su banco.

—¿Quieres sentarte? —Gary negó con la cabeza—. Hay muchas cosas que no sabes y ha llegado el momento de que las conozcas. No estaba previsto que fuera hoy, pero todo en la vida ocurre por algo, ¿no crees?

»En primer lugar, te doy la bienvenida a Heriandor, el Templo del Tiempo, ubicado en la isla Hy Tairngire, la cual has tenido el placer de visitar y conocer de tu propia mano.

—¿Qué es este reloj que tengo en mi poder? —le cortó Gary, inquieto.

Arthas liberó una pequeña risita y giró la cabeza hacia él.

—Se llama Medigonómetro del Tiempo, creo que Azim llegó a decírtelo, y yo fui quien lo inventó para ti, Gary. Soy Arthas, la Maestra Relojera, la Guardiania del Tiempo, la que custodia el Gran Reloj del Tiempo: el Enal-Tyum, el mismo que puedes ver a tu derecha.

Así que era por eso por lo que el reloj había vibrado en su bolsillo al sentir a Arthas tan cerca, razonó el chico. Ambos se habían conectado de alguna forma.

—Sí, así es. Y no es un reloj cualquier, como ya has podido comprobar.

»Desde tiempos inmemoriales cuidamos de las personas necesitadas, como tú, para tratar de conducirlos por un nuevo camino. Nosotros damos el bastón, pero el camino tenéis que recorrerlo vosotros, siempre. Porque, ¿qué sentido tendría si todo lo hiciéramos nosotros? ¿Cuál sería vuestro logro? ¿Cuál sería el triunfo?

Ninguno.

Si fuera así, Gary, quedarías a merced de nuestra ayuda siempre, desperdiciarías tu vida y el tiempo iría en tu contra. Y, cuando vinieras a darte cuenta, todo habría terminado, tu reloj dejaría de funcionar y tu vida se apagaría sin haber disfrutado ni conocido el motivo de tu existencia, ni cuál es ni fue tu búsqueda interior.

Gary miraba sin parpadear a la mujer, tratando de asimilar todo lo que le estaba diciendo.

—Estabas muriendo, Gary, en el orfanato —fue entonces Arthas directa, encaminándose hacia él—. Habías intentado quitarte la vida —el muchacho se sonrojó, arrepentido—. Si Azim no te hubiera visitado, si no te hubiera entregado el reloj, habrías perdido la cordura y quizás ahora tú y yo no estaríamos hablando. Si no le hubiera pedido a Azim que colocara el reloj bajo tu almohada esa noche, no habrías tenido valor de abrirla y ver que lo que el reloj tenía que mostrarte.

Las duras palabras de la Maestra Relojera lo hicieron reflexionar, abriéndole por fin los ojos. Ahora ya sabía por qué había encontrado el reloj fuera de su escondite aquel día. No había sido un descuido suyo. Había sido propiciado por Azim. Empezaba a confiar en las palabras de Arthas, porque decía la verdad, porque tenía razón: si el reloj no hubiera aparecido en su vida ni Azim le hubiera dado ese empujón, ahora él no estaría allí, sino encerrado en su habitación, perdiendo la cordura y la vida, lenta y agónicamente. Porque lo habían criado haciéndole creer que estaba loco, que era un niño maldito y temía a todo, sintiéndose solo.

—Pero ahora estás a salvo, Gary; no tienes nada de qué preocuparte.

El chico sostuvo la mirada de la mujer.

—¿Hasta cuándo? —murmuró, abatido.

Arthas tuvo la tentación de acariciar el rostro del niño, pero lo pensó mejor.

Le dio la espalda.

—Lo serás siempre que tú quieras, porque ahora estás en el camino de poseer toda la verdad y culminar así tu búsqueda interior.

«¿En el camino de poseer la verdad? —Recalcó Gary en su mente—. ¿Qué verdad, salvo lo que ya sabía?»

—Toma asiento, Gary, porque deberás procesar con calma lo que te voy a contar.

El chico no estaba muy seguro ni de querer tomar asiento ni de saber si quería escuchar todo lo que Arthas tenía que contarle, pero cuando vino a darse cuenta, estaba sentado en el banco, manteniendo la distancia con Arthas.

—¿Quiénes somos en realidad? Bueno, hay habladurías de todo tipo. Nosotros nos hacemos llamar los Erbani. Somos similares a los humanos, con la excepción de que poseemos una ciencia y tecnología muy avanzada a tu tiempo, Gary. No obstante, es algo que creo que has podido comprobar con tus propios ojos.

»Como soberana, como máxima autoridad de Tairngire, además de la Guardiania del Tiempo, soy la única de mi especie capaz de inventar este tipo de artilugios tan similares a los relojes humanos pero a su vez tan diferentes. El que tienes en tu bolsillo no es una excepción. Nunca diseño dos iguales aunque lo parezcan. Cada uno de ellos es especial, construido con un fin único y para alguien en concreto.

»La creación de este maravilloso utensilio alberga un conjunto automático muy complejo así como un exquisito refinamiento en su interior. ¿Eres tan amable de dejármelo? —Gary lo extrajo del bolsillo y se lo puso en las manos—. Gracias.

»Al darle cuerda con una manecilla casi inapreciable, el Megidonómetro consigue transmitir el movimiento entre sus diferentes engranajes y acciona el mecanismo de funcionamiento que se encarga de mantener el impulso del reloj y, por tanto, el movimiento de las agujas internas, ya que, como habrás podido comprobar, no dispone de agujas bajo el cristal.

Gary asentía con la cabeza tratando de entender algo. Aquello era nuevo para él y Arthas hablaba como si él estuviera familiarizado con el tema desde hacía muchos años.

—La mejor parte reside en su gran poder mágico —Aquí fue donde Gary se aproximó a Arthas, queriendo saber más sobre aquel extraño objeto.

»El Megidonómetro curva el espacio para conectar dos puntos, pudiendo mostrar ambos, aunque se encuentren a miles de kilómetros de distancia: te permite viajar en el tiempo y/o lugar. Tú mismo lo has usado para viajar varias veces aquí, a Hy, Gary, a nuestra tierra, la tierra de los Erbani.

Gary permaneció unos segundos contemplando el reloj, pensativo. Sin duda había tenido mucha suerte de poseerlo. Arthas extendió su mano y tomó la de Gary con un poco de recelo. El niño no se inmutó. Bajó la mirada hacia la mano y las lágrimas recorrieron su mejilla.

—Sé lo que te preguntas, Gary, sé lo que necesitas saber. Yo puedo resolver todas tus dudas. Ven conmigo.

Gary siguió los pasos de la Maestra hasta el Enal–Tyum. El gran reloj desprendía un brillo inconmensurable y emitía una fuerte vibración conforme más se acercaban.

—Este se compone de millones y millones de granos de tiempo y cada uno de esos granos de tiempo son todas y cada una de las personas que viven en el planeta Tierra. Cuando una de esas personas se apaga, desaparece un grano, pero a la vez se suman centenares, otros que se forman de nuevo, porque así es el ciclo de la vida: unos nacen y otros mueren, pero la cadena nunca se termina, es ilimitada, como el tiempo.

»El Enal–Tyum es capaz de mostrar el Pasado, Presente y Futuro, tanto el tuyo como el mío y de todo aquel que lo desee, sin embargo, el futuro nunca es fiable, ya que con nuestros pasos en el presente podemos cambiarlo. Por tanto, ¿qué sentido tiene verlo antes de tiempo?

»Antaño, en la mitología griega, las Moiras eran las personificaciones del destino. Vestían túnicas blancas y eran tres: Cloto, la hilandera; Láquesis, la que echaba todo a suertes y Átropos, la inexorable.

»Cloto hilaba la hebra de la vida en una rueca y un huso, mientras que Láquesis medía con su vara la longitud que el hilo de la vida tendría. Mientras que estas dos proporcionaban la vida, Átropos era quien la quitaba: cortaba el hilo, era quien elegía cómo moriría cada persona y cortaba la hebra con sus tijeras llegado el momento.

»Las tres hermanas se aparecían tres noches después del nacimiento de un niño y, con un solo ojo para las tres, determinaban su futuro, el curso de su vida y su destino, por lo que tiempo después pasaron a denominarse Señoras del Destino, y eran respetadas a la vez que temidas. Había ocasiones en las que se las adoraba como auténticas diosas para pedirles larga vida y éxito.

»Con el paso del tiempo, todo fue evolucionando y ese ojo ahora es el Enal–Tyum, y nosotros, los Erbani, los sucesores de las antiguas Moiras.

Gary echó una mirada a Arthas y después al reloj. Lo que le había contado le abrumaba, sin embargo, no tanto como lo que él había estado viviendo hasta la fecha.

—Por eso Azim viste de blanco —comentó Gary, poniendo su mano sobre el cristal del reloj. Ahora entendía cosas, otras no.

—Sí, así es, Gary. Azim, el Guardián, es un descendiente de las Moiras, igual que yo. Sin embargo, nuestra manera de actuar ha diferido un poco: nosotros estamos presentes desde el momento en que el niño va a nacer y asociamos a cada uno un Guardián, quien velará por él. En ocasiones, necesitará de su ayuda, como tú; otras no y por eso nunca, nunca, damos a conocer el futuro. Ese fue el motivo por el cual Azim fue a visitarte, por eso tienes ese reloj... No quiero ver desilusión en tu rostro, Gary, puesto que has de ser tú quien lo averigüe y luches por tu cuenta.

El chico no dijo nada. Miró el reloj profundamente, sosteniendo una pregunta entre sus labios. Arthas le colocó una mano sobre un hombro con suma delicadeza.

—¿Por qué yo? —logró pronunciar.

Por toda respuesta, Arthas elevó su mano derecha frente al Enal-Tyum en un gesto como si quisiera limpiar el cristal y los granos de luz se arremolinaron creando un círculo cuyo interior vibró hasta reflejar una imagen en movimiento de una muchacha de unos veinticinco años, de pelo dorado. La misma se encontraba sentada en un banco en un día primaveral frente a un chico.

—¿Qué dices, Hanna? Tiene que ser una broma. ¡No puedes estar embarazada!

—Estoy ya de tres meses. Vamos a tener un hijo.

El chico retrocedió, negando con la cabeza, muy asustado.

—No. Yo no puedo ser padre. No quiero saber nada de eso, Hanna.

La imagen cambió y Hanna se encontraba en lo que parecía el salón de su casa, gritando a sus padres. La trifulca fue subiendo de tono. La chica, lloraba desconsolada. Después salió del salón en dirección a la puerta, agarró una maleta y se marchó sin mirar atrás.

Otro cambió y apareció la misma joven en un tren, con la cabeza apoyada sobre el cristal, mirando al infinito, mientras una mano acariciaba su vientre con ternura. Fue ese gesto el que hizo que el corazón de Gary diera un vuelco al comprender lo que estaba viendo: era su madre y él era muy parecido a

ella. Los mismos ojos azules, el mismo color de pelo y la piel igual de blanca.

La chica rompió a llorar y la imagen de nuevo se desvaneció.

Nueve meses después, el vientre de Hanna estaba muy abultado. La joven lo ocultaba con unas vendas para disimular el embarazo. Se vistió y salió de la habitación profiriendo su mejor sonrisa.

Un nuevo cambio y Hanna se apoyó en la pared, sujetándose el vientre con lo que parecían unos fuertes dolores de parto y una apresurada y nueva huida en mitad de una noche invernal en la que la nieve caía con insistencia.

Los ojos de Gary no dejaban de estar cubiertos de lágrimas. Quería seguir mirando y no, porque, a pesar de no haber podido conocer ni tocar nunca a su madre, le dolía lo que veía. Era todo tan real... Pero necesitaba seguir conociendo más detalles, porque ahora sabía que sí tenía madre, padre y abuelos, aunque todo fuera muy complicado.

Un haz de luz inundó la imagen justo en el instante en que Azim cruzaba el Arco del Tiempo y Hanna caía al suelo, inconsciente, y un grito escapaba de la boca de Gary, preocupado.

Momentos más tarde Hanna apareció tendida en una cama, siendo atendida por un hombre y varias mujeres, dando a luz en un hostal. El parto parecía tener complicaciones, pero el rostro de su madre estaba radiante, esperando recibir en brazos a su hijo.

—Mi... mi pequeño Gary... —murmuró, llorando de pura emoción, sintiendo a su pequeño en el regazo. Lo acunó y, justo cuando venía a apreciar que todo había pasado y que su hijo ya estaba con ella, abandonó la vida.

Luego apareció un callejón oscuro. Dos siluetas depositaron a un recién nacido ante las puertas de un orfanato, aquel que lo había visto crecer, bajo la atenta mirada de Azim.

Cuando el reloj regresó a su estado habitual, Gary se dejó caer al suelo, destrozado. No, no podía ser verdad. Su madre había muerto al dar a luz, su padre había renegado de él y sus abuelos no sabían nada de él. Nadie conocía de su existencia, porque su madre había ocultado el embarazo desde bien pronto, tal vez para protegerlo, cosa que había sido un error. Así de injusta había sido su vida años después...

Pero su madre le quería y eso le reconfortaba en parte. Sí, le amaba y de pronto volvió a él el deseo de querer verse arropado por una familia, tal como había contemplado con Tim y sus hermanos. Se había dejado llevar por la magia de Hy y lo que esta le ofrecía sin darse cuenta que él podría tener lo

mismo, sentir ese amor, ser amado y querido por una familia sin tener que pasar más días en aquella lúgubre habitación. De no haber muerto su madre aquella noche, su destino y su vida podían haber sido completamente diferentes y no haber terminado recalando en aquel orfanato. Soñar con un nuevo hogar y hacerlo realidad solo dependía de él.

Arthas se arrodilló a su lado, lo abrazó y lo meció como su madre hiciera cuando él nació.

—Lo siento, Gary —fue lo único que pudo decirle.

13

ENAL-TYUM

Gary se encontraba ante el Gran Reloj.

Arthas lo había dejado solo en aquel amplio salón. Necesitaba pensar en lo que acababa de ver reflejado en los cristales del Enal -Tyum, necesitaba recapacitar y ordenar sus ideas. La Maestra Relojera no había tardado en comprender que había llegado el momento de que Gary diera uno de los pasos más importantes de su vida: el de encontrarse a sí mismo.

Había llegado el momento de madurar, ya no tenía ninguna necesidad de juzgar ni culpar a nadie de todo lo que le había sucedido, de su cruel destino. Aquel que le había tocado vivir, con toda seguridad, por algún motivo el cual desconocía. Había llegado el momento de enfrentarse a sus fantasmas, de ser capaz de decir adiós a sus miedos. No sería fácil, bien lo sabía, pero tenía que armarse de valor, pues ese era un camino que debía recorrer en solitario.

Se acercó un poco más al reloj, con reticencia. No negaba que el reloj le causaba bastante respeto. Era enorme, con dos partes bastante diferenciadas: la parte superior donde residían la mayor parte de los cristales en movimiento y la parte inferior, donde las partículas se posaban, quedando suspendidas, o simplemente en reposo. Él se encontraba en la parte de arriba, justo donde tenía situado su obrador la Maestra Relojera.

Gary se acercó un poco más para contemplarlo con sumo detalle, mientras ponía ambas manos sobre sus ojos, como si de unos anteojos se trataran, y se apoyaba sobre el cristal para mirar en su interior. Los cristales seguían flotando a una velocidad de vértigo emitiendo destellos al pasar por delante de él, como si fueran partículas de oro y plata entremezcladas. Por un momento sintió que se desvanecía, como si estuviera mareado. Nunca se había parado a pensar si tenía miedo a las alturas, y todavía menos si estas eran emocionales. Allí dentro flotaban sus miedos, sus recuerdos, su pasado, las respuestas que tanto tiempo había anhelado. Por eso tenía aquella sensación de vértigo, aunque sabía que no estaba relacionado con la altura.

Esta vez era diferente. No se trataba de mirar hacia otro lado, si no de soltar las cuerdas a las que permanecía amarrado y dejar que su vida fluyera entre aquellas partículas; dejar que su vida fuera contada, fluyendo más allá del tiempo.

¿Tenía que temer al futuro? No lo creía. Siempre había oído a los celadores decir frases como que cualquier pasado siempre había sido mejor, sin embargo, su pasado, en concreto, era agrio, y para nada quería recordarlo. Pensaba que no podía ir a peor, ¿o sí? Esa duda existencial quizás era la que le impedía soltar marras y dejarse llevar. ¿Tenía miedos? Sí, por supuesto. ¿Temía lo que pudiera ocurrir a partir de ahora? Más que probable. Pensándolo bien, Gary sentía pánico. Era como un abismo en el cual sus ojos se empeñaban en ver demasiado profundo, más allá de la oscuridad. Y esa verdad le producía náuseas con solo imaginarla. Todo cuanto había vivido en Hy Tairngire todos esas últimas semanas le habían hecho olvidar esas agrías sensaciones. Por eso no quería marcharse de allí. No quería regresar a la dura realidad del orfanato, aunque sabía que en cierto modo eso era imposible. Tim ya se lo había dicho en alguna ocasión.

El chico siempre había pensado que la vida sería mucho mejor viviéndola en libertad, por eso era muy importante dejar marchar todo aquello que ya no le pertenecía. No eran suyos los insultos; no eran suyas las mentiras... Gary había comprendido que mirando al pasado, quedándose con las malas vivencias se había estado impidiendo todo este tiempo cerrar las etapas de su vida y cicatrizar sus heridas emocionales. Era muy importante saber decir adiós a esos malos pensamientos y tenía que hacerlo si quería hallar en este viaje un futuro mejor para él fuera de aquel orfanato, ya fuera solo o acompañado. Llegaría el día en que cumpliría la mayoría de edad y podría decidir si marcharse o quedarse.

Pero, ¿cómo mirar al pasado sin sentir dolor, rabia o impotencia al recordar? Todos esos años de sufrimiento no podían ser borrados de un plumazo, así, sin más. Limpiar ese dolor de su memoria era absolutamente necesario para poder avanzar en su camino emocional. Aquel pasado estaba repleto de malas hierbas, que habían crecido como una planta trepadora, envolviéndolo, y si no cortaba la planta de raíz pronto no vería la senda ni el camino que Azim, Tim y la isla estaban tratando de mostrarle. Tenía que vislumbrar lo que había a continuación, vivir el presente, superar y aceptar todo lo que le había sucedido hasta el momento; tanto lo bueno como lo malo.

«*Lo que pasó, pasó*», se dijo.

Debía aprender de ello, sacar la parte positiva. Si no dejaba de revisar sus emociones internas y pensar cómo se encontraba o levantaba cada día, permitiría que la negatividad se apoderara de él. Debía escapar de aquella oscuridad que no le permitía vivir a su antojo el presente, de lo contrario nunca curaría ese dolor, el que muchas veces se volvía insoportable, le producía ansiedad y amenazaba con hacerle perder la cordura. Ya había intentado quitarse la vida en alguna ocasión y era un pensamiento que quería mantener alejado de su conciencia. Había sido un cobarde y solo con pensarlo sentía un profundo rechazo hacia sí mismo. Aunque reconocerlo era un gran paso. Una vez hubiera aprendido a sobrellevarlo dejaría de temer esas emociones y podría dar un paso más en su vida y en su búsqueda personal.

Tenía que madurar como persona.

No podía pasarse el día quejándose. O se resignaba a aceptar que siempre estaría encerrado en aquel orfanato o daba un paso al frente y hacía algo por cambiar su vida. Era así de sencillo. Pero una cosa era pensarlo y otra muy distinta hacerlo y lograrlo.

«*Uno es lo que piensa*», razonó. Si se quejaba menos y actuaba más significaría que iba por el buen camino.

Las corazas pertenecían al pasado, ellas solo dificultaban el viaje de Gary. Por eso el muchacho debía confiar en sí mismo y en los demás de manera plena. Arthas, Tim y Azim querían ayudarlo y él se sentía agradecido. Llevaba tantos años en soledad, encerrado en aquel orfanato, que compartir su tiempo con otras personas era para él un bien preciado. Sus viajes a Hy Tairngire le estaban permitiendo coger las riendas de su vida, tener una visión propia de su mundo y una gran ambición para conseguir su empresa. La vida debía convertirse en un placer de que todos pudieran disfrutar y no una tarea. Esa era ahora su misión y su meta prioritaria.

Por un momento Gary pensó en sus dibujos y en el significado de los mismos. La Isla Prometida siempre había estado presente en su mente. Muchos de sus dibujos hacían referencia a ella. Él ya conocía Hy Tairngire mucho antes de viajar a ella y ahora empezaba a comprenderlo.

Gary miró en lo más profundo del reloj y las partículas parecieron detenerse.

En algunas de ellas podía ver sus heridas emocionales. Una de ellas era el miedo al abandono y la soledad: su peor enemigo. Era algo que arrastraba desde su infancia, desde que alguien lo dejara abandonado a las puertas del

orfanato. Luego había llegado el rechazo de los otros niños, incluso de las visitas que recibía de vez en cuando. Todo esto había llegado a producir que él actuara de manera extraña con los que le rodeaban, afectando también a sus pensamientos y sentimientos. Se había vuelto huraño y agresivo, ofreciendo una conducta malvada.

Se sentía muy avergonzado.

Él mismo se había fustigado por ser así, cuando en verdad Gary no tenía la culpa de nada. Llegó un momento en el que sintió incluso que no era merecedor del buen trato, como sí en cambio tenían los otros niños, o que no tenía derecho a ser comprendido, pues sus lógicas no eran razonables. Por eso se aislaba en su interior y era considerado como una persona huidiza. Quizá por ello lo llamaban «autista». Ahora, mientras veía pasar todas esas emociones por delante de él, aglomeradas en el Enal-Tyum, supo que había llegado el momento de tomar algunas decisiones por sí mismo. No necesitaba un orfanato para vivir, ni tampoco a sus celadores. Por un momento dejó de importarle qué pensarán de él.

Debía arriesgar.

Estaba preparado para afrontar sus miedos.

De pronto, Gary levantó la cabeza y el Enal-Tyum pareció vibrar y emitir un fuerte destello. Debía ser la Hora Cero, aunque Gary no se dio cuenta. La parte superior apenas recibía cristales cuando un ruido ensordecedor hizo que el gran reloj empezara a virar. Un portentoso mecanismo de levas y engranajes empezó a moverse con lentitud, pero con magnífica precisión hasta que ambas partes invirtieron su posición. Gary se alejó un poco del Enal-Tyum, asustado, hasta que este terminó el proceso de cambio. Durante el giro pudo contemplar las diferentes plantas que yacían más abajo. Era un complejo grandioso, repleto de Erbani que iban y venían en sus quehaceres diarios. Era todo tan irreal... Una vez detenido el gran reloj el chico se acercó de nuevo para contemplar cómo millones de cristales volvían a arremolinarse unos con otros como en una carrera, arrastrados por las fuertes corrientes de la vida.

De repente lo vio pasar. Era un cristal que portaba en su interior la humillación. Éste pareció alejarse hacia el fondo del reloj, perdiéndose de vista. Con él se marchaban la desaprobación y las críticas. Notó como si algo en su interior se escapara volando también por el aire y su autoestima creciera por momentos. Nunca más utilizaría la violencia como un mecanismo de defensa, nunca más hurgaría en sus heridas emocionales.

Pero aún quedaba algo en su interior, un pequeño miedo a la traición. ¿Podía confiar en Azim? ¿Era la magia de Arthas una mera ilusión? ¿Debía creer en todo lo que Hy podía enseñarle? ¿Era cierto todo lo que el Enal-Tyum le mostraba y quería hacerle entender? ¿Qué era lo correcto y qué no?

Gary había sido traicionado muchas veces, sobre todo por los otros niños del orfanato. Había sufrido las mentiras y falsas promesas de las personas que habían ido a visitarle y le habían jurado sacarle de allí; y que luego nunca habían regresado. Había perdido la cuenta de todas las veces que... No, se había prometido no volver a recordarlo.

Esto había generado una gran desconfianza en él. ¿Por qué Azim debía ser diferente? Gary no estaba seguro, pero quería creer en los Erbani y en la Isla Prometida. Las otras veces esa desconfianza se había transformado en envidia y sentimientos negativos, por no sentirse merecedor de lo prometido y de lo que otros tenían, pero esta vez sus sentimientos eran diferentes. Había paz en su interior y sus heridas, desde que había pisado aquella isla, parecían estar cicatrizando, ayudándole a pensar con claridad, a infundirle paciencia, tolerancia y saber vivir, así como aprender de la soledad y ser responsable de sus actos.

Pero a partir de ahora todo eso iba a cambiar. Iba a confiar en su propio destino, en Azim, en Hy y en él mismo. Solo así mejoraría su bienestar, su salud, y su capacidad de desarrollarse como persona. El tiempo sanaría sus heridas y su disposición estaba más que decidida.

«La gente tiene miedo a lo que alberga nuestro interior, y en realidad es el único lugar en el que hallarán lo que necesitan», pensó. Había tardado en darse cuenta, pero así era.

Normalmente Gary hubiera necesitado de una motivación o un objetivo para alcanzar su cima personal y hallar su búsqueda interior, de ahí la importancia de tener metas, voluntad e intención de alcanzarlas.

El propósito de Gary no era otro que el de ser un chico normal. Saber que era normal. Solo él sabía cómo era en realidad. Nada ni nadie podría cambiar esa verdad. Siendo consciente de eso, con el paso del tiempo, llegaría el día en que lograría salir del orfanato por su propio pie. Estaba seguro.

Si no se aferraba a esa esperanza y lo intentaba, se quedaría para siempre en el mundo de las ideas y los pensamientos atrapado en lo más profundo de su mente, y entonces todos los intentos y la energía acumulada se perderían sin dar fruto alguno.

Era como un juego entre la realidad y la fantasía, en el cual se encontraban

el orfanato, en su mundo real, y Hy Tairngire. Esos dos mundos eran los que Gary barajaba en sus manos, las dos dimensiones en las que se movía a través del Megidonometro. La dualidad entre lo que hacemos y lo que nos gustaría hacer, entre lo que parecemos y lo que realmente somos. Ese lugar en el que Gary tenía mucho que decir sobre la transformación de su nuevo ser. Ese ser que buscaba encontrarse a sí mismo y, por lo tanto, se responsabilizaba, maduraba, se empoderaba y se haría más asertivo, llegando a ser capaz de enfrentarse a sus miedos y a todo lo que la vida le planteara de ahora en adelante.

En el cielo de Hy, montado sobre las águilas se soñaba, no se actuaba, no se hacían realidad sus sueños. Subido a lomos de un ciervo se podían contemplar grandes paisajes. Sí, era muy bonito y había grandes vistas... Pero para crear en la tierra, en su mundo real, primero debía haberlo ideado. Azim y Tim le habían ayudado en el camino. No habían dejado de mostrárselo desde el inicio de aquella gran aventura. Ahora ya conocía ambos mundos gracias al reloj.

Gary debía encontrar el punto medio entre el cielo y la tierra, para crear lo que en verdad llevaba soñando desde hacía mucho tiempo.

Cuando el joven despegó sus manos del cristal del Enal-Tyum las partículas siguieron rodando sin rumbo, sin detenerse, pues todo tenía un principio, un final y un destino. Gary suspiró al comprender de una vez por todas por qué estaba allí.

Cuando se giró se percató de que Tim, Azim y Arthas estaban detrás de él cogidos de la mano, a una distancia prudencial.

Los cuatro se miraron fijamente durante unos segundos.

Arthas asintió, sonriendo.

Tim le tendió la mano y Gary se encaminó hacia ella con paso decidido.

—Gracias por estar ahí desde el primer momento —dijo Gary, sin poder reprimir sus palabras ni un segundo más—. Desde el primer día que te vi en la isla supe que eras la chica que siempre me protegía en el orfanato.

—Solo tú podías verme, aunque no lo supieras. —Ella le sonrió, feliz.

Gary estaba listo para dar el paso final.

14

REMEMBRANZAS

La oficina de Edgar Blanze, situada en la última planta del orfanato, no era muy amplia, ni luminosa, pero era suficiente para trabajar y recibir visitas, aunque esta vez la estancia se le había quedado pequeña. Apartó el bote de lápices y las carpetas innecesarias y las alojó en un armario que justo detrás de su escritorio.

Hacía escasos minutos que un matrimonio había llamado a la puerta. Uno de los celadores le había informado y Edgar los esperaba aunque no había tenido mucho tiempo de organizarse. Habían acordado reunirse hacía semanas, pero debido a que vivían en un pueblo alejado de Nördlingen no habían podido fijar una cita que fuera acorde entre las dos partes.

Según tenía entendido, era un matrimonio mayor que llevaban más de cuarenta años de casados y que tras circunstancias de la vida habían tomado la decisión de adoptar en aquel preciso momento de sus vidas. Por eso habían pensado en reunirse con el director del orfanato, para hablar de los verdaderos motivos que los habían llevado hasta Neue Heimat. Y allí estaban los tres, revisando expedientes sin conseguir llegar a un acuerdo que compensara a los presentes.

Edgar les había enseñado el centro previamente e incluso habían visto algunos niños de lejos. El hombre, un señor regordete, calvo y semblante que distaba de su sonrisa entrañable, no quitaba ojo a los niños de sexo masculino. Parecía que tener una fijación por ellos, y buscaba uno en especial. El director había intentado desde el principio convencerles de que adoptaran a un niño o niña de corta edad, pues siempre eran más receptivos a la hora de adaptarse a nuevos cambios, pero ellos deseaban un niño, un niño que ya tenía cierta edad, como ellos.

—Siéntense —les dijo mientras les enseñaba los distintos expedientes—. Este es Karl y este otro... —Les mostró los expedientes extendiéndolos sobre la mesa.

—¿Cómo se llama ese? —señaló el hombre, apartando los expedientes a Edgar de las manos.

—¿Y no les interesaría más una chica? —cambio de tema el director de manera fortuita, recordando las palabras que un día el sacerdote le transmitiera.

—No, no, tiene que ser un niño —fue tajante el señor—. Mi mujer y yo sabemos muy bien qué buscamos.

Edgar miró a la pareja, con gesto interrogativo. Sabía que había algo que no le habían dicho y se sentía algo desconcertado. La mujer le dedicó una cálida sonrisa.

—Creo que hay algo que no me han contado, ¿verdad? —dijo al fin.

La mujer asintió y se dispuso a hablar, pero su marido le cortó la palabra.

—Mira, Hertha, ¡mira! Este es, debe de serlo, tiene la misma nariz. Y esos hoyuelos y la cara tan regordeta. No olvidaría esos ojos rasgados, cargados de vida y magia.

Edgar se inclinó hacia delante, levantándose un poco de la silla tratando de ver a qué niño se referían. Cuando se percató, algo en su interior encendió una voz de alarma. Tragó saliva y preguntó:

—¿Gary? ¿Estáis hablando de Gary?

Hertha puso la mirada sobre el director. Al escuchar aquel nombre suspiró.

—Así es como lo llamó su madre antes de morir.

—¿Antes de morir? —Edgar pidió calma con ambas manos—. ¿Pueden ir más despacio? ¿Cómo que así fue? ¿Quieren decir que conocían a su madre y por eso quieren adoptarle? ¡Santo cielo! Esto sí que no me lo esperaba. Haber empezado por ahí.

Se pasó ambas manos por la cabeza, anonadado. Después de tanto tiempo... Si Don Bartholomäus estuviera aquí no les creería.

—No es exactamente así, señor —habló el marido, tendiendo el expediente de Gary sobre la mesa.

—Hace ya catorce años que su madre se presentó frente a la puerta de nuestro hostel y la ayudamos a dar a luz. Augustus, mi marido, le abrió la puerta y, tras ver el estado en que se encontraba se dijo que no podíamos dejarla allí, en mitad de la fría noche —continuó Hertha, emocionada—. Estaba muy débil y el parto se complicó. Todo se complicó. La mujer tuvo una hemorragia. Apenas pudo ver a su hijo unos segundos y darle el nombre que había pensado para él.

Edgar tragó saliva, con un nudo en la garganta. Detrás de cada niño había

una historia triste, muchas no las conocía, otras sí, pero todas, a su modo, le desgarraban por dentro al imaginar la soledad que acompañaría a esas criaturas el resto de sus vidas. Recordar todas y cada una le hacía ver por qué había aceptado aquel trabajo, aunque, en el fondo, sabía que no había actuado del todo bien con Gary. Especialmente después de lo ocurrido. Recordaba la visita del sacerdote al orfanato a altas horas de la madrugada con el niño en brazos y aún se le ponía el bello de punta.

—¿Fueron ustedes quienes le dejaron en la puerta del orfanato aquella fría noche de invierno?

El hombre asintió.

—En ese momento no podíamos quedarnos con él. Hertha y yo regentábamos el hostel, teníamos más hijos, no hubiera sido sensato por nuestra parte. Lo mejor era que estuviera aquí, y así pudiera tener una segunda oportunidad.

Edgar se puso en pie, mesándose la barbilla. Ahora entendía el motivo por el cual Gary llegó al orfanato con una nota bajo el brazo que rezaba su nombre. Había una gran historia tras él. Y aquel matrimonio aún rememoraba aquel día a pesar de haber pasado ya tantos años.

—Queremos darle una segunda oportunidad —dijo Augustus.

—Una segunda oportunidad —murmuró, negando con la cabeza—. La tuvo, pero no de la forma deseada.

—¿A qué se refiere? —se alarmó Hertha, levantándose un tanto de la silla—. ¿Ya no está en el centro? ¿Ha muerto? ¡Oh, Dios mío!

—No, no, no es eso. El niño está bien. Sí es cierto que «murió», pero regresó a la vida. Sufrió catalepsia y el párroco... Qué más da. Es una larga historia. —Pensó en el dichoso señor Bartholomäus, que había provocado que Gary no tuviera una infancia feliz, que fuera un desgraciado y un «niño maldito». Y, lo peor de todo, era que él era cómplice por ceder a su chantaje y no pararle los pies desde el principio. Dio una bocanada de aire y por fin se dispuso a dejar la cobardía de lado—. El párroco lo trajo aquí. Me comentó que había despertado de la muerte. Iba a ser enterrado junto a su madre. —Se detuvo para mirar por la ventana y así tratar de hacer pasar el nudo que le producía contar aquella historia. Hertha, a sus espaldas, lloraba, sujetando la mano de su esposo—. Pero lo importante es que Gary tuvo una segunda vida —concluyó, tratando de esbozar una bonita sonrisa de complicidad.

—Santo cielo —fue lo único que pudo decir la mujer—. No debió de resultar nada fácil.

—No hay día que no nos hayamos arrepentido de no habernos quedado con él —señaló el marido—. El niño no se merecía nada de lo que le sucedió. A pesar de la muerte de su madre necesitaba estar con una familia que le diera cariño. Pero nunca nos atrevimos a volver a por él.

—¿Por qué? ¿Por qué no regresaron al orfanato? De haberme contado esta historia entonces estoy seguro de que podríamos haber arreglado el asunto sin problemas. —Edgar mostraba un gran interés en aquella historia y en parte también se sentía culpable. Quizá eso hubiera evitado la vida de desdicha que el niño había tenido. Pero todavía no era tarde para enmendar aquellos errores. Si aquel matrimonio todavía encontraba la fe necesaria para llevar a cabo sus sueños y sentirse realizado, ¿por qué no lo iba a poder conseguir él? Don Bartholomäus se desentendió de él con el paso de los años, Gary podría haberse ido con cualquier matrimonio de los muchos que habían pasado por allí, vivir feliz... Pero él tenía la culpa de que no hubiera sido así. Y ahora se arrepentía y mucho. Se había comportado como un estúpido y un cobarde, cargando con el peso que el sacerdote le había impuesto desde el momento en que lo había dejado en sus manos. Pero eso tenía que acabar. Edgar se dijo basta. Había llegado la hora de enmendar sus errores.

—Después de abandonarlo no podíamos volver a por él. Nos sentíamos culpables. No teníamos fuerzas. Compréndanos —comentó Hertha—. Cuando nuestros hijos se hicieron mayores y volaron del nido sentimos un gran vacío. No fue hasta que nos jubilamos, cuando el hostel echó el cierre definitivamente. Nos marchamos de este pueblo, dejando toda una vida atrás, pensando que tal así podríamos olvidar ciertas remembranzas. Pero no fue así. No imagina lo que nos ha costado dar este paso. Largas noches sin dormir, pensando qué sería lo mejor. Lo hemos hablado mucho y por eso estamos hoy aquí. No sabíamos que el niño estuviera sin adoptar todavía. Les contamos la historia a nuestros hijos cuando fueron mayores y ellos nos han alentado a dar el último paso. Sabíamos que igual Gary podía haberse marchado de aquí, pero necesitábamos saberlo ciertamente. Una vez, cuando tenía cuatro o cinco años le hicimos una visita. No nos prestó mucha atención —explicó Hertha—, pero a mí me rompió el corazón verle así. Desde entonces todavía me sentí peor.

Ahora que Hertha lo decía, Edgar recordó esa visita.

—Erais vosotros... —dijo frunciendo el ceño—. En verdad nunca lo abandonasteis del todo. Siempre estuvo en vuestro corazón.

Edgar se recostó sobre la silla de ruedas. ¿Por qué era todo tan

complicado?

—Nadie ha querido a Gary —dijo con pesadez.

—¿Nadie? —dijo a la vez el matrimonio.

Edgar negó. Una verdadera lástima.

—Es un niño triste, callado, reservado. Un poco huraño. —Se encogió de hombros—. Creíamos que era un niño autista, pero es un niño falto de cariño. Y usted es la más indicada para dárselo, señora Hertha. Créame que ahora sé porque Gary aún sigue en este orfanato. Gran culpa es mía, pero ahora sé que desde el primer instante en que el destino cruzó vuestras vidas él y ustedes están ligados a permanecer juntos.

Edgar sacó de su escritorio los papeles de la adopción. No había más que añadir: Gary se iría con ellos ese mismo día y todo terminaría. Después de catorce años por fin todos podrían descansar. Fue justo en ese momento cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —ordenó el director del orfanato.

Azim asomó la cabeza.

—Buenos días. Perdonad que venga sin avisar, pero me pillaba de paso y...

—No se disculpe, señor inspector. Puede pasar —dijo amablemente Edgar—, ahora mismo estábamos cerrando una adopción con este matrimonio.

—Ah, ¿sí? ¡Qué interesante! —apuntó Azim con disimulo—. Me encantaría ver cómo es el proceso del mismo si no les importa.

—Claro que no; acomódese donde pueda. La habitación no es muy espaciosa pero...

—No se preocupe. Ustedes sigan.

—Bien, pues creo que no hay nada más que añadir —prosiguió el director del centro—, aquí están todos los papeles de la adopción. Estoy seguro de que Gary será muy feliz a partir de ahora con ustedes.

El rostro del matrimonio se iluminó. Se apretaron las manos con fuerza y después se fundieron en un fuerte abrazo.

—Se acabaron las noches sin dormir —le susurró Augustus.

—Firmen aquí y aquí —les explicó bajo la atenta mirada del inspector—. Y una última cosa: hagan a ese niño muy feliz.

—No dude de que así será.

Augustus y Hertha se miraron con los ojos anegados en lágrimas cuando el director firmó cada hoja y les entregó los papeles de la adopción. Por fin podrían conciliar el sueño con la certeza de que el niño sería feliz y tendría

una nueva vida. Estaban completamente seguros de que habían tomado la mejor decisión de sus vidas y daban las gracias por ello, sobre todo a sus propios hijos.

Azim se había puesto a mirar por la ventana, con una amplia sonrisa. Hacía un tiempo estupendo, pues a pesar de la nieve había salido el sol y el paisaje era digno de admirar. Además, no quería que nadie lo viera llorar, no de pena sino de alegría.

Unas habitaciones más abajo Gary ignoraba lo que ya era un secreto a voces: su salida del orfanato de Neue Heimat estaba cada vez más cerca.

15

DESTINO

Gary se dejó caer sobre la cama. Estaba feliz, pero a la vez se sentía triste. Feliz por todo lo que había vivido, aprendido y descubierto; y muy agradecido a las personas tan maravillosas que había encontrado en el camino, pero también triste porque ahora todo quedaba atrás, como en un segundo plano: las amistades, aquellos momentos tan peculiares, Hy... Todo ello para comenzar un nuevo reto que, aunque incierto, afrontaría con ganas, sin importarle cómo fuera. Porque había sufrido y no quería más que hubiera más sufrimiento en su vida. Era el momento de que algo bueno le sucediera. El tiempo había empezado a contar desde el mismo momento en que había regresado de Hy Tairngire, y ya no había marcha atrás. Eso en parte le agradaba, pues lo tenía decidido y, sobre todo, asumido.

Cerró los ojos y tomó aire. Todo quedaba atrás. Ya no habría más viajes, ni más visitas de Azim, ni más preguntas sin respuesta; tampoco vería a Tim, ni siquiera en clase en el orfanato. Ella misma se lo había dicho antes de marchar. Ya no le necesitaba, aunque para Gary ocupaba ya un sitio especial en su corazón y ahí estaría por siempre.

No le quedaba la menor duda de que su última visita a la isla lo había fortalecido más de lo que nunca hubiera imaginado. Miraba su habitación y ya no sentía angustia. El orfanato solo era un sitio de paso, como si fuera un puente, el que cruzaría algún día hacia algo mejor.

Se tumbó y metió la mano en el bolsillo. Había dos objetos en él: una carta y una rosa roja. Dos presentes, de Arthas y Tim. La tentación de leer la carta podía con él, pero no quería romper aquel mágico momento con sus lágrimas. No. No había derramado ni una sola en la despedida, porque no había sido necesario, porque a pesar de ser un adiós, algo le decía que no era para siempre o al menos, albergaba la esperanza de que así fuera. Y Tim le había dado la forma de hacer posible ese reencuentro y su regreso a Hy. Solo le bastaba con oler el aroma de aquella rosa para que su mente volara al instante

hacia los inmensos bosques de Hy Tairngine y los amplios campos de flores; sus cristalinos ríos, su blanco cielo y la conexión entre la naturaleza y los Erbani en una perfecta armonía que sobrecogía por la fuerza con la que se unían.

«*Gracias, Tim*». Guardaría como oro en paño la rosa, esperando que el tiempo no la convirtiera en polvo y conservara siempre el inolvidable perfume que desprendía la Tierra Prometida.

Sacó la carta del bolsillo, observándola con dedos temblorosos. Deseaba abrirla y saber qué ocultaba en su interior, qué había escrito en ella, pero por otro lado no sabía si estaba preparado para hacerlo. No sabía por qué pero le daba miedo descubrir lo que escondía, eso, o que sabía que, cuando leyera lo que Arthas le había escrito se terminaría toda la magia y la conexión con Hy. Si mantenía el sobre sin abrirlo sería como si no hubiera abandonado nunca la isla del todo, quizás un seguro para regresar.

No lo dudó, la colocó bajo la almohada junto a la flor y cerró los ojos, dejándose llevar por la embriaguez de los sentimientos que recorrían su cuerpo hasta quedarse dormido.

Los días siguientes a su regreso pasaron y, aunque intentara evitarlo, muchas de las rutinas del orfanato volvieron a su vida, aunque para Gary las mañanas parecían tener un color distinto. Ciertamente era que nada había cambiado en cuanto a sus rutinas, o los insultos de sus compañeros en clase. Antes le habría dado mayor importancia, pero ahora no. La lección aprendida en la isla no se lo permitía y lo agradecía en lo más profundo de su ser.

Cada noche antes de dormir olía la rosa de Tim, parecía tener vida propia y nunca se marchitaba. Para Gary era mágica y evocaba los buenos momentos vividos. Se preguntaba qué estaría haciendo ella en ese momento y la imaginaba en el poblado, jugando con el resto de niños, con los animales o pescando cerca de la catarata, libre, como era ella. La carta de Arthas todavía reposaba en el mismo sitio donde la había guardado el primer día. No la había tocado, aunque sí había sentido ganas de abrirla, sobre todo en algunos momentos en los que le había parecido oír el *Tic Tac* de un reloj. Había buscado por todos los rincones de la habitación su procedencia y no había encontrado ningún reloj que pudiera emitir aquel sonido. Había llegado a pensar que era su subconsciente, sin embargo, semanas después, cuando el sonido se intensificó descubrió que procedía del interior de la carta.

¿Había un reloj dentro del sobre? ¿Sería otro invento de Arthas? Era algo

que incluso al pensarlo le parecía imposible puesto que lo palpaba y no había nada que sobresaliera más que un papel. ¿Estaba volviendo a tener alucinaciones? No. Gary sabía que todo lo vivido en Hy había sido muy real, y cualquier cosa que pudiera imaginar era propensa a convertirse en la más absoluta realidad.

Un día, para su sorpresa, se percató de que cuando depositaba la carta bajo la almohada el sonido del reloj se intensificaba hasta el punto de volverse ensordecedor. Cuando lo cogía en sus manos, se calmaba. ¿Quería eso decir que la carta le estaba enviando alguna señal? ¿Había llegado el momento de abrirla?

Tomó aire. Cuanto más aplazara el momento peor sería. Rasgó el sobre y sacó la nota. En ella había una única frase en una caligrafía muy pulcra y, justo debajo, unas manecillas metálicas, que simulaban marcar el tiempo.

«El tiempo es un juez tan sabio, que no sentencia de inmediato, pero al final da la razón a quien la tiene y entrega a cada uno lo que merece».

Las manecillas marcaron las doce del mediodía y se desprendieron del folio, como si resbalaran por el mismo. Gary las recogió antes de que cayeran al suelo y apreció que era un broche, pero que, gracias a la magia de Arthas, estaba seguro, hacía las veces de reloj. Sonrió, agradecido. Le había encantado. Siempre lo llevaría encima. Era el mejor regalo que le podrían haber hecho, un símbolo que significaba mucho para él, más allá incluso del que tenía para el resto de mortales. Porque señalaba superación, arrojo, ayuda y amistad. Había hecho grandes amigos, amigos de los que siempre estarían ahí para ayudarle cuando lo necesitara. Él lo sabía, así como que ya formaba parte de la historia de la Isla de Hy Tairngire.

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Gary dio un respingo. La carta y el broche de las manecillas rodaron de sus manos, amenazándole con caérsele al suelo. Por suerte pudo cogerlas al aire y guardarlo todo en el bolsillo de su pantalón, con el corazón encogido en un puño.

—Chico, han venido a buscarte —le avisó el celador con voz enérgica y alegre.

Gary permaneció mirando al celador, sin inmutarse. ¿Una visita? ¿Sería Azim de nuevo? No, en el fondo sabía que no era Azim, así como tampoco Tim o Arthas. Ya no volvería a Hy Tairngire. Sabía que era complicado. Su tiempo ahora marcaba un nuevo rumbo y el broche, con su reloj mágico que

guardaba en su bolsillo así lo indicaba.

Veloz, Gary salió al pasillo y cuál fue su sorpresa cuando vio ante él a un matrimonio mayor, feliz, cogidos de la mano, esperándolo. La mujer de rosadas mejillas dio un paso al frente y le tendió una mano con dulzura. El chico permaneció irresoluto, sin entender qué significaba aquello. Cuando de pronto se percató de aquella mirada. Nunca había olvidado esos ojos. Era la misma persona que le había visitado en su infancia. Aquella que le había recitado tan dulces palabras, la que le había contado la verdad desde el principio. Sus orígenes. Había soñado tantas veces con volver a verla y preguntarle... Nunca imaginó que volvería a verla. Y ahora la tenía frente a él.

—Es tu nueva familia de acogida —dijo Edgar risueño—. Te han adoptado. Enhorabuena, Gary.

Gary se quedó sin palabras. No sabía qué decir ni cómo reaccionar.

Por primera vez en mucho tiempo, Gary se sintió plenamente feliz. Después de tanto tiempo... Por fin alguien se había interesado por él, aun conociendo su triste y maldita historia. No sabía si correr, saltar, reír o llorar. Una extraña sensación lo envolvía. Incluso llegó a temer por un momento que su reacción pudiera cambiar la opinión de aquellas encantadoras personas que habían venido a buscarle. Rápidamente su mente voló muy lejos de allí, como si volara entre las nubes. Por fin era libre, por fin iba a tener una familia. Por fin iba a ser feliz de una vez por todas. Y todo gracias a Arthas, gracias a Hy y al Tiempo.

—Hola, Gary —lo saludó la mujer con dulzura—. Somos...

La mujer intentaba presentarse ante el muchacho, pero Gary no la dejó terminar. Corrió a sus brazos, buscando el calor de una madre y un padre. Los tres se abrazaron ante la atenta mirada de los celadores y el director del centro. Todos lloraban de emoción.

Gary cerró los ojos y se dejó llevar por la embriaguez del momento. Ahora entendía muchas cosas sobre las palabras que Azim le había dicho en su primera visita al orfanato. No era con Azim con el que debía de marcharse de allí, sino con una familia que lo acogiera y quisiera de verdad. Ahora la vida le devolvía todo lo que durante años le había quitado, y había estado tan ciego que no había sabido verlo hasta el momento.

* * *

—¿Lo tienes todo, Gary? —se interesó Hertha. Gary asintió saliendo de su habitación. Iba vestido con como si fuera todo un señorito. Aquellas personas le habían traído hasta ropa nueva para que la estrenara en su primer día fuera del orfanato. El chico no podía estar más feliz y solo hacía que mirarse sus zapatos nuevos. Se sentía extraño, aunque prefería mil veces su nueva ropa.

Gary echó un último vistazo al que hasta ahora había sido su hogar. Por fin iba a dejar ir una parte de su pasado, tal como el Enal-Tyum le había mostrado. Después cerró la puerta. No lo echaría de menos.

—Sí.

—Pues vámonos. —Augustus le esperaba a su derecha, le cogió la mano y echaron a caminar por el largo pasillo.

Sin embargo, Gary se detuvo y se giró, motivado por una extraña sensación. Había recibido obsequios de Arthas y Tim, tales como la carta, el broche y la rosa, pero le faltaba algo. No había recibido nada de Azim y tenía la sensación de que no saldría de aquel orfanato sin recibir su último regalo. Por un momento pensó que ya no lo volvería a ver, pero su sexto sentido no le falló. Allí estaba Azim, oculto, una vez más entre las sombras, mirando por la ventanilla en el interior de su antigua habitación. Pero Gary ya no se encontraba en ella. Ya era libre y se moría de ganas por contárselo al Guardián. En su rostro creció una amplia sonrisa. Por lo que veía, Azim trataba de no ser visto, lo que no sabía era que Gary lo había pillado por sorpresa. Sí estaba allí, seguro que había tenido que ver algo con todo aquello. Entonces recordó su despedida en Hy. Azim había intentado hacerse el duro en todo momento:

—Es hora de marcharse, Gary. Tú tiempo aquí ha terminado —le había dicho, muy serio—. Es el momento de que continúes tu vida y apliques de ahora en adelante todo lo aprendido.

Gary quiso acercarse a él para abrazarle, pero Azim se había retirado unos pasos, mirando hacia otro lado. En ese momento Gary se había sentido mal, pero debía respetar la decisión de Azim, puesto que sabía que era igual de doloroso para ambos aquella despedida. No lo culpaba, quizás era mejor así.

Sin embargo, ahora que veía allí a Azim, en su habitación, mirando por el cristal de la puerta, algo le decía que no había podido resistir la tentación de regresar para despedirse de él. Así que no lo pensó dos veces y corrió de nuevo hacia la habitación.

—¡Esperad! Eh... M-me he olvidado de una cosa —dijo sin más a sus nuevos padres mientras regresaba sobre sus pasos.

Abrió la puerta de la habitación todo lo deprisa que pudo al tiempo que Azim, maldiciendo, se preparaba para pulsar el Iluminador y cruzar el Arco del Tiempo.

—¡No! ¡Azim! ¡Espera! ¡No te vayas!

Al oír su nombre, el Guardián cesó en su intento de marcharse para no tener que sufrir, una vez más, una amarga despedida.

Azim apagó el Iluminador y suspiró, mirando el suelo.

—Oh, Gary... lo siento, esto no debería de haber sido así. No deberías haberme visto —Gary lo miró fijamente. ¿A qué se refería?—. Solo vine a comprobar que todo estaba bien....

—¡Calla! No digas nada. Y deja ya de hacerte pasar por inspector, creo que ya no lo vas a necesitar.

Azim pareció sonreír ante tal apreciación.

—Oh, no me malinterpretes. Las despedidas no son mi fuerte. Ya sabes que...

Gary elevó la comisura de sus labios.

—Quería despedirme de ti.

Sin que Azim tuviera tiempo de reacción el chico se abalanzó sobre sus brazos. Siempre había sido reacio a tocar y ser tocado, pero ahora su cuerpo se lo pedía, porque necesitaba un abrazo de la persona que le había tendido una mano y le había descubierto un nuevo mundo; una nueva vida.

—G-gracias por todo.

Los ojos de Azim se anegaron de lágrimas. Esta vez no lo pudo evitar y rompió a llorar como un niño. En verdad él mismo sabía que había vuelto hasta allí para verlo una vez más. Necesitaba esa despedida, su corazón lo pedía a gritos. Lo que había pretendido evitar desde un primer momento, al final había terminado por ocurrir.

Al Guardián no le gustaba que le vieran llorar.

—Venga, Gary, no hagamos esto más duro de lo que ya es. Vete. Es la hora de que seas feliz lejos de aquí.

Gary se separó del hombre, asintiendo, feliz. Ahora sí podía marcharse.

—¿Amigos? —musitó Gary.

—Amigos —asintió Azim, sacando de su bolsillo una cajita muy familiar para Gary. Él sujetó su mano y después se la tendió—. Toma; una última cosa antes de marcharte: el Megidonómetro fue construido para ti y Arthas cree conveniente que lo tengas. No hay nadie mejor que tú para tenerlo. Sabemos que lo guardarás como tu mayor bien. —Gary cogió la cajita,

negando con la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

—Cuídalo. Nunca sabes cuándo lo puedes volver a necesitar. Ahora, hasta la vista, Gary.

—Hasta la vista —asintió el chico, admitiendo que Azim tenía razón. Metió la cajita de madera en su nueva chaqueta, miró una última vez al Guardián y salió para reunirse con sus padres justo en el mismo momento en que Azim hacía un gesto con los brazos y el tiempo parecía detenerse alrededor suyo, salvo para Gary y su nueva familia.

—¿Ya lo tienes todo? —le sonrió su nueva madre, agarrando su mano.

Gary asintió. Tomó la mano de su padre y los tres se encaminaron hacia la salida, sin mirar atrás, porque ya no era necesario. Ya nadie les molestaría. Era el mejor regalo que nadie podría haberle hecho. Por fin pasaría sus primeras navidades en familia, rodeados de regalos, amor y cariño. Ahora solo tenía que mirar hacia delante, tenía un nuevo futuro que construir. Porque después de la tormenta viene la calma y Gary ya comenzaba a saborearla. Ya no habría más llantos ni más soledad. Eso quedaba en el recuerdo. Y no maldecía el tiempo vivido en el orfanato ni nada de lo acaecido en él, porque de no haber estado allí no habría conocido a Azim, ni a Tim ni a Arthas ni hubiera conocido su pasado. Quizás su vida habría sido distinta de no haber muerto su madre, pero era algo que nunca sabría.

Sonriendo como nunca antes, sintiéndose protegido y arropado por sus padres y con el broche del reloj marcando un nuevo tiempo a su espalda, Gary salió del orfanato en un día invierno, y pese a todo con un sol brillante y el cantar de los pájaros dándole la bienvenida.

Ya nada podía salir mal. Simplemente, era feliz.

Epílogo

LA BÚSQUEDA

Cuando Gary terminó de narrar aquella historia, su hija, Tim, aún lo miraba con ojos penetrantes y anegados de lágrimas. Pensaba que quizá se hubiera dormido como le ocurría algunas veces con otros cuentos, pero esta vez había permanecido atenta e interesada hasta el final, cosa que agradecía.

—Es una historia preciosa, papá. Me ha encantado. ¡Qué valientes fueron los abuelos! Me encantaría volver a verlos. Fueron muy valientes.

—En verdad lo fueron, y para mí fue una gran lección de vida y las mejores navidades de mi vida —dijo mientras se levantaba del sillón para arroparla y darle un beso de buenas noches.

—Entonces, ¿la isla de Hy existe de verdad? ¿Y Arthas o Azim? ¿Qué fue de ellos? —le preguntó, emocionada. No sabía hasta qué punto su padre podría haberse inventado parte de la historia.

—La Isla Prometida existe para todo aquel que desee encontrarla. Solo tienes que buscar en tu interior para hallar tu propia búsqueda particular.

Gary no respondió a la última pregunta, parecía desconocerlo, aunque por su expresión sabía que a él también le habría gustado saberlo.

Tim lo había entendido a la perfección. En su historia, Gary había seguido sus instintos, buscando hacer lo que siempre anhelaba: salir de aquel orfanato e ir en busca de una nueva vida. Ese había sido el primer paso. En este caso, Azim había sido su mentor. Y ese extraño reloj, la puerta abierta que le ayudaría a conseguirlo.

—¿Aún conservas el Megidonometro del Tiempo? —le preguntó con sumo interés. Si era así, ¿por qué nunca había regresado? A ella en cambio sí le hubiera gustado poder visitar aquella mágica isla.

Gary se paró en seco antes de apagar el fuego de la chimenea y salir de la habitación. Aquella pregunta le había pillado por sorpresa.

—No —negó con la cabeza mientras se daba la vuelta—, no recuerdo donde lo guardé. Luego me mude de casa al venir a vivir con tu madre y le

perdí la vista. Tampoco lo busqué demasiado, pues ya no lo necesitaba. Había hallado mi búsqueda interior, había aceptado mi destino y mi sueño se había hecho realidad. Tenía todo cuanto había deseado, no necesitaba más.

Tim lo miró fijamente; podía ver en sus ojos que su padre no le estaba diciendo toda la verdad, aunque sonrió complacida, quitándole importancia al asunto. Luego frunció el ceño, pícara, al observar con detenimiento la solapa de su bata de dormir. Al principio no se había dado cuenta, pero ahora que se había fijado bien si lo veía con claridad. Allí estaba el broche de oro con las dos manecillas de reloj que Arthas le había regalado en su día. Y también entendía el significado de aquella rosa eterna liofilizada y colocada en uno de los estantes del mueble del salón, a modo de decoración.

—Solo una pregunta más. ¿Puedo?

Su padre la miró, comprensivo. Era normal que hubiera despertado la curiosidad de su hija. En verdad, esa era su intención.

—¿La última? ¿De verdad? —Ella asintió, enérgica, y Gary no pudo evitar reírse.

—¿Por qué me has contado esta historia ahora y no antes o después?

Gary pareció meditar su respuesta, después habló:

—Creo que he esperado el tiempo suficiente para que pudieras llegar a comprender el significado de la misma. Quizás antes no hubiera servido de nada. Después de todo, es más fácil para las personas darse cuenta de cuál es su búsqueda interior cuando son jóvenes porque en ese momento de sus vidas no todo está tan claro y todo es posible. No tienen miedo a soñar, ni tampoco temen anhelar todo aquello que quieren que les suceda en la vida. Pero, a medida que el tiempo pasa, una fuerza misteriosa (la edad, las ataduras de la vida y la sociedad en la que vivimos) comienza a convencerlos de que es imposible alcanzar esa búsqueda. Por eso pensé que era el momento adecuado. Tú todavía estás a tiempo de hallar tu propia búsqueda y espero que sea tan bonita y especial como lo fue la mía.

»Créeme, si realmente deseas algo con mucho fervor, ve hacia ello, persigue tus sueños, intenta alcanzar tus metas. Si lo haces, el universo siempre conspirará a tu favor. Puede que no lo consigas a la primera, pero no desistas, la recompensa siempre llega.

—La meta de Gary era salir de aquel orfanato y ser querido. ¿De verdad crees que sin un objetivo nunca lo hubiera logrado? —le preguntó.

—¿Estás segura? ¿No era tu última pregunta?

Ambos rieron esta vez.

—Gary supo apreciar las pequeñas cosas. Solo ese pequeño halo de esperanza que le dio Hy Tairngire fue suficiente para contentarse y sentirse satisfecho. Son las cosas simples en la vida las que son más extraordinarias; solo los hombres sabios entienden esto. Quizá seas muy joven aún para entenderlo, o tal vez no.

Apartó los troncos con una vara de hierro hacia un lado y las llamas se dispersaron quedando solo unas brasas que mantendrían la estancia caliente durante el resto de la noche.

—No me rendí nunca —esta vez habló en presente—. Luché durante mis primeros catorce años de vida en aquel orfanato, contra todas las adversidades. Cambié muchas veces de actitud e intenté aprender de cada obstáculo. Para cualquier niño la noche y la oscuridad podían ser su mayor temor. Para mí, la medianoche era mi momento de tranquilidad, de paz, el momento en que podía utilizar el reloj, viajar a Hy y descubrir mi porvenir. La Hora Cero. La hora más oscura de la noche es la que acontece al alba. Yo encontré esa luz, la que me dio una vida nueva, una vida en la que ahora estás tú. Y no puedo ser más feliz.

—¿Y no tuviste miedo? ¿Y si te equivocabas? ¿Pensaste que nunca podrías salir de allí?

—Muchas veces, pero conseguí liberarme de mis miedos y dudas. Nunca cedas ante tus miedos. Si lo haces, no serás capaz de seguir tu corazón. Solo hay una cosa que hace a un sueño imposible de cumplir: el miedo al fracaso —le aconsejó—. Gary siguió sus instintos, confió en el destino, se dejó llevar y fue capaz de liberarse de estos miedos. Sin temer al fracaso, eres libre de seguir cualquier camino que quieras —concluyó.

Tim lo miró una última vez, orgullosa de ver lo que su padre había conseguido en la vida. Él había alcanzado su objetivo, salir de aquel orfanato, quizá con la ayuda de Azim y la Maestra Relojera, pero había emprendido una nueva vida y aprovechado la oportunidad para ser feliz. De mayor quería ser como él. Había aprendido la lección e intentaría llevar a cabo sus consejos. Y, por encima de todo, se alegraba de formar parte de aquella historia, la misma parte que brillaba en su nombre: Tim.

Gary se acercó a la cama por última vez y le dio un suave beso en la frente.

—Que descanses y, a ser posible, esta noche puedas viajar en sueños a Hy Tairngire. Y no lo olvides: ¡Concéntrate en el viaje, no en el destino! ¡Ah!, y no olvides pararte a oler las rosas. Nunca después he olido rosas

como las de Hy.

Ella asintió y cerró los ojos, complacida.

Cuando Gary cerró la puerta de la habitación de Tim dio un leve suspiro. Su hija había estado a punto de pillarle. No se le daba bien mentir. Esperaba que no se hubiera percatado, aunque lo dudaba, era muy lista y observadora.

Metió la mano en el bolsillo derecho de su bata y acarició el suave tacto de la cajita de madera donde albergaba, aún intacto, el Megidonómetro del Tiempo.

El reloj del salón estaba a punto de marcar la Hora Cero. Se encaminó hacia su habitación con un pensamiento y sensación que le producía un leve hormigueo en su estómago, como si cientos de mariposas volaran en su interior.

—Margaret, acuéstate tú —le dijo a su mujer cuando llegó al salón—, me quedaré todavía un rato viendo la televisión.

Su esposa le dio un beso de buenas noches y asintió. Gary la observó por el rabillo del ojo como desaparecía por el fondo del pasillo. Después sacó el reloj y lo acarició con dulzura, mientras cerraba los ojos, sentado en su sofá, y se dejaba llevar.

«Quizá nunca es tarde para hacer una pequeña visita», pensó.

FIN

Agradecimientos:

Y llega el momento de los agradecimientos. Acabas de leer el libro, miras la dedicatoria y descubres que, una vez más, Manu y Carlos han dedicado su libro a alguien que no eres tú. No será así esta vez. Nuestros agradecimientos esta vez van dirigidos a todos nuestros lectores, tanto nuevos como los que nos siguen desde hace años, porque sin ellos, que esperan con emoción nuestras historias, no podríamos sentir la motivación de escribirlas.

A nuestros lectores beta, que nos dieron sus opiniones y con ellas hemos conseguido mejorar la trama de esta historia de manera considerable con el paso del tiempo, pues este ha sido nuestro mejor aliado.

A todos los que de alguna manera se sienten identificados con Gary y este libro les ayuda a abrir los ojos y encontrar su propia búsqueda interior.

Y como siempre, no podemos dejar pasar la labor desinteresada de Bea Magaña en la corrección de la novela y sus reveladores consejos. Siempre seguirás siendo nuestra hada madrina.

A nuestras familias y en especial a Álex y Mara (a los que queremos tanto o más que los personajes de Nibiru y Achiotal) que aguantan nuestras interminables horas delante del ordenador dejándonos disfrutar de lo que más nos gusta en este mundo: el placer de escribir y ser leídos.